PALM BEACH COUNTY LIBRARY SYSTEM
R00488 72695

ne Pagels
n L. King

El Evangelio de Judas

Y la formación del cristianismo

Traducción, introducción y comentarios

OBB

Kairós

SP 229.8 PAG
Pagels, Elaine H., 1943-
El evangelio de Judas : y la formación del cristianismo /

PALM BEACH COUNTY
LIBRARY SYSTEM
3650 SUMMIT BLVD.
WEST PALM BEACH, FLORIDA 33406

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/evangeliodejudas0000elai

Elaine Pagels
y Karen L. King

El *Evangelio de Judas*

Y la formación del cristianismo

editorial Kairós

Título original: READING JUDAS
The Gospel of Judas and the Shaping of Christianity

© Elaine Pagels and Karen L. King, 2007
Traducción inglesa y comentarios de la traducción © Karen L. King, 2007
Todos los derechos reservados

© de la edición en castellano:
2008 by Editorial Kairós, S.A.

Editorial Kairós, S.A
Numancia, 117-121, 08029 Barcelona, España
www.editorialkairos.com

Nirvana Libros S.A. de C.V.
3.ª Cerrada de Minas, 501-8, CP 01280 México, D.F.
www.nirvanalibros.com.mx

© de la traducción del inglés: Antonio Francisco Rodríguez
Revisión: Alicia Conde

Primera edición: Febrero 2008
ISBN: 978-84-7245-664-8
Depósito legal: B-8.010/2008

Fotocomposición: Pacmer, S.A. Alcolea, 106-108, 1.º, 08014 Barcelona
Tipografía: Times, cuerpo 11, interlineado 12,8
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls. Verdaguer, 1. 08786 Capellades

Este libro ha sido impreso con papel certificado FSC, proviene de fuentes respetuosas con la sociedad y el medio ambiente y cuenta con los requisitos necesarios para ser considerado un "libro amigo de los bosques".

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del *copyright*.

SUMARIO

Introducción 7

Parte I
LEYENDO A JUDAS

1. Judas: ¿traidor o discípulo de confianza? 21
2. Judas y los doce apóstoles 47
3. El sacrificio y la vida del Espíritu 69
4. Los misterios del Reino 85

Una nota final 105

Parte II
EL *EVANGELIO DE JUDAS*

Traducción del *Evangelio de Judas* 115
Comentarios a la traducción 127
Índice de referencias cruzadas 175

Notas 177
Agradecimientos 193
Índice 197

Para Lyn & Norman Lear
en amorosa amistad.

E.P.

y

Para Norman C. Cluley
con calorosa gratitud
por su amor y soporte incondicional.

INTRODUCCIÓN

Durante más de una década hemos oído rumores de que había sido descubierto un legendario evangelio atribuido a Judas Iscariote. En abril de 2006, el hallazgo arqueológico fue finalmente dado a conocer por la National Geographic Society. Ahora sabemos que, en algún momento de la década de 1970, una copia del *Evangelio de Judas*, traducida al copto a partir del original griego del siglo II, se había encontrado cerca de Al Minya, en Egipto central. Se rumoreaba que unos campesinos habían localizado casualmente un sepulcro funerario que contenía una caja de piedra caliza que durante siglos había preservado cuidadosamente antiguos manuscritos. Uno de ellos era un libro de papiro (el códice de Tchacos) que data aproximadamente del siglo IV. Con el transcurso de los años, los tratantes mostraron en secreto esos escritos a cierto número de personas a fin de venderlos a un precio elevado. Debido a los incesantes traslados y un almacenaje inadecuado –primero en una húmeda caja de seguridad en Hicksville, Nueva York, durante casi diecisiete años, y más tarde congelado (!)– el códice de Tchacos sufrió un daño considerable desde la época en que fue hallado hasta 2001, cuando cayó en las expertas manos del filólogo Rodolphe Kasser, quien, junto al restaurador Florence Darbre y el historiador Gregor Wurst, trabajó duro en los fragmentos durante cinco años para restituir el texto, en la medida de lo posible, a su condición original. La nueva traducción al inglés ofrecida aquí se basa en su trabajo.[1]

Sin embargo, nuestro interés no estriba en la historia del descubrimiento sino en el sentido de este extraordinario hallazgo. Los historiadores ya conocían la existencia del *Evangelio de Judas* gracias al escrito *Contra las herejías* de Ireneo, padre de la Iglesia del siglo II, que escribió lo siguiente acerca de un grupo de cristianos:

> Declaran que Judas el traidor estaba absolutamente al tanto de estos asuntos, y que él solo, sabedor de una verdad que otros ignoraban, realizó el misterio de la traición; por su mediación todas las cosas, tanto en la tierra como en el cielo, fueron arrojadas en la confusión. Crearon una historia ficticia de esta guisa, a la que llamaron el *Evangelio de Judas*.[2]

Así pues, el *Evangelio de Judas* debió existir en la época en que Ireneo escribía contra él, alrededor del año 180. El propio evangelio probablemente fue escrito a mediados del siglo II, pero los comentarios de Ireneo tan sólo suscitaron más preguntas. ¿Qué decía este misterioso evangelio al margen de ensalzar a Judas como uno "de los que conocían la verdad que otros ignoraban"? ¿Qué verdad atesoraba?

En una primera lectura, el autor del *Evangelio de Judas* se nos reveló como un hombre airado con un mensaje ofensivo y aun odioso, porque retrata a Jesús mofándose reiteradamente de sus discípulos y acusándoles de perpetrar todo tipo de pecados y blasfemias en su nombre. Nos dio la impresión de que el autor hacía exactamente lo mismo utilizando a Jesús para difundir sus propias opiniones homófobas y antisemitas. Sentimos una inmediata aversión por el tono burlón y a veces estridente del *Evangelio de Judas* y sus calumniosas acusaciones. Se parecía mucho a las bien conocidas y agrias invectivas de las arengas que los antiguos padres de la Iglesia como Ireneo dirigían a sus oponentes: el tipo de lenguaje ma-

niqueo que tan profundamente inquietante resulta en nuestra era de discordia y violencia política y religiosa.

No obstante, una vez que superamos esta impresión inicial, descubrimos que no todo es ira. Buena parte del *Evangelio de Judas* se dedica a la brillante doctrina de Jesús acerca de la vida espiritual. ¿Qué sentido tiene, entonces, la rabia del autor? ¿Qué importa tan profundamente? Y lo más importante, ¿qué esperanza ofrece el autor para redimir su rabia? Las respuestas a estas preguntas nos conducen al centro de las angustiosas controversias y las exultantes visiones de Dios que finalmente conformarían el cristianismo y convocarían el corazón y las almas de los hombres en los milenios venideros. Son las cuestiones que tratamos en *El Evangelio de Judas y la formación del cristianismo*.

Las preguntas más obvias son las más sencillas de responder: ¿realmente escribió Judas este evangelio? ¿Podemos aprender algo nuevo del Judas y el Jesús históricos, así como del resto de los discípulos? Puesto que el *Evangelio de Judas* fue escrito alrededor del año 150, aproximadamente un siglo tras la muerte de Judas, es imposible que él lo escribiera; el verdadero autor continúa siendo anónimo. Tampoco aprendemos nada históricamente fiable sobre Judas o Jesús más allá de lo que ya sabemos gracias al resto de la temprana literatura cristiana. En cambio, el *Evangelio de Judas* abre una ventana a las disputas que sobre el sentido de la traición de Judas y las enseñanzas de Jesús mantenían los cristianos del siglo II, planteando preguntas a la sazón: ¿cómo pudo un angustiado discípulo traicionar a su maestro, Jesús? ¿Cómo podía un cristiano imaginar que Judas –que le traicionó– fuera el discípulo favorito y de más confianza de Jesús? ¿Por qué condenar a los otros discípulos de Jesús como asesinos inmorales? ¿Cuáles son "los misterios del reino" que Jesús revela únicamente a Judas? ¿Por qué su estrella muestra el camino?

Para comprender lo que inspira la pasión del autor tenemos que contextualizar al pueblo que escribió y leyó el *Evangelio de Judas* en el seno de las controversias y visiones que lo gestaron. Algunos expertos han intentado hacerlo definiendo el *Evangelio de Judas* como evangelio "gnóstico", situándolo en el lado de los perdedores en las batallas sostenidas por los antiguos cristianos con diversas interpretaciones, creencias y prácticas; cada grupo reivindicaba la posesión de la verdad (y se creía "ortodoxo"). Y en realidad el *Evangelio de Judas* se parece, en ciertos aspectos, a otros tempranos trabajos cristianos que se han descubierto en Egipto en el último siglo y que los expertos catalogan como "gnósticos", especialmente aquellos procedentes del notable descubrimiento cercano a la ciudad de Nag Hammadi en Egipto en 1945.[3] Asimismo, muchos de estos textos nos permiten escuchar voces perdidas durante quince siglos, silenciadas por quienes ganaron el blasón de la ortodoxia para su causa.

Como algunos de estos trabajos recuperados en época reciente, el *Evangelio de Judas* considera la naturaleza humana como esencialmente espiritual; cree que el cuerpo físico se descompone con la muerte mientras el alma, depositaria del espíritu, vive para siempre junto a Dios en un mundo celestial. Del mismo modo, considera a Jesús el divino mensajero enviado por Dios para predicar su reino a la ignorante y perversa –o voluntariamente perversa– humanidad.

Pero llamar gnóstico al texto también conlleva ciertas falsas impresiones, ante todo porque hasta hace poco tiempo los expertos basaban sus descripciones de los cristianos "gnósticos" casi exclusivamente en los primeros padres de la Iglesia y no en los escritos de reciente descubrimiento. En realidad, el término *gnosticismo* se inventó en el siglo XVIII, mucho antes de que se encontraran los nuevos textos. Las únicas fuentes primordiales disponibles para los historiadores eran las de cristia-

nos como Ireneo, que escribió *contra* trabajos como el *Evangelio de Judas*. Por lo tanto, la perspectiva de los expertos modernos se define a partir de la caracterización que aquéllos pergeñaron de las herejías. Como resultado, seguimos escuchando tan sólo una versión de los debates –la visión de los ganadores–, lo que redunda en el hecho de que es casi imposible imaginar cómo era el cristianismo en la época en que se escribió el *Evangelio de Judas*, cuando era una religión en pleno desarrollo y no estaba claro qué paradigma se alzaría dominante.

Un problema aún más difícil consiste en que leer los nuevos textos a través de las lentes de sus oponentes distorsiona el sentido del *Evangelio de Judas* y otros textos recientemente hallados, y cubre un velo de oscuridad sobre la verdad de los apasionados argumentos que exponen.[4] Leer el *Evangelio de Judas* como otro mero ejemplo de la conocida herejía gnóstica tan sólo repite arraigados clichés, puesto que una vez más lo único que escuchamos es la voz de los perdedores. Pero si podemos ir más allá de los estereotipos que se desprenden de atender sólo a una parte de la historia –una versión que se ha predicado tan a menudo y por tanto tiempo que erróneamente parece la única historia posible–, entonces estos nuevos hallazgos pueden enriquecer nuestro conocimiento de la diversidad de la imaginación y las prácticas cristianas antiguas, dejándonos leer los nuevos descubrimientos y las inveteradas tradiciones con nuevos ojos. Al hacerlo seremos capaces de advertir que los padres de la Iglesia se esmeraron en eludir el candente asunto del *Evangelio de Judas* desviando la atención y ofreciendo su propia "interpretación" de la situación.

Como veremos, lo que suscitó una ira semejante fueron las atroces muertes de compañeros cristianos a manos de los romanos.[5] El autor del *Evangelio de Judas* no podía reconciliar su creencia en un Dios amante y benévolo con la particu-

lar idea que otros cristianos sostenían en aquel tiempo: que Dios quiso la sangrienta muerte sacrificial de Jesús y sus seguidores. En opinión de este autor, los líderes religiosos que apelaban a los cristianos a "glorificarse" de este modo eran meros asesinos. Habían malinterpretado enteramente el magisterio de Jesús y veneraban a un falso dios. Sólo Judas, entre los discípulos, comprendió la doctrina de Jesús y por esa razón lo condujo a la muerte. Al final, el *Evangelio de Judas* nos muestra cómo algunos cristianos luchaban por asuntos relacionados con el sufrimiento y la muerte, que nos conciernen a todos, y cómo imaginaban una conexión espiritual con Dios que persiste hoy en día y para siempre.

Identificar a Judas con el más leal confidente de Jesús no fue una casualidad. Quienquiera que escribió el *Evangelio de Judas* era muy consciente de que los cristianos condenaban casi unánimemente a Judas como traidor; el autor incluso muestra cómo Jesús le dice a Judas que será maldecido por el resto de la humanidad (*Judas* 9, 28). En realidad, el autor tuvo que escoger a Judas para conmocionar a sus contemporáneos cristianos.[6] Cuando los acusa de sacrificios humanos, falsa adoración y otra despreciable herejía, su tono no es el de la amable persuasión o el debate pacífico: es un ataque directo y sostenido contra las convicciones profundamente arraigadas de buena parte de los otros cristianos.

No todos los desacuerdos entre cristianos los dividían, pero los recogidos en el *Evangelio de Judas* seguramente sí lo hicieron, ya que el autor de este texto hace a Jesús decir a sus discípulos que al final Dios los condenará y serán destruidos (5, 16; 14, 16), excepto en el caso de Judas, que ejercerá su potestad sobre todos ellos (9, 29). Es el profeta de los últimos tiempos, y Jesús le dice: «Ya se ha alzado tu cuerno y tu ira es completa, tu estrella ha pasado y ha prevalecido tu corazón» (15, 5).

El autor del *Evangelio de Judas* habla como a menudo lo hacen los "verdaderos creyentes" –insistiendo en que sólo los que permanezcan con él prevalecerán– y que Dios condenará absolutamente a todos los demás. Como los sectarios de su tiempo hasta el presente, el autor insiste en romper con los demás para formar el único grupo "puro" de "verdaderos cristianos" –como en la imagen de Jesús pidiéndole a Judas *dos veces* que se separe de los demás. Separarse de los otros discípulos equivale a juzgarlos–, insinuando que están a la defensiva. Los anatemas del autor embisten tan reciamente que no pueden tomarse en sentido literal, pero muestran los encendidos sentimientos que se manifestaban en una atmósfera de persecución, cuando todos los cristianos tuvieron que sentirse en peligro de arresto y ejecución. Entretanto, líderes como Tertuliano acusaban a las personas que eludían el martirio dándose a la fuga de ser cobardes con una fe débil y frívola, personas que acabarían en el infierno con cuantos secundaran su ejemplo.[7]

Sin embargo, este autor podría objetar que ni Jesús ni Judas eludieron una muerte violenta. En realidad, Judas se convirtió en el primer mártir, puesto que según el *Evangelio de Judas*, no se suicidó sino que fue lapidado por los "doce" (*Judas* 9, 7-8). Acusando a los cristianos de la muerte de Judas, el *Evangelio de Judas* pone en un mismo saco a los obispos y sus seguidores y a los perseguidores romanos, a los que acusa de prosternarse ante demonios. Todo esto sugiere que la angustia en ambos bandos de la disputa había estallado en una amargura incontrolada. Es imposible imaginarlos juntos en la oración en una misma comunidad de amor y hermandad cristiana.

Con todo, el *Evangelio de Judas*, aun en su estado fragmentario, nos muestra mucho más que un vislumbre de una discordia particular. También arroja luz en el complejo mundo del

primitivo movimiento cristiano y nos muestra que lo que historiadores posteriores retrataron como una continua procesión de fe uniforme no fue así en absoluto. Como hemos dicho, la historia tradicional del cristianismo fue escrita únicamente desde el punto de vista del bando ganador, que tuvo un notable éxito a la hora de silenciar o distorsionar otras voces, destruyendo sus escritos y condenando a quien se mostrara en desacuerdo como peligrosos y obstinados "herejes". En lugar de las intensas controversias y las inesperadas innovaciones de las que nació el movimiento, representan a Jesús predicando su sencillo evangelio a los "doce", quienes sucesivamente transmitieron idéntico mensaje, al que llamaban "depósito de la fe", como el dinero depositado en un banco. Con un perseverante celo y un canon, los seguidores de los discípulos supuestamente entregaron el mensaje intacto a generaciones venideras de probos guardianes de la verdad divina, a obispos y clero ordenados a lo largo y ancho del mundo. Mucha gente encuentra muy atractiva esta estampa porque les asegura que lo que aprendieron como "cristianismo" ha de ser la verdad de Dios. Esta imagen de la primitiva historia cristiana permaneció irrefutable sólo mientras las voces disidentes brillaron por su ausencia.

No obstante, cualquiera que reflexione acerca de cómo suceden realmente las revoluciones –incluyendo las revoluciones religiosas– advertirá que esta perspectiva no sólo distorsiona la importancia histórica congelando su vibrante dinamismo, sino que el propio enfoque ha sido tremendamente simplificado. En los últimos 150 años hemos tenido acceso a unos cuarenta evangelios, cartas y otros textos del primitivo cristianismo.[8] Ahora podemos ver más claramente que la historia del primer cristianismo fue tumultuosa, una época de intensa reflexión, experimentación y contienda que se extendía a todo asunto fundamental.

Sin embargo, alguien puede preguntar: ¿esas "otras voces" son realmente *cristianas*? A menudo usamos el término como si su definición fuera clara, fija y universal, y hablamos como si resultara obvio qué es lo cristiano; pero en el siglo II, como en el XXI, los integrantes de cada uno de los bandos de diversas controversias frecuentemente afirman poseer la verdad y niegan el derecho de los otros. Del mismo modo, muchas veces los historiadores hablan de "*la* primitiva Iglesia cristiana" como si sólo hubiera un grupo en cada ciudad y cada miembro estuviera unido a todos los demás por idéntica enseñanza, prácticas rituales y celo por los pobres y enfermos. No obstante, los historiadores de hoy consideran que las grandes ciudades albergaron diversos grupos de seguidores de las doctrinas de Jesús. Así como en cualquier centro cosmopolita actual pueden encontrarse varios grupos, de Nueva York a Ciudad de México, de Johannesburgo a Bruselas, durante el siglo II en la urbe de Roma, por ejemplo, había Iglesias formadas por creyentes procedentes de todas las partes del imperio: de Siria, Turquía, Egipto y el norte de África. Hablaban griego y latín o sus lenguas nativas; muchos eran bilingües. Algunos inmigrantes eran reputados profesores que ofrecían instrucción en la "filosofía" del cristianismo, y a menudo suscitaban profundas controversias con sus alumnos.[9] Ahora somos capaces de ver que lo que acostumbraba a llamarse "la Iglesia cristiana" de Roma, como si se tratara de una sola, en realidad consistía en un conjunto de grupos locales en diferentes sectores de la ciudad. Cada grupo conformaba una isla con su propio lugar de encuentro, sus líderes y con frecuencia su propia interpretación del evangelio. Aunque algunos grupos se consideraban a sí mismos "células de una Iglesia" y a veces trabajaban juntos, por ejemplo en las colectas para los desheredados o compartiendo los dones de la eucaristía, no existía ninguna institución unificada o uniforme. Tan sólo en la segunda mitad del si-

glo II observamos cómo se alzó a un único obispo sobre los demás; con ello se empezaron a esbozar claras líneas divisorias entre los grupos, excluyendo a los que, a partir de ese momento, se consideró "heréticos". Así ocurrió con la Roma del siglo II. Sin duda la situación era distinta en otras ciudades, pero el resultado fue el mismo.

No obstante, el nombramiento de obispos no eliminó la competición ni puso fin a la controversia. Conforme el movimiento atrajo a un creciente volumen de nuevos adeptos, simultáneamente despertó la enconada sospecha de intrusos hostiles, y los relatos de persecución y martirio se extendieron cada vez más. Maestros como el mártir Justino, del siglo II, intentaron defender a los cristianos de las acusaciones antagonistas al tiempo que atacaban a otros cristianos, incluso a respetados líderes como el poeta y director espiritual egipcio Valentino, motejándoles de "heréticos", acusando a los miembros de estos grupos de estar inspirados por Satanás. Ireneo, que llegó a ser obispo en la Galia rural, viajó a Roma para visitar a otro obispo y le afligió y conmocionó la diversidad que halló entre los grupos cristianos de la urbe. Siguiendo el ejemplo de Justino, Ireneo ambicionó crear una Iglesia unificada mediante la denuncia de maestros espirituales independientes, insistiendo en que todos debían creer en la misma doctrina y declarando a todos los evangelios, al margen de los cuatro canónicos, una sarta de disparates. Unos 150 años más tarde, el más inesperado converso, Constantino, que alcanzó la púrpura del Imperio romano –con ayuda de Dios, según creía–, respondió a las plegarias de los creyentes acosados deteniendo la persecución y alzándose en patrón y defensor de los cristianos a lo largo y ancho del orbe romano. Pero como gobernante pragmático, Constantino trató de resolver las diferencias entre los diversos grupos cristianos apoyando a determinados líderes poderosos, obispos de Iglesias en gran-

des áreas. Constantino sólo financió a grupos que acataran la definición de cristianismo establecida por los obispos que reunió en el año 325 en la ciudad de Nicea, ubicada junto a un lago, en la actual Turquía. Quienes presentaran objeciones eran censurados ("anatematizados"). En los siglos siguientes, los disidentes sufrieron la confiscación o quema de sus establecimientos, y sus miembros fueron obligados a aceptar el magisterio y el culto ritual establecido en Nicea o ser expulsados de las iglesias como "herejes". Aunque sus muchos escritos fueron copiados y leídos durante siglos, también éstos fueron –de un modo bastante literal– condenados a la clandestinidad, mudas víctimas de la guerra contra la herejía.

Sin embargo, no todo se perdió. Al igual que el *Evangelio de Judas*, muchos libros se inhumaron en vasijas o se ocultaron en sepulcros, preservados para un remoto futuro en el que sus voces silenciadas podrían expresarse de nuevo. Antes de que se recuperaran estos escritos, nos era muy difícil leer las antiguas afirmaciones de Ireneo y otros, que ridiculizaban esos textos, y comprender por qué alguien se tomaría el tiempo y el esfuerzo de molestarse en refutar tan absurdas e inmorales ideas. Pero ahora que estos cristianos olvidados hablan con su propia voz comprendemos la amenaza que supusieron para otros cristianos y por qué los ataques fueron tan virulentos. Observamos cómo plantearon asuntos profundos y controvertidos –sobre la naturaleza de Dios, el sentido de la doctrina de Jesús, el sufrimiento de los mártires y otras cosas–, asuntos que se acercan a los que se plantean en la actualidad.

El *Evangelio de Judas*, como ningún otro texto superviviente del más antiguo cristianismo, expone la dolorosa pasión y la ira que algunos cristianos sintieron ante la muerte horrible y violenta que sufrieron su familia y amigos, creyentes de su misma comunidad entregados a la muerte para deleite del populacho romano y para convertir toda resistencia en sumisión.

Sin embargo, su ira no se dirige tanto contra los romanos como contra sus propios líderes por alentar a los cristianos a aceptar el martirio como la voluntad de Dios, como si éste deseara esos cuerpos torturados para su propia gloria. Sentimos su rechazo visceral a admitir que semejante Dios mereciera honor alguno. El *Evangelio de Judas* muestra que el Dios que reverenciaban –y la religión por la que estaban prestos a morir– era diferente. Jesús predicó los misterios del reino, del imperio del Dios luminoso más allá de este mundo de caos y muerte, el Dios que había dispuesto un hogar eterno en una soberbia tierra tejida de vivo follaje y luz. Cuando la edad del martirio llegó a su fin con la conversión de Constantino, los relatos que glorificaban a los mártires dominaron la historia de los orígenes cristianos, proporcionando héroes espirituales a la nueva Iglesia imperial. El *Evangelio de Judas* nos restituye la voz de la disidencia, una invocación a que la religión renuncie a la violencia como voluntad divina y propósito de la humanidad.

Al margen de cómo evaluemos estas nuevas voces, su existencia implica que ya no será posible contar la historia del cristianismo del mismo modo. Evangelios que desconocíamos ahora nos invitan a entrar en el mundo extremadamente dinámico en que se fraguó el cristianismo. Nos ofrecen la oportunidad –y el reto– de observar con nuevos ojos las seculares tradiciones que llamamos cristianismo.

PARTE I

LEYENDO A JUDAS

1. JUDAS: ¿TRAIDOR O DISCÍPULO DE CONFIANZA?

¿Qué incitaría a un discípulo leal, tras un dilatado y arduo período consagrado a su maestro, a traicionarlo entregándolo a los enemigos que durante años habían querido asesinarlo? ¿Por qué Judas habría señalado a Jesús a la hueste armada de hombres que acudieron a capturarlo y arrestarlo en lo más profundo de la noche cuando la mayor parte de quienes podrían defenderlo dormían?

Durante miles de años, los cristianos han retratado a Judas como la encarnación del mal. Motivado por la avaricia e inspirado por Satanás, es el traidor que Dante situó en el círculo inferior del infierno. En cambio, el *Evangelio de Judas* nos lo muestra como el confidente más cercano y digno de confianza de Jesús, aquel a quien éste revela sus misterios más profundos y en quien confía para iniciar su pasión. Por llamativo que esto pueda sonar en un primer momento, el lector avezado advertirá que los evangelios tradicionales ofrecen atisbos de este asunto. Todos los autores de los evangelios del Nuevo Testamento están de acuerdo en que Jesús anticipó, en incluso abrazó, su propia muerte. El *Evangelio según san Marcos* señala que justo antes de que Jesús condujera a sus seguidores hacia Jerusalén, donde sufriría y moriría, secretamente les confesó que era necesario para que todas esas cosas ocurrieran (*Marcos* 8, 31). El *Evangelio según san Juan* sugiere que el propio Jesús era cómplice en la traición, ya que poco

antes de que Judas se marchara, le había dicho: «Haz rápido lo que vas a hacer» (*Juan* 13, 27).[1] El *Evangelio de Judas* lleva esas intuiciones hasta su conclusión lógica, y al final tampoco resuelve la cuestión sino que tan sólo logra plantear de nuevo –y más enérgicamente que nunca– la pregunta de por qué fue traicionado Jesús y el sentido de su muerte.

Los evangelios del Nuevo Testamento muestran que tras el escandaloso arresto de Jesús, la tortura y la lenta y horripilante ejecución pública, varios grupos de seguidores relataron una y otra vez estos acontecimientos tratando de comprender cómo los hechos pudieron desencadenarse de forma tan aciaga. Si Jesús había sido el elegido de Dios, ¿cómo se habían arrogado sus enemigos el poder para matarlo? ¿Quién urdió realmente la exitosa conjura? ¿Qué papel interpretó Judas en verdad? A pesar de cuanto afirman los evangelios del Nuevo Testamento, las diversas anécdotas sobre Judas dejan muchas preguntas sin respuesta, peguntas que han intrigado y desconcertado a los pueblos desde entonces. El traidor nos interesa más que los discípulos que permanecieron leales, como han retratado los artistas, desde la célebre pintura del beso del traidor de Giotto a la paradójica historia de Judas contada por Jorge Luis Borges; desde la película *La última tentación de Cristo*, de Scorsese, hasta el Satanás de Miguel Ángel, retratado para la eternidad en el acto de devorar a Judas en el infierno.

Los evangelios del Nuevo Testamento sugieren que cuando Jesús llegó a Jerusalén por última vez su fama como maestro y sanador le había granjeado una legión de seguidores, situación que indujo a los gobernadores romanos a sospechar que fomentaba una insurrección; por lo tanto lo condenaron a muerte como advertencia para otros rebeldes y aspirantes a provocadores de las masas. Y en realidad su captura, arresto y ejecución podrían haber concluido la historia. Muchos abando-

nan el relato en este punto. El *Evangelio según san Lucas* trata de responder a esta decepción relatando la historia de dos individuos que en un principio habían renunciado a la esperanza. Como explican a un viajero, «Nosotros creíamos que él era el que había de redimir a Israel» (*Lucas* 24, 21), pero los acontecimientos desmintieron esa suposición, hasta que el propio Jesús apareció milagrosamente y les infundió la fe. Sin embargo, otros se atuvieron tozudamente a sus convicciones. Los rumores de que algunos de sus compañeros, como María Magdalena y Pedro, lo habían visto milagrosamente resucitado enfervorizó a algunos de sus seguidores, que declararon creer esas historias aun cuando otros muchos las negaron rotundamente. En lugar de aclararlo todo, los relatos de la resurrección plantearon más preguntas. ¿Por qué había sido necesaria su muerte? ¿Cuál había sido su objeto?

No obstante, en el presente, el *Evangelio de Judas*, junto a otros muchos antiguos textos cristianos de reciente descubrimiento, desde el *Evangelio de María Magdalena* al *Apocalipsis de Pedro*, nos permite observar que los escritores del Nuevo Testamento no fueron los únicos confundidos por estas preguntas. Muchos cristianos pertenecientes a las más tempranas generaciones plantearon –e intentaron responder– a cuestiones fundamentales que relacionan a Judas con Jesús. ¿Quién era, o es, Jesús? ¿Y cuál es la "buena nueva" (es decir, el *evangelio*) que predicaba? Aunque estos textos estuvieron perdidos durante quince siglos, antiguos relatos nos han hablado de ellos. Ireneo, obispo de Lyon, conocía esos evangelios y mencionó el *Evangelio de Judas* entre otros, incluyendo el *Evangelio de los egipcios* y el *Evangelio según Tomás*. Ireneo advirtió que algunos cristianos sólo empleaban un evangelio, mientras otros recurrían a muchos, junto a las cartas de Pablo, el apóstol, y otros escritos atribuidos a los discípulos de Jesús. Pero Ireneo recelaba de quienes hacían uso de esos

evangelios y sugería que quienes así actuaban eran herejes; así, declaraba, «los herejes afirman que existen más evangelios de los que hay realmente; pero la verdad es que no tienen un evangelio que no esté sembrado de blasfemia».[2] Hasta donde sabemos, Ireneo fue el primero en insistir en que «sólo puede haber cuatro evangelios, ni más ni menos». ¿Por qué no? Ireneo ofrece una explicación cosmológica. Al igual que «hay cuatro esquinas del universo y cuatro vientos universales –afirma–, es apropiado que existan cuatro pilares» que sostengan la verdad de Dios.[3] ¿Y por qué esos cuatro? Los *Evangelios según san Mateo* y *san Juan*, declaró Ireneo, fueron escritos por verdaderos apóstoles, y los de *san Marcos* y *san Lucas* por discípulos de esos apóstoles. Estos evangelios son fiables, argumentó, porque son los únicos que se remontan a declaraciones de testigos presenciales escritas por los más probos seguidores de Jesús.

Pocos estudiosos actuales del Nuevo Testamento estarían de acuerdo con el razonamiento del obispo, y mucho menos con lo que afirma respecto a los autores de esos evangelios. Para empezar, los evangelios del Nuevo Testamento contienen tradiciones –palabras de Jesús, parábolas y anécdotas– que se remontan a tiempos antiguos; incluso el primer evangelio, el *Evangelio según san Marcos*, se escribió unos cuarenta años tras la muerte de Jesús, y el resto unos diez o veinte años después. Es muy poco probable que ninguno de ellos fuera escrito por discípulos que conocieran personalmente a Jesús, pero desconocemos quién los escribió en realidad. Además, muchos de los evangelios que Ireneo rechaza como ilegítimos, como el *Evangelio según Tomás* o el *Evangelio según Felipe*, también pretenden haber sido escritos por miembros del mismo círculo íntimo de discípulos; pero tampoco disponemos de una evidencia independiente para comprobar quién los escribió.

La reivindicación de la autoría apostólica –tanto por Ireneo como por aquellos a los que se oponía– se inscribe en las batallas que en el siglo II tuvieron lugar respecto a qué punto de vista dominaría la naciente religión cristiana. Evidentemente, quienes escribieron y difundieron los evangelios que Ireneo condena no pensaban en sí mismos como herejes sino como cristianos. Ahora que disponemos no sólo de la refutación de Ireneo sino de copias de algunos de los textos contra los que escribió –incluyendo el *Evangelio de Judas*– estamos en condiciones de calibrar lo parcial de su exposición. Por primera vez podemos escuchar otros frentes en el debate.[4] Si pusiéramos a discutir a Ireneo con el autor del *Evangelio de Judas*, el debate sonaría más o menos así:

Ireneo: Vosotros, herejes, rechazáis al Dios y creador del mundo que envió a Jesús a morir por nuestros pecados. Y en contra de la clara evidencia de las Escrituras, negáis la bondad del Creador y su creación. Tal vez practiquéis una ética estricta, pero sólo como evidencia de que odiáis la carne. Negando que Jesús tenía un cuerpo físico y que los creyentes se alzarán de los muertos como él hizo, socaváis la salvación y restáis sentido a la eucaristía eclesiástica del pan y el vino (como carne y sangre de Jesús). Creéis salvaros por vuestra naturaleza espiritual y vuestro origen divino, así que no necesitáis la fe en Cristo. Por el contrario, pretendéis poseer un conocimiento especial sólo a vosotros revelado. Esta actitud elitista no sólo es arrogante: es completamente errónea y os condenaréis para siempre.[5]

El autor del *Evangelio de Judas*: Ireneo, tú y los cristianos como tú habéis confundido de forma escandalosa la palabra Creador –a quien las propias Escrituras muestran claramente como envidioso, violento y vengativo– por el

> Dios verdadero y padre de Jesús el Salvador. Sois vosotros los que negáis la bondad divina del Dios verdadero y Creador de todo, que es pura bienaventuranza, luz y verdad, atribuyendo falsamente a Dios todo tipo de perversiones y todas las enfermedades del mundo: sufrimiento, muerte, gobierno afrentoso, violencia, lujuria por la sangre del sacrificio y otras cosas. Al insistir en que el cuerpo físico es vuestra verdadera naturaleza, habéis olvidado que la carne es eminentemente corruptible, mientras que Dios es imperecedero. Aunque el cuerpo puede venerar a Dios con toda rectitud, no es inmortal aun cuando ha recibido la imagen de los divinos Adán y Eva. Eres como aquellos que condenan a todo el que no está de acuerdo con ellos al castigo divino, atribuyéndote altaneramente la posesión de la verdad. Eres tú el que perecerá por siempre.

Ireneo trata de ganar el debate aduciendo que su versión del cristianismo procede directamente de los discípulos de mayor confianza de Jesús; no obstante, el *Evangelio de Judas* realiza idéntica vindicación en una forma extrema: que sólo Judas comprendió realmente las enseñanzas de Jesús, porque éste sólo le reveló a él los "verdaderos misterios del reino".

Argumentos como éstos se propagaban en una época en que la Iglesia no tenía un credo definido, así como tampoco un canon, textos autorizados o un gobierno jerárquico que pudiera resolver las desavenencias. De hecho, fueron Ireneo y sus pares obispos quienes decidieron que las señas de identidad de la "Iglesia verdadera" serían el credo, el clero y el canon. Ireneo fue de los primeros en insistir en que todos los cristianos verdaderos tenían que "confesar las mismas cosas",[6] uniéndose para declarar un credo común que estipule

la creencia de todos. También dividió la Iglesia entre obispos y sacerdotes, y "seglares" (la palabra griega significa "el pueblo"), argumentando que los últimos debían "obedecer a los obispos en la Iglesia" y recibir el bautismo y la eucaristía sólo de manos de obispos y sacerdotes considerados "ortodoxos".[7] Advirtió a los disidentes que, aunque fueran sacerdotes, estaban en peligro mortal, ya que "fuera de la Iglesia no hay salvación". Finalmente, Ireneo plantó las semillas de lo que sería el Nuevo Testamento cristiano alegando que durante las plegarias los creyentes "ortodoxos" debían leer sólo libros que él u otros obispos hubieran aprobado; el resto, que consideraba libros "secretos e ilegítimos", había de ser rechazado como el veneno, porque la herejía, advertía, puede volver a los creyentes contra la verdadera Iglesia.[8] Los historiadores también han señalado que las doctrinas que Ireneo consideraba "ortodoxas" tendían a ser aquellas que lo ayudaran a él y a otros obispos a aglutinar a grupos dispersos de adeptos a Jesús en lo que imaginaban una única organización unida que llamaban "la Iglesia católica ('universal')". Los diversos registros de doctrinas cristianas que denunciaron como "heréticas" podían resultar perjudiciales para la consolidación de la Iglesia bajo la autoridad de los obispos. Escritos como el *Evangelio según Tomás* y el *Evangelio según María*, por ejemplo, incitaban a los creyentes a buscar a Dios en sí mismos, sin mencionar iglesias y mucho menos al clero. Algunos escritos descubiertos entre estos desahuciados textos "heréticos", como el *Apocalipsis de Pedro*, retaban directamente a "quienes se dan a sí mismos el nombre de obispos, como si hubieran recibido su autoridad de Dios: esas personas son como canales sin agua".[9] No es sorprendente que los líderes encargados de establecer y reforzar las emergentes estructuras institucionales despacharan esas acusaciones como diatribas "heréticas", al igual que Ireneo condenó el *Evange-*

lio de Judas como una obra de ficción pergeñada con el único propósito de confundir al pueblo.

Sin duda alguna, Ireneo habría visto confirmados sus temores por un trabajo como el *Evangelio de Judas*. No nos dice si realmente lo leyó o si lo conocía por referencias. En cualquier caso, lo que supo de él lo escandalizó. Lo que más le molestó es lo que aún nos sobresalta: la visión de Judas, que aparece como el discípulo más fiel y digno de confianza. Según este evangelio, cuando Jesús insta a sus discípulos a mirarlo de frente, sólo Judas tiene el valor de hacerlo:

> Y todos dijeron: «Somos fuertes». Pero sus almas no tenían el valor para enfrentarlo, a excepción de Judas [Is]cariote. Fue capaz de enfrentarlo, si bien no pudo mirarlo a los ojos y giró el rostro a un lado.
>
> Judas le dijo: «Sé quién eres y de dónde has venido» (*Judas* 2, 18-22).

En este momento Jesús elige a Judas y le dice: «Sepárate de ellos. Te revelaré los misterios del reino. Es posible que alcances ese lugar, pero sufrirás muchas cuitas» (*Judas* 2, 25-28). Más tarde, Judas, inquieto y afligido, refiere a Jesús un sueño vívido en el que, afirma, «Me vi a mí mismo en una visión. Los doce discípulos me lapidaban; me perseguían enconadamente» (*Judas* 9, 6-8). Cuando el sueño de Judas lo previene del odio y vilipendio a que lo someterán los otros discípulos, Jesús lo tranquiliza y le dice que participar de ese misterio divino es su destino, que supera al de todos los otros discípulos:

> En cuanto a ti, los superarás a todos. Porque sacrificarás al ser humano que me sostiene [...]. Mira, todo te ha sido revelado. Alza tus ojos y mira la nube y la luz que hay en ella y

las estrellas que la circundan. La estrella que las dirige es tu estrella. (*Judas* 15, 3-4 y 14-16).

Igualmente sobrecogedor, no obstante, resulta el hecho de que el *Evangelio de Judas* retrate al resto de los discípulos –los "doce", a los que Ireneo veneraba como fundadores de la actual sucesión de obispos– como tontos que se prosternaban ante falsos dioses y perpetraron toda clase de crímenes, incluido el asesinato.

Este tipo de argumentos pone en evidencia que en el siglo II algunos cristianos apelaban a ciertos apóstoles para legitimar su propia interpretación del cristianismo, pero esto sólo deja abierta la cuestión de lo que realmente aconteció en los hechos que condujeron a la detención de Jesús. ¿Ofrecen una sólida evidencia histórica los más antiguos evangelios cristianos? ¿Qué novedad nos aporta el *Evangelio de Judas*, si nos aporta alguna? Responder a estas preguntas nos exige volver una vez más a los cuatro evangelios conocidos del Nuevo Testamento para ver lo que nos dicen y el acuerdo –y desacuerdo– que muestran entre sí, ya que sus autores también intentaron comprender el papel de Judas y cada uno narra la historia de un modo diverso. Después podemos ver cómo este nuevo evangelio se relaciona con lo que sucedió en realidad.

En todos los evangelios hay un acontecimiento histórico que destaca como prácticamente cierto: que Jesús de Nazaret fue crucificado alrededor del año 33, durante el reinado del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilatos era gobernador romano en Judea. Todas las fuentes coinciden en este punto, incluso autores hostiles a Jesús en los siglos I y II. Josefo, el gobernador judío de Galilea (alrededor del años 50), autor de la céle-

bre historia *La guerra de los judíos*, menciona a Jesús como un notorio agitador.[10] Tácito, el senador y orador romano que detestaba a los cristianos, con estas palabras explica a sus lectores quiénes son y por qué son tan perniciosos:

> El que les daba este nombre, Cristo, había sido condenado a muerte durante el imperio de Tiberio por el procurador Poncio Pilatos. Esa funesta superstición, reprimida por el momento, vuelve a extenderse no sólo por Judea, origen del mal, sino también por la Ciudad (Roma), a donde confluyen desde todas partes y donde proliferan toda clase de atrocidades y vergüenzas.[11]

Que Jesús fue crucificado lo reconocen no sólo los cuatro evangelios del Nuevo Testamento y las cartas de san Pablo, sino también muchos evangelios *al margen* del Nuevo Testamento, incluyendo el *Evangelio de la Verdad*, el *Evangelio según Felipe*, el *Libro secreto de Jaime*, el *Apocalipsis de Pedro* y la *Carta de Pedro a Felipe*, por mencionar sólo unos pocos. Sin embargo, en cuanto estos seguidores tratan de establecer el posible significado de la ejecución de Jesús, el acuerdo se desvanece. Para quienes abandonaron el movimiento al parecer la crucifixión demostraba que Jesús no era el elegido de Dios o al menos que Dios lo había abandonado. San Pablo reconoce que, cuando predicaba entre los judíos, el hecho atroz de que Jesús hubiera sido crucificado representaba un obstáculo casi insuperable para su audiencia; entre los gentiles, sus declaraciones acerca de un criminal ejecutado sonaban ridículas (*1 Corintios* 1, 17-24).[12] Los extranjeros lo confirman: el filósofo Celso afirma que muchos despreciaban a los cristianos porque, según sus palabras, «adoraban a un sofista crucificado».[13] Sin embargo, para san Pablo el sentido estaba claro: «Cristo murió

por nuestros pecados de acuerdo con las escrituras» (*1 Corintios* 15, 3).

Otros devotos de Jesús, como el autor del *Evangelio según san Marcos*, expresan su interés acerca del posible significado de la crucifixión de Jesús. Pero, al contrario que san Pablo, el *Evangelio según san Marcos* enfoca el problema construyendo un relato detallado del arresto y ejecución de Jesús. ¿Qué podía significar proclamar que Jesús no sólo *era* sino que aún *es* el rey designado por Dios cuando el *Evangelio según san Marcos* admite que cayó indefenso en manos romanas para ser torturado y asesinado, abandonado por todos e incluso, como el propio Jesús clamó mientras moría, abandonado por Dios (*Marcos* 15, 34)? ¿Cómo podía ser la historia que san Marcos tenía que contar lo que sus palabras inaugurales hacían esperar al oyente –«Principio del *evangelio* de Jesucristo, Hijo de Dios» (*Marcos* 1, 1)? Podríamos esperar que el autor del *Evangelio según san Marcos* enfatizara el regreso de Jesús de entre los muertos, pero en su relato la resurrección constituye un acontecimiento futuro que la narración se limita a insinuar.[14] Lo que el *Evangelio según san Marcos* ofrece en este punto es mucho más que una mera historia narrativa: el autor lo llama "evangelio" –prédica–, expuesto con la forma de relato interpretativo a fin de evocar un sentido espiritual.

Este temprano evangelio ejerció una poderosa influencia, puesto que los autores de los evangelios de san Mateo y san Lucas escribieron unos diez o veinte años después de la redacción del *Evangelio según san Marcos*. Ambos copiaron buena parte del texto, a veces palabra por palabra, dilatándolo en su propia y más extensa narración evangélica. Ambos basaron su propio relato en el argumento del *Evangelio según san Marcos* y lo ampliaron con la adición de nuevo material; en el proceso confirieron a la historia su propio énfasis e interpretación.

Por ejemplo, cuando todos ellos, incluido el autor del *Evangelio según san Marcos*, escribieron sobre la detención, tuvieron que explicar cómo los enemigos de Jesús lograron capturarlo. ¿Qué dicen de Judas? La evidencia sugiere que los seguidores de Jesús sabían que alguien lo había traicionado, alguien que el *Evangelio según san Marcos* llama Judas Iscariote. Desconcertados e inquietos por este traidor, reflexionaron, discutieron y argumentaron acerca de cómo lo hizo y por qué. El autor del *Evangelio según san Marcos*, que escribió la versión más antigua que conocemos de la historia, aparentemente incluye a Judas entre los discípulos que escucharon a Pedro decir: «Tú eres el Cristo» (*Marcos* 8, 29). Pero inmediatamente después el *Evangelio según san Marcos* nos dice que Jesús les confió que iba a sufrir mucho y que sería asesinado por sus enemigos. Cuando Pedro, conmocionado e inquieto, expresó su horror, la respuesta de Jesús fue inesperadamente dura: «¡Aléjate de mi, Satanás!», señalando que no podía –no quería– escapar a lo que afirmaba había de ocurrir, el ineludible curso de los acontecimientos, diseñado por la mente divina. Para dejarlo claro, el autor del *Evangelio según san Marcos* muestra a Jesús pidiendo a dos de sus discípulos que le ayuden a organizar una demostración mesiánica de un rey pobre que entra en Jerusalén subido a un asno, en cumplimiento del oráculo del profeta Zacarías:

> ¡Oh, hija de Sión!, regocíjate en gran manera, salta de júbilo, ¡oh, hija de Jerusalén!; he aquí que a ti viene tu rey; es justo y victorioso; viene pobre, y montado en una asna y su pollino (*Zacarías* 9, 9-10).

A continuación, antes de que Jesús comparta la cena de Pascua con sus discípulos, y justo después de haber repetido la predicción de su muerte, el autor del *Evangelio de Judas*

dice que «entonces Judas Iscariote, uno de los doce, salió a verse con los sumos sacerdotes, para entregarlés a Jesús» (*Marcos* 14, 10). Curiosamente, el autor se abstiene de sugerir el motivo. Sin embargo, conjetura que los sumos sacerdotes aprovecharon de buen grado la oportunidad que Judas les ofrecía, en la esperanza de encontrar a Jesús y sus discípulos solos en la noche, sin las multitudes que a veces los acompañaban, para matarlo. El autor del *Evangelio de Judas* dice que ofrecieron pagar a Judas, aparentemente para motivarlo: «Cuando le oyeron, se holgaron mucho, y prometieron darle dinero» (*Marcos* 14, 11).

Da la impresión de que el autor del *Evangelio según san Marcos* sabía que algunas personas afirmaban lo que el *Evangelio de Judas* declara de forma explícita, que Judas hace exactamente lo que debe ser hecho para el cumplimiento ulterior de los planes de Dios, tal vez obedeciendo una orden de Jesús. Pero el autor del *Evangelio según san Marcos* hace frente a esa sugerencia al hacer declarar a Jesús: «Verdad es que el Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado! Mejor le sería a tal hombre no haber nacido» (*Marcos* 14, 21). Por último, este evangelio relata que cuando Judas llegó a Getsemaní con un grupo de hombres armados, ya

> el traidor les había dado una seña, diciendo: «A quien yo besare, él es, prendedle y conducidle con cautela».
>
> Así, al punto que llegó, acercándose a Jesús le dijo: «Maestro». Y le besó.
>
> Ellos entonces le echaron las manos, y le aseguraron (*Marcos* 14, 44-46).

El autor del *Evangelio según san Mateo* debió quedar profundamente impresionado con el *Evangelio según san Mar-*

cos, porque lo retomó alterando sólo ínfimos detalles, dilatándolo con otras sentencias atribuidas a Jesús y añadiendo algunas anécdotas no recogidas en otros lugares, para confeccionar una nueva versión. Cuando observamos las adiciones y cambios que realizó, advertimos que para el escritor a quien llamamos Mateo la autoridad suprema eran sus Escrituras, a saber, la Biblia judía. La perplejidad y confusión lo impelían a acudir a las Escrituras judías; por lo tanto, obviamente buscó en ellas algún sentido a la traición de Jesús. Releyendo libros como el Génesis, los Salmos o los libros proféticos mientras meditaba en la historia de Judas, el autor del *Evangelio según san Mateo* encontró pasajes y alusiones que le sugirieron que el propio traidor formaba parte del plan divino. Con esos pasajes en mente, reescribió la historia del *Evangelio según san Marcos* elaborando el hecho desnudo de la traición e incluso invirtiendo escenas para que ciertos detalles se correspondieran más exactamente con aquellas profecías, como veremos. El autor del *Evangelio según san Mateo* sin duda halló consuelo en la creencia de que las profecías ubicaban estos terribles acontecimientos en el contexto del plan divino, que Dios habría revelado a través del Espíritu Santo.

El cambio más llamativo del *Evangelio según san Mateo* consistió en sugerir un motivo. En lugar de seguir simplemente al autor del *Evangelio según san Marcos*, que, como hemos señalado, afirma que los sumos sacerdotes ofrecieron dinero a Judas como incentivo tan sólo cuando éste se ofreció para traicionar a Jesús, el autor del *Evangelio según san Mateo* da la vuelta a la historia. A fin de mostrar que la avaricia motivaba a Judas, afirma que fue éste quien inició las negociaciones con los sumos sacerdotes exigiendo dinero: «Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a verse con los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: "¿Qué queréis darme y yo le pondré en vuestras manos?" Y se convinieron con él en treinta monedas

de plata» (*Mateo* 26, 14-15). La mención de esta cantidad específica resonaría en las Escrituras, especialmente con los célebres pasajes del profeta Zacarías. El *Evangelio según san Mateo* muestra cómo Jesús compara su inminente destino con el de los profetas y, por encima de todos, con Zacarías, que murió en el templo, «asesinado entre el santuario y el altar» (*Mateo* 23, 34-35). «Treinta silos de plata» fue el despreciable precio que los gobernadores de Israel pusieron a Zacarías (*Zacarías* 11, 12-13), la misma suma, nos dice el autor del *Evangelio según san Mateo*, que los líderes de Jerusalén pagaron por Jesús con idéntico sentimiento de satisfacción. El *Evangelio según san Mateo* también aplica a Jesús la visión del profeta Isaías, que presenta a Israel como el esclavo humillado de Dios (*Isaías* 53, 3-12; *Mateo* 8, 17), y de este modo comprendió la ironía de las treinta monedas de plata, el precio en que la Biblia cifraba a un esclavo (*Éxodo* 21, 32), que no sólo fue pagado por Zacarías sino también por la vida de Jesús. Cuando Zacarías lamenta su destino, viéndose a sí mismo como «un pastor de rebaños condenado a muerte» (*Zacarías* 11, 4), el autor del *Evangelio según san Mateo* también lo interpreta como un elemento que prefigura cuanto aconteció a Jesús.

Por último, mientras el *Evangelio según san Marcos* nada dice de lo que fue de Judas, el autor del *Evangelio según san Mateo*, tras haberlo retratado como alguien corrompido por la avaricia y que entrega a Jesús por dinero, toma otro ejemplo de Zacarías para contar la "moraleja de la historia". De todos los evangelios del Nuevo Testamento, el famoso relato del remordimiento, la desesperación y el suicidio de Judas sólo aparece en la versión del *Evangelio según san Mateo*.[15] Así pues, tras señalar lo que Zacarías hizo con el dinero («Tomé los treinta siclos de plata y los arrojé en la casa del Señor, en el tesoro»), el autor del *Evangelio según san Mateo* escribe que Judas trató de hacer otro tanto:

> Entonces Judas, el que le había entregado, viendo a Jesús sentenciado, lleno de remordimiento, trató de devolver las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: «He pecado, pues he entregado sangre inocente». Y dijeron ellos: «¿Y a nosotros qué? Allá te las hayas». Más él, arrojando el dinero en el templo, se fue, y se ahorcó (*Mateo* 27, 3-5).

Sin embargo, el *Evangelio según san Mateo* continúa diciendo que Judas ni siquiera pudo arrojar el dinero en el tesoro del templo, como hiciera Zacarías, porque su dinero estaba manchado de sangre:

> Pero los príncipes de los sacerdotes, recogidas las monedas, dijeron: «No es lícito meterlas en el tesoro, siendo como son precio de sangre». Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual se llamó a dicho campo Hacéldama, esto es, campo de sangre, y así se llama hoy día (*Mateo* 27, 6-18).[16]

El *Evangelio según san Mateo* declara que estos hechos «corroboraron lo anunciado por el profeta Jeremías», cuando concluye su historia con un episodio sugerido por *Zacarías* 11, 12-13, amplificado por la visión profética de Jeremías sobre Dios juzgando a los malvados como un alfarero que decide romper sus jarrones defectuosos (*Jeremías* 18-19, combinado con el relato del campo del alfarero).

El autor del *Evangelio según san Lucas* también conoce el *Evangelio según san Marcos* e incorpora buena parte de sus dieciséis capítulos a su propia redacción. No sólo cambia detalles –a menudo, esenciales–, sino que también añade una variada colección de anécdotas sobre Jesús y las enseñan-

zas que se le atribuyen. Al mismo tiempo interpretó y embelleció las tradiciones que conocía debido a su profunda familiaridad con la Biblia hebrea. Así, por ejemplo, relató la historia del nacimiento de Juan Bautista para recordar el nacimiento de Isaac, hijo del Sara y el anciano Abraham (*Lucas* 1, 5-24), porque los padres de Juan no tenían hijos y eran de avanzada edad (*Lucas* 1, 7). A continuación san Lucas relata la historia de la milagrosa concepción de María para recordar la historia del nacimiento de Samuel como respuesta a las plegarias de Ana, que carecía de hijos (*Lucas* 1, 26-56). Recopilar los insignes precedentes bíblicos ayudó a los cristianos a disipar los penosos rumores que suscitó el discutible nacimiento de Jesús. Los autores de ambos evangelios sabían, evidentemente, que los críticos hostiles acusaban a Jesús de carecer de padre, y por lo tanto de ser ilegítimo; así pues, ambos rastrearon el remoto pasado para mostrar, en cambio, que su nacimiento fue un milagro.[17]

Sin embargo, cuando los escritores de los evangelios relatan la historia completa de la traición, arresto y muerte, tienen que lidiar con una molestia aún mayor. Porque ¿cómo podría alguien afirmar que un hombre vergonzosamente torturado y humillado por los romanos no sólo *era* sino *es* el mesías, como proclama el *Evangelio según san Lucas*? Y admitir, como san Lucas, que uno de los más íntimos discípulos de Jesús condujo soldados a la colina donde lo prendieron aquella noche y lo besó para identificarlo (*Lucas* 22, 47-48) sólo podría agravar su aflicción. Así pues, el autor del Evangelio según Lucas indagó en referencias de las escrituras para situar esa infame traición en el contexto de las predicciones de los profetas, para mostrar que nada de lo acontecido escapó al control de Dios sino que, por el contrario, cada detalle formaba parte del plan divino.

El autor del *Evangelio según san Lucas* también se pregunta por qué Judas acudió a los enemigos de Jesús y se ofre-

ció a traicionarlo. Aunque conociera la versión del *Evangelio según san Mateo*, aparentemente creyó que atribuir la traición a la codicia no era motivo suficiente para justificar un acto tan infame; por lo tanto, no alude a la avidez de Judas. En cambio, añade unas palabras al relato del *Evangelio según san Marcos*, alusivas a lo que debió ser el común parecer de muchos de sus coetáneos: que el Demonio, que había acechado a Jesús desde que iniciara su predicación pública (*Lucas* 4, 1-13) había regresado por su presa. Cuando Judas abandona a los demás aquella noche fatal, el *Evangelio según san Lucas* dice: «Satanás se apoderó de Judas, por sobrenombre Iscariote, uno de los doce» (Lucas 22, 3). En ese momento, el discípulo se dispuso a urdir la conspiración. Así pues, el autor del *Evangelio según san Lucas* muestra que el poder sobrenatural del mal ejecutó lo que la fuerza humana no podía cumplir ni evitar.

En la versión del *Evangelio según san Marcos*, cuando Judas besó a Jesús lo saludó como "Maestro". Pero los relatos de san Lucas y san Mateo amplían ese dramático momento añadiendo diálogo. Según el *Evangelio según san Mateo*, Judas dijo: «Dios te guarde, maestro», y Jesús replicó (somos libres de imaginar en qué tono): «¡Amigo! ¿A qué has venido?» (Mateo 26, 50). Sin embargo, según el *Evangelio según san Lucas*, Jesús evitó el beso y retó directamente a Judas:

> Estando todavía con la palabra en la boca, sobrevino un tropel de gente, delante de la cual iba uno de los doce, llamado Judas, que se acercó a Jesús para besarle.
>
> Y Jesús le dijo: «¡Oh, Judas!, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?» (*Lucas* 22, 47-48).

Otro punto espinoso del relato es la facilidad con que fue prendido Jesús mientras sus discípulos huían. ¿Ninguno de

los suyos pensó en protegerlo? En varios evangelios hay evidencias de que estas cuestiones preocupaban a sus autores. El *Evangelio según san Marcos* nos dice que «entretanto, uno de los circunstantes, desenvainando la espada, hirió a un criado del sumo sacerdote, y le cortó una oreja» (*Marcos* 14, 47). Pero en ese momento, según afirma el *Evangelio según san Marcos*, Jesús, advirtiendo que esos hechos eran su destino, declaró: «Es necesario que se cumplan las escrituras». Sólo en ese momento el *Evangelio según san Marcos* establece que «entonces, sus discípulos, abandonándole, huyeron todos» (*Marcos* 14, 49-50), momento enojoso que el autor del *Evangelio según san Lucas* opta por eludir. Sin embargo, el *Evangelio según san Mateo* una vez más encuentra ayuda en los oráculos de Zacarías. Antes de que esto ocurriera, muestra cómo Jesús predice a los discípulos que lo abandonarán, e invoca las palabras de *Zacarías* (13, 7) profetizando lo siguiente:

> Entonces les dijo Jesús: «Todos vosotros os escandalizaréis en mí esta noche, pues está escrito: "Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño"» (*Mateo* 26, 31).

En este punto de la narración, el *Evangelio según san Mateo* sigue el relato del *Evangelio según san Marcos* respecto a la huida de los discípulos. Pero el autor añade que el propio Jesús detuvo al discípulo que atacó al esclavo, le reprendió por recurrir a la violencia y declaró que podía invocar legiones sobrenaturales para protegerle, pero que no lo haría:

> Vuelve tu espada a la vaina, porque todos los que se sirven de la espada a espada morirán.
>
> ¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre, y me enviaría al momento más de doce legiones de ángeles?

> Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así? (*Mateo* 26, 52-54).

El *Evangelio según san Lucas* lleva la historia más lejos y añade un milagro. En su relato, cuando el discípulo corta la oreja al esclavo del sacerdote, «Jesús, tomando la palabra, dijo: "Dejadlo, no paséis adelante". Y habiendo tocado la oreja del herido, le curó» (*Lucas* 22, 51).

Así pues, cada uno de los autores de los evangelios confronta audazmente lo que san Pablo llama el "escándalo" de la ignominiosa muerte de Jesús insistiendo no sólo en que Jesús tenía que morir, como señala el *Evangelio según san Marcos* (9, 31) sino que además lo hizo conociendo y aceptando que su muerte era esencial para el plan de la salvación divina.

Asimismo advertimos que cada versión presenta a Jesús con un mayor control de lo que ocurre. El vulnerable Jesús se vuelve más poderoso de evangelio en evangelio, desde el más antiguo a los posteriores, es decir, desde el *Evangelio según san Marcos* a los de san Mateo y san Lucas y, como veremos, en el *Evangelio según san Juan*. Advertimos el mismo patrón al observar cómo cada autor describe la última cena. Según el *Evangelio según san Marcos*, en su última noche, Jesús dijo a sus discípulos: «Uno de vosotros me traicionará» (*Marcos* 14, 18). El autor apuntó pasajes de los *Salmos* que interpretó como proféticos («Mis huesos se quebrantan mientras mis adversarios me baldonan y a la continua me repiten: "¿Dónde está ese Dios tuyo?"» [*Salmos* 41, 11]). Con esto en mente, el autor del *Evangelio según san Marcos* escribió el famoso episodio de la última cena, en el que Jesús revela quién le traicionará identificándolo como «el que conmigo moja su bocado en el plato» (*Marcos* 14, 20).[18] Ni los evangelios de san Marcos y san Lucas hablan de que Jesús identificara real-

mente a ningún discípulo como traidor, mediante un gesto o un nombre, y otra vez el *Evangelio según san Lucas* omite este episodio enteramente (*Lucas* 22, 21-23). Tan sólo la versión más dramática, la del *Evangelio según san Juan*, muestra a Jesús identificando tajantemente al culpable. Según lo relata el autor de este evangelios, cuando el discípulo más cercano a Jesús –al que llama «el amado de Jesús»– le pregunta a éste «¿Quién es?» (*Juan* 13, 12), Jesús da una respuesta concreta y definitiva. En este punto, tal vez sin demasiadas sorpresas, la respuesta de Jesús se amolda a la profecía en todos sus detalles: «"Es aquel a quien yo daré pan mojado." Y habiendo mojado pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote» (*Juan* 13, 25-26).

En este episodio, el autor del *Evangelio según san Juan* retrata a Jesús dirigiendo cada acto del drama, como lo hace en el relato de la pasión. Incluso antes de que Jesús identificara a Judas, ya había anunciado a sus discípulos que «había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre» (*Juan* 13, 1). Sólo después de mostrar que Jesús había anticipado y aceptado su muerte inminente, el *Evangelio según san Juan*, como el *Evangelio según san Lucas*, nos dice que el poder del mal se apoderó de Judas: «Ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle» (*Juan* 13, 2). No obstante, para mostrar que Jesús controla incluso la posesión de Judas por Satanás, san Juan declara que sólo «después que tomó éste [Judas] el bocado [de Jesús], Satanás entró en él» (*Juan* 13, 27). Y en ese momento, Jesús ordena a Judas: «Lo que has de hacer, hazlo pronto» (*Juan* 13, 27). El *Evangelio según san Juan* asegura que ninguno de los presentes en la mesa supo a qué se refería, aunque algunos pensaron que la orden de Jesús tenía que ver con las responsabilidades de Judas en la gestión de los recursos económicos del grupo. Poco antes, el *Evangelio*

según san Juan había caracterizado a Judas como un hombre codicioso y ladrón que criticaba a los demás para exhibir su propia piedad (*Juan* 12, 4-6). Según el autor de este evangelio, Jesús no sólo rehusó el beso de Judas, sino que tomó la iniciativa –no una vez sino dos– al identificarse él mismo ante los hombres que venían a arrestarlo. Así, cuando llegó Judas, «habiendo tomado una cohorte y unos guardias fue más allá con linternas y antorchas, y con armas»,

> Y Jesús, que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió a su encuentro, y les dijo: «¿A quién buscáis?».
>
> Respondiéronle: «A Jesús de Nazaret». Díceles Jesús: «Yo soy». Estaba también entre ellos Judas, el que le entregaba.
>
> Apenas, pues, les dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron en tierra.
>
> Les preguntó Jesús por segunda vez: «¿A quién buscáis?». Y ellos respondieron: «A Jesús de Nazaret».
>
> Replicó Jesús: «Ya os he dicho que soy yo; ahora bien, si me buscáis a mí, dejad ir a éstos» (*Juan* 18, 4-8).

Cuando los soldados retroceden y caen al suelo, impotentes frente a él, queda claro que es Jesús quien da las órdenes, incluso les señala a los soldados a quien tienen que prender y a quien no.

Al estudiar el *Evangelio según san Juan*, observamos que su autor realza la tendencia a mostrar a un Jesús que controla la situación. Así como el *Evangelio según san Marcos* dice que Jesús ordenó a discípulos concretos que dispusieran la cena de Pascua y su entrada en Jerusalén, y así como el *Evangelio según san Juan* afirma que el propio Jesús pidió a Judas que se marchara e «hiciera lo que tenía que hacer», el *Evangelio de Judas* también dice que Jesús pidió a Judas que lo

entregara, para que pudiera acontecer lo que estaba escrito. Sin embargo, el *Evangelio de Judas* concluye la historia en este punto. No hay relato del arresto, ni tortura, crucifixión o resurrección. Como resultado, en este evangelio logra desviar el centro de atención de la muerte de Jesús hacia lo que revela a Judas antes de su muerte: los misterios del reino.

Sin embargo, ¿cuál es la historia verdadera? ¿Qué ocurrió realmente? A través de los siglos, los cristianos tomaron a estos autores en sentido literal, no sólo considerando que los hechos sucedieron como afirman los evangelios del Nuevo Testamento, sino creyendo que fueron profetizados siglos antes de que ocurrieran, y por lo tanto asegurando a los creyentes que cada detalle transcurrió como estaba previsto. En la actualidad, la opinión de los estudiosos del Nuevo Testamento discrepa respecto a qué porcentaje de los evangelios se basa en la historia real. Al comparar los relatos advertimos que los autores de los evangelios elaboraron la historia de la muerte de Jesús para expresar los aspectos teológicos que querían enfatizar y abordar el problema esencial de que el mesías de Dios había padecido una muerte horrible a manos del gobierno romano ocupante. ¿Qué fue producto de su invención? ¿Es posible que estos acontecimientos, claramente inspirados por las escrituras proféticas, se escribieran *a partir* de ellas, sin base histórica alguna? John Dominic Crossan, estudioso del Nuevo Testamento, lo plantea del siguiente modo: los detalles de los relatos de la crucifixión, ¿pertenecen a la "historia profetizada" o a la "profecía historiada"?[19]

Hay episodios que los autores de los evangelios inventaron a partir de pasajes de los oráculos proféticos. Comparemos, por ejemplo, cómo los autores de los evangelios de san Marcos y san Mateo narran la "entrada triunfal" de Jesús el día que los cristianos llaman el Domingo de Ramos. Un poco más arriba señalamos cómo relata la historia el *Evangelio se-*

gún san Marcos: Jesús entró en Jerusalén a lomos de un asno, aclamado por sus seguidores como Rey de Israel. El autor del *Evangelio según san Mateo* advirtió, evidentemente, que el cronista del *Evangelio según san Marcos* tuvo presente la profecía de Zacarías a la hora de narrar esta escena, y añadió muchas líneas a este episodio. Cuando el autor del *Evangelio según san Mateo* vuelve a contar la historia, previamente sitúa su propia paráfrasis del oráculo de *Zacarías* (9, 9): «Decid a la hija de Sión: Mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino» (*Mateo* 21, 5). Sin embargo, velando por seguir la pista del oráculo de *Zacarías* conforme iba escribiendo, parece no haberse percatado de que la última frase de esta profecía implica el conocido mecanismo literario de la repetición. Da la impresión de que el narrador del *Evangelio según san Mateo* estaba tan absorto en que la escena correspondiera a la profecía en sus mínimos detalles que alteró el relato del *Evangelio según san Marcos* para decir que Jesús ordenó a sus discípulos que le proporcionaran un asno *y* un pollino. Como resultado, el *Evangelio según san Mateo* ofrece la ridícula estampa de Jesús entrando en Jerusalén a lomos de dos animales: «Idos los discípulos, hicieron lo que Jesús les había mandado. Y trajeron el asna y el pollino, y los aparejaron con sus vestidos, y le hicieron sentar encima» (*Mateo* 21, 6-7).

¿Cuán lejos llega esta invención? ¿Acaso los autores de los evangelios según san Mateo y san Marcos también inventaron el episodio de la traición de Judas? Algunos estudiosos aducen que los evangelistas interpretaron la visión de Isaías del esclavo doliente de Dios como la profecía de que Jesús sería traicionado, es decir, «entregado por nuestros pecados», como sugiere una versión de la traducción griega.[20] Cuando los seguidores de Jesús preguntaron quién podía haberlo traicionado, algunos sugieren que los autores de los evan-

gelios según san Marcos y san Mateo creyeron haber encontrado una respuesta en los Salmos: «Mi amigo íntimo en quien confío, que comió de mi pan, ha alzado su mano contra mí». Cuando los discípulos compartían la última cena con Jesús la noche anterior a su muerte, le plantearon la misma pregunta: ¿quién iba a traicionarlo? Los evangelios según san Marcos y san Mateo nos dicen que en su respuesta resonaron las palabras de la profecía de David:

> Y, estando comiendo, dijo: «En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición».
>
> Y ellos, afligidos sobremanera, empezaron a preguntar uno a uno: «¡Señor!, ¿acaso seré yo?»
>
> Y él, en respuesta, dijo: «El que mete conmigo su mano en el plato, ése es el traidor». (*Mateo* 26, 20-23).

Los expertos que consideran este relato como una "profecía historiada" han argumentado que los autores de los evangelios seleccionaron pasajes como éste y los unieron para conformar la historia de Judas. Por lo tanto, algunos concluyen que el relato de la traición de Judas no tiene base histórica alguna.[21]

Aunque esto no es imposible, plantea la pregunta del porqué de la invención de los seguidores de Jesús, ya que admitir que uno de los discípulos más íntimos del Mesías se había sublevado y lo había entregado constituía una enorme desgracia. Si no fuera verdad, ¿se habrían arriesgado los devotos de Jesús a arrojar tamaña vergüenza sobre el movimiento? Y si alguien ajeno al grupo hubiera inventado un personaje semejante, ¿no lo habrían denunciado como calumniosa mentira? Puesto que el relato estaba muy difundido y nadie lo impugnaba, es probable que algún integrante del movimiento traicionara a Jesús,[22] porque, como hemos visto, en lugar de

negar este hecho ignominioso, los escritores del Nuevo Testamento se limitaron a intentar mitigar su impacto: en primer lugar, afirmando que Jesús conocía y aceptaba cuanto iba a acontecer; en segundo lugar, situando el acontecimiento en el contexto de las profecías, para mostrar que nada, por horrible que fuera, ocurre al margen del divino plan de Dios.

Aun cuando abordan acontecimientos verídicos, los evangelistas buscaron en las Escrituras judías profecías que se amoldaran a ellos, del mismo modo que el lamento del rey David respecto a la traición de un amigo en los *Salmos* podría leerse como una profecía de la traición de Judas. A menudo advertimos que la veracidad histórica de los acontecimientos les importa menos que la lección moral que quieren transmitir; por ejemplo, en el caso del suicidio de Judas, que el mal acarrea la ruina, aspecto muy utilizado posteriormente para atizar el antisemitismo cristiano.

Por lo tanto, cada evangelio relata la muerte de Jesús como un modo de enfatizar los aspectos teológicos que el autor desea establecer: para el *Evangelio según san Marcos*, era necesario que el Mesías de Dios sufriera y muriera a fin de anunciar el reino de Dios y el fin de todas las cosas. El *Evangelio según san Mateo* sostiene que todo ocurrió de acuerdo con el plan divino, aun cuando Judas encarnó el mayor oprobio humano: la codicia. En el *Evangelio según san Lucas*, se describe a un Jesús que domina completamente la situación, incluso al propio Satanás, que se apodera de Judas para consumar el plan de Dios. El *Evangelio según san Juan* va más lejos, retratando a un Jesús que controla todos los acontecimientos, incluida su propia traición.[23] El *Evangelio de Judas* vuelve a relatar una fábula muchas veces contada, pero imprime a la historia un nuevo y radical giro que sitúa el centro de gravedad en "los doce apóstoles".

2. JUDAS Y LOS DOCE APÓSTOLES

Una vez que comprobamos que el conjunto de los evangelios del Nuevo Testamento tratan la traición de Judas como parte de la voluntad de Dios, parece menos extraño pensar que se considerara que aquél seguía instrucciones de Jesús cuando lo entregó, como afirma el *Evangelio de Judas*. Más sorprendente es el modo en que este texto subvierte lo que sabemos de los otros discípulos, o lo que creíamos saber. Este evangelio hace algo más que defender al discípulo que todos los demás consideran infame; también condena duramente a "los doce apóstoles", porque cuando acuden a Jesús, angustiados por un sueño que han tenido en el que sacerdotes del altar sacrifican a sus propias mujeres e hijos y cometen todo tipo de pecados e injusticias –perpetradas en el nombre de Jesús–, su respuesta los apabulla y enoja: «Vosotros sois los que visteis recibiendo ofrendas en el altar [...]. Y los animales domésticos conducidos al sacrificio son las multitudes que dirigís hacia el altar» (*Judas* 5, I-4). Aquí, los mismos discípulos reverenciados por tantos cristianos como líderes y fundadores del movimiento aparecen como los traidores a Jesús en lugar de Judas.

Esto trastoca drásticamente la historia evangélica tradicional; cuando comparamos este evangelio, de reciente descubrimiento, con el Nuevo Testamento, advertimos que el autor del *Evangelio de Judas* se limita a actuar como lo hicieron

otros cristianos, porque no todos los evangelios ensalzan a uno o más discípulos por encima de los demás, también, y con cierta frecuencia, relatan historias que reflejan el conflicto entre ellos. Estos relatos son importantes para los historiadores porque nos permiten conocer las disputas de poder de los primeros cristianos y nos alumbran sobre los temas que los primeros creyentes consideraban motivo de disensión.

El *Evangelio según san Marcos*, por ejemplo, presenta a san Pedro como el líder designado del grupo tras la muerte de Jesús, afirmando que Pedro es el primero en reconocer quién es Jesús –el Mesías de Dios–, aun cuando más tarde malinterpreta e incluso niega conocerlo (*Marcos* 8, 27-33; 14, 53-72). El *Evangelio según san Mateo* afirma enfáticamente la primacía de Pedro e incluso sostiene –sólo ocurre en este evangelio– que el propio Jesús declaró que Dios eligió a Pedro para revelar la naturaleza de aquél y erigirse en la piedra fundacional de la futura Iglesia:

> Y Jesús, respondiendo, le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre, que está en los cielos.
>
> »Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.
>
> »Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos" (*Mateo* 16, 17-19).

Gracias al enérgico respaldo que el autor del *Evangelio según san Mateo* pone en boca de Jesús, los cristianos de generaciones posteriores forjaron la imagen de san Pedro como guardián de las puertas del cielo, aquel que decide quién cru-

za el umbral de las "puertas de color perla" y ejerce la autoridad divina en la tierra.

El autor de los volúmenes del *Evangelio según san Lucas* y los *Hechos de los apóstoles* refiere una historia un tanto diferente: que Jesús declara que "los doce" reinarán como consejo suyo en el reino venidero, aunque aduce varios argumentos para demostrar la preeminencia de san Pedro y ensalzarlo como líder indiscutible de los apóstoles (*Lucas* 22, 29-32; 24-34; *Hechos* 1, 15; 2, 14).

Sin embargo, al indagar en otros textos tempranos, tanto en el Nuevo Testamento como fuera de él, observamos que otros cristianos rechazaron los intentos por encumbrar a san Pedro, así como su juicio y carácter; algunos abogaron por el liderazgo de otros apóstoles. El *Evangelio según san Juan*, por ejemplo, ofrece un retrato diferente de los discípulos de Jesús. Este autor reconoce la relevancia de san Pedro, pero sistemáticamente lo juzga secundario respecto a aquel que reputa como el mayor de los discípulos –al que simplemente llama "el discípulo que Jesús amaba" (*Juan* 13, 23). Este evangelio reconoce a san Pedro como líder legítimo pero sitúa al amado discípulo por encima de él como un líder aún más destacado. Según el *Evangelio según san Juan*, "aquel a quien Jesús amaba" corrió junto a san Pedro hacia la tumba y llegó primero, y aunque no entró primero en ella, él –y no Pedro– fue el primero en creer que Jesús se había alzado de entre los muertos. Aún más, el *Evangelio según san Juan* va más lejos y muestra que María Magdalena, y no Pedro, fue la primera en ver y hablar con el Cristo alzado, y recibió el encargo de anunciar la resurrección a los otros discípulos (*Juan* 20, 1-4; 8, 11-18). Tanto "el amado discípulo" como María aventajan a Pedro como primeros testigos de la resurrección.

El *Evangelio según Tomás*, como el *Evangelio según san Juan*, incluye a san Pedro entre los líderes de los discípulos,

pero sugiere que fue Tomás quien recibió una comprensión más profunda del evangelio de Jesús. Sin embargo, de acuerdo con el *Evangelio según Tomás*, cuando los discípulos de Jesús le preguntaron: «¿Quién nos gobernará cuando te hayas ido?», Jesús les respondió: «Seguid a Santiago el Justo», refiriéndose, aparentemente, a su propio hermano (*Marcos* 6, 3), al que muchos consideraban su legítimo sucesor. Según la tradición, Santiago encabezó uno de los primeros grupos de adeptos a Jesús en Jerusalén hasta el año 62, cuando supuestamente fue arrojado por un pretil y apaleado hasta la muerte.[1] Hasta este día, la Iglesia de san Santiago en Jerusalén, presidida por el obispo de la Iglesia ortodoxa armenia, celebra a Santiago, y no a Pedro, como el principal apóstol de Jesús.

El *Evangelio según Tomás* también refiere una disputa entre Pedro y María Magdalena, en la que Pedro le dice a Jesús: «Pídele a María que nos abandone, porque las mujeres no son dignas de la vida (espiritual)». Pero en lugar de rechazar a María, como solicita Pedro, Jesús le reprende y declara: «Convertiré a María en un espíritu viviente»[2] a fin de que sea tan capaz –ella u otra mujer– de vida espiritual como un hombre. Existe un conjunto de antiguos escritos, entre ellos el *Evangelio según María*, que relatan las disputas que se desencadenaron entre Pedro y María.[3] El *Evangelio según María* nos la presenta asumiendo un papel preponderante entre los discípulos al descubrir que a los otros les aterraba predicar el evangelio tras la muerte de Jesús, temiendo ser detenidos y ajusticiados como su maestro. En este punto, María se alza para hablarles y alentarlos, «y volver su corazón hacia el Bien» (*María* 5, 9).[4] Entonces Pedro, reconociendo que «el Salvador te amó más que a otras mujeres», pide a María: «Refiérenos las palabras del Salvador que tú conoces y no hemos escuchado» (*María* 6, 2). No obstante, cuando María accede y dice a Pedro que compartirá con él lo que Jesús ocultó a los otros discípu-

los, éste, celoso, pregunta: «¿Acaso habló a solas con una mujer sin nuestro conocimiento? ¿Tenemos que escucharla? ¿Es que la prefirió a nosotros?» (*María* 10, 3-4). Afligida ante su ira, María replica: «Hermano Pedro, ¿qué imaginas? ¿Piensas que he ideado estas cosas en mi corazón o que profiero mentiras sobre el Salvador?» (*María* 10, 5-6). En este momento Levi interviene para mediar en la disputa:

> «Pedro, siempre estás dispuesto a dar rienda suelta a tu perpetua propensión a la ira. E incluso ahora eso es lo que haces al cuestionar a la mujer como si fueras su adversario. Si el Salvador consideró que era digna, ¿quién eres tú para rebajarla? Sin duda el conocimiento que el Salvador tenía de ella es completamente fiable. Por eso la amaba más que a nosotros» (*María* 10, 7-10).

Al alzar a uno o más discípulos sobre los demás, cada una de estas historias establece una vindicación sobre quién habla en nombre de Jesús una vez que éste no se encuentra entre los hombres. Todos tratan de responder a las preguntas: ¿quién detenta su poder ahora? ¿Quién lo sustituirá? ¿Quién tiene la conexión más fuerte con Jesús, y en qué visión se puede confiar? El efecto práctico de estas historias –y sin duda, uno de sus propósitos– ha sido limitar el círculo de personas autorizadas a un grupo reducido y específicamente reputado de discípulos. Según cuentan los *Hechos de los apóstoles*, aquellos en quienes Jesús delegó directamente su autoridad, como "los doce", más tarde "impusieron sus manos" para transmitir el poder divino que habían recibido (*Hechos* 6, 6). En la actualidad muchas iglesias cristianas ritualizan el proceso en la ceremonia llamada "ordenación", en la que el obispo u otro ministro "impone las manos" a otra persona para transferirle la autoridad divina, un procedimiento practicado desde el siglo I hasta el

presente en iglesias de todo el mundo, y con frecuencia utilizado con un propósito similar: intentar dirimir disputas de poder y preeminencia autorizando a unos pocos o excluyendo otras voces de la conversación.

Sin embargo, los evangelios y cartas del Nuevo Testamento hacen algo más que ensalzar a algunos discípulos en detrimento de los demás. También nos muestran los temas que dividían a los creyentes durante esos años de formación. La disputa entre Pedro y María en el *Evangelio según María*, por ejemplo, sugiere que una cuestión era especialmente controvertida: ¿puede una mujer dirigir a los discípulos? O, simplemente, ¿puede ser uno de ellos? Incluso hoy, a menudo los cristianos invocan estos evangelios, junto a otros textos canónicos como 1 Timoteo, para "demostrar" que las mujeres no podían detentar posiciones de autoridad en las iglesias cristianas, pero en realidad el tema se debatió arduamente, como muestran los relatos que reflejan las controversias entre María y Pedro.[5]

Cuando los cristianos de generaciones posteriores contaron historias sobre la rivalidad entre discípulos y seleccionaron cuáles transmitían y cuáles descartaban, a menudo tomaban partido entre los diferentes grupos. Los relatos de conflicto entre los discípulos solían dramatizar aspectos específicos y prácticos; sin embargo, normalmente no originaban rupturas entre grupos. Con mucha frecuencia un autor interviene en una querella para corregir algún error por parte de los discípulos. Por ejemplo, de acuerdo con el *Evangelio según san Marcos*, Santiago y Juan, los dos hermanos, «se arrimaron a él (Jesús) y le hicieron esta petición: "Maestro, quisiéramos que nos concedieses cuanto te pidamos"». Cuando Jesús les pregunta qué quieren, reconocen que es su deseo que les prometa convertirlos en sus consejeros supremos en el reino de los cielos; al enterarse el resto de los discípulos, "empeza-

ron a indignarse con Santiago y Juan", comprensiblemente. Jesús continúa diciéndoles que no han comprendido la verdadera naturaleza del apostolado: la prominencia en el grupo no la alcanzarán los que la buscan para sí mismos (*Marcos* 10, 35-45). El apostolado consiste en renunciar a la propia vida –y al propio poder– para servir a los demás.[6]

Una vez hemos reconocido que los evangelios del Nuevo Testamento contienen muchos relatos que muestran el desacuerdo de los seguidores de Jesús, advertimos que, pese a sus diferencias, quienes sostienen posiciones enfrentadas normalmente permanecen en la misma comunidad. La mayoría de los conflictos descritos por los evangelios indican que los grupos cristianos, tanto antaño como en el presente, eran capaces de aceptar una variedad de puntos de vista en aspectos controvertidos sin escindirse. Aunque la tradición posterior insistió en que todas las voces incluidas en la colección del Nuevo Testamento dicen esencialmente lo mismo, observamos muchas diferencias entre ellos; quienes los incluyeron en el canon toleraron una considerable diversidad de opiniones "dentro de la familia", por así decirlo.

La diversidad, por lo tanto, no es algo nuevo. Por el contrario, nuestras fuentes más tempranas señalan que sólo veinte años después de la muerte de Jesús, san Pablo mostró su consternación al encontrar a diversos grupos de creyentes siguiendo a diferentes maestros. San Pablo regañó a los cristianos en la ciudad portuaria griega de Corinto porque, «en efecto, habiendo entre vosotros celos y discordia, ¿no sois carnales y procedéis a lo humano? Porque, diciendo uno: yo soy de Pablo, y el otro: yo soy de Apolo, ¿no estáis mostrando ser aún hombres carnales?» (*1 Corintios* 3, 3-4).

A pesar de todo, y hasta donde sabemos, san Pablo fue el primero en originar una disputa que amenazó con escindir el movimiento. En su *Carta a los gálatas*, san Pablo moteja a

Pedro de hipócrita y lo acusa de negarse a comer con creyentes no judíos (2, 11-21). Según cuenta, cuando Pedro llegó a Siria para conocer a Pablo, en un primer momento comía con éste y sus discípulos gentiles, lo que significaba que ignoraba temporalmente la dieta *kosher* que observaba de ordinario. San Pablo afirma que cuando llegaron otros seguidores de Jesús, procedentes del grupo dirigido por Santiago, Pedro dejó de comer con los gentiles. Indignado, san Pablo acusa públicamente a Pedro de ser un hipócrita impulsado por el temor a lo que pudieran pensar otros judíos y que fracasó a la hora de actuar de acuerdo con lo que, insistía, era la "verdad del evangelio" (*Gálatas* 2, 5). San Pablo declaró con vehemencia, a sus seguidores gentiles, que quienquiera que predicara «un evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado –aun cuando lo hiciera un "ángel del cielo", o, insinuaba, el propio Pedro–, sea anatema». Y para que nadie pensara que hablaba impulsivamente, san Pablo redunda enfáticamente en su reprobación: «Os lo he dicho y os lo repito: cualquiera que os anuncie un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema» (*Gálatas* 1, 9). Según san Pablo, la muerte de Jesús fue la señal de que Dios había extendido la promesa de la salvación a todo el mundo; continuar sometiéndose a prácticas gastronómicas exclusivistas equivalía a negar esa verdad del evangelio. Cuando un líder acusa a otro, como hace san Pablo, los conflictos pueden degenerar rápidamente en cisma, como ocurrió cuando quienes pensaban que los conversos tenían que ser circundados y obedecer los rituales gastronómicos los judíos rompieron con los cristianos.

En sus inicios, el movimiento cristiano era débil y lo asolaban conflictos, como muestra claramente el Nuevo Testamento. Sin embargo, ¿por qué mucha gente piensa lo contrario, que la Iglesia primitiva constituía una comunidad unificada y armoniosa de creyentes que compartían un culto dichoso y

todas sus pertenencias como propiedad común, "de una sola alma y un solo corazón"? (*Hechos* 4, 32).: ¿Y por qué la mayoría de los cristianos actuales creen que san Pedro y san Pablo eran apóstoles amigos que compartieron las cuitas de los primeros tiempos, y no, como describe el último, rivales enfrentados en amarga contienda por el sentido de la muerte de Jesús?

Esta impresión no es casual. Fue cuidadosamente construida por el autor del *Evangelio según san Lucas* y los *Hechos de los apóstoles*, porque deseaba frenar el desacuerdo proclive al cisma, así que optó por minimizar el enconado enfrentamiento entre san Pedro y san Pablo, y en cambio ofreció una estampa ejemplar en los *Hechos de los apóstoles* para ilustrar cómo los creyentes *debían* resolver sus diferencias.[7] Los *Hechos* relatan un encuentro de los apóstoles y ancianos convocado en Jerusalén. Tras discutir la predicación de san Pablo a los gentiles –de la que se dice que había levantado "no poca disensión y debate"–, Santiago, el estadista más anciano del grupo, se alzó y propuso una solución de compromiso, que toda la congregación aceptó y que más tarde circuló en una carta a todos los creyentes gentiles (*Hechos* 15, 1-35). Sin duda el autor del *Evangelio según san Lucas* y los *Hechos de los apóstoles* pretendía que su retrato de la armonía de la Iglesia primitiva alimentara el espíritu de unidad, precisamente porque reconoció que lo que a menudo nosotros llamamos Iglesia primitiva en realidad consistía en un conjunto de grupos dispersos y diferentes de creyentes. Pocos líderes condenaron a otros tan duramente como san Pablo a san Pedro. Pero, como hemos visto, estos conflictos locales implicaban algo más que rivalidades personales o luchas por el poder; al mismo tiempo, planteaban temas centrales: ¿quién comprende realmente el "evangelio" y cómo debe ser puesto en práctica? ¿Deberían los esclavos –libres en Cristo– ser emancipados

por sus amos terrenales? ¿Deberían los conversos gentiles observar las leyes judías? Y si es así, ¿cuáles? ¿En qué líderes se podía confiar?

Los conflictos también marcan el *Evangelio de Judas*. ¿Cómo hemos de entender sus fragmentos más extraños, los pasajes en que Jesús ataca a "los doce", se mofa de ellos, rechaza sus oraciones, les pide que "dejen de sacrificarse" y los retrata como pérfidos sacerdotes que asesinan a seres humanos, llegando a matar a sus propias mujeres e hijos, para complacer a su Dios? ¿Cómo puede afirmar que no fue Judas sino "los doce" quienes traicionaron a Jesús?

¿Acaso son éstas las alucinaciones de un hereje loco? Padres de la Iglesia como Ireneo con toda seguridad lo habrían atestiguado, puesto que describe a disidentes más moderados como presos de los ardides de Satanás.[8] ¿O es que este retrato de los doce discípulos y sus seguidores apunta a aspectos tan importantes que los cristianos de ambos bandos estaban dispuestos a enviarse mutuamente al infierno? A diferencia de otros desacuerdos en la Iglesia primitiva, éste escindía claramente a las comunidades. De hecho, el autor relata una disputa mortal, porque en su versión los doce lapidan a Judas.

¿Qué yace bajo estas acusaciones enconadas? Después de trabajar un tiempo en el *Evangelio de Judas*, descubrimos que no podemos despachar sin más a su autor como un loco o un hereje. Cuando ubicamos el evangelio en el contexto de lo que sabemos sobre los cristianos en el siglo II, el período en que se escribió el *Evangelio de Judas*, advertimos que se trata de un cristiano que adopta una dura actitud –y en última instancia, una causa perdida– respecto a un tema que absorbía completamente a los cristianos de su tiempo: la continua persecución de los seguidores de Jesús a manos de los romanos.

Al principio, la cristiandad consistió en pequeños y oscuros grupos que no llamaron demasiado la atención de los ro-

manos. Los seguidores de Jesús se reunían en casas y aparentemente tenían poca presencia pública. Las persecuciones reales eran locales y esporádicas, y dependían en buena medida de las actitudes de las comunidades locales y de las inclinaciones de los magistrados romanos. Pero a pesar de este pequeño número, los cristianos no estuvieron a salvo hasta el año 313, cuando el emperador Constantino, de acuerdo con su propia conversión, promulgó la tolerancia religiosa. Hasta ese momento los cristianos eran considerados ateos y traidores por negarse a ofrecer sacrificios a los dioses romanos. Quienes reverenciaban a los dioses romanos asociaban el sacrificio con virtudes sociales fundamentales: obediencia a los dioses, lealtad imperial y cívica, cumplimiento de los deberes familiares, paz y prosperidad. Los sacrificios más importantes constituían acontecimientos públicos que comprendían procesiones, oraciones, augurios y banquetes, así como el sacrificio y ofrenda de las víctimas, y podían significar eventos políticos de primera magnitud, sobre todo cuando los sacrificios se ofrendaban en honor del emperador romano como señal de lealtad y abnegación. Así pues, negarse a respaldar a los dioses romanos era, potencialmente, un acto de rebelión contra la propia Roma. Por lo tanto, si los cristianos llamaban la atención de las autoridades, era probable que fueran torturados o salvajemente asesinados como ateos o traidores a Roma.

Aunque en los siglos I y II no hubo muchos arrestos y ejecuciones, numéricamente hablando, sin duda los creyentes eran muy conscientes del peligro y tenían que plantearse qué hacer si eran capturados y acusados. La situación se deterioró de forma drástica en el siglo III (249-252) cuando el emperador Decio inició un intento sistemático de forzar a los cristianos a demostrar su lealtad exigiéndoles realizar sacrificios a los dioses; para demostrar que lo habían hecho obtenían un recibo conocido como *libellus*. A principios del siglo IV (303-

305), el emperador Diocleciano ordenó a todos hacer sacrificios o ser condenados a muerte. Estos violentos intentos de aniquilar el cristianismo fueron breves –y finalmente inútiles–, pero grabaron atroces imágenes en la mente colectiva de los cristianos, que hasta el día de hoy cuentan historias para mayor gloria de la fe heroica de los primeros mártires.[9]

Como todos los cristianos de su época, el autor del *Evangelio de Judas* era consciente de que convertirse en cristiano era peligroso. Dondequiera que se recrudeciera la persecución, el temor debió haber invadido la vida de los integrantes del movimiento.[10] Tertuliano, cuya comunidad de África del Norte se consideró un objetivo a principios del siglo III, refiere cómo la amenaza de la violencia ensombrecía a los cristianos por doquier cuando los soldados y magistrados irrumpían en reuniones de oración persiguiendo a los líderes, dispersando a los aterrados fieles y amenazando con detenciones.[11] Estas situaciones provocaron un acalorado debate acerca de cómo reaccionar. ¿Cómo debía actuar un creyente? Algunos sugirieron que había que decir lo que fuera más conveniente para sobrevivir, aduciendo que "Cristo murió para que viviéramos".[12] Pero la mayoría estaban de acuerdo en que si eran acusados tenían que admitir que eran cristianos en lugar de ofrecer sacrificios a los dioses romanos, porque Jesús les había advertido de que «quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos» (*Mateo* 10, 33). Algunos maestros, incluyendo el célebre maestro Heracleón, más tarde tildado de hereje, recomendaron a los creyentes que no señalaran su adhesión al cristianismo, sino que, si eran interrogados, "confesaran a Cristo" y arrostraran las consecuencias, aun la desgracia y la tortura, a menudo seguida de una ejecución pública terrible y erigida en espectáculo.[13]

Sin embargo, otras situaciones eran más ambiguas. ¿Qué ocurría si se enteraban de la llegada de los romanos? ¿Tenían

que huir? Jesús había dicho a sus discípulos: «Entre tanto, cuando en una ciudad os persigan, huid a otra. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre» (*Mateo* 10, 23). ¿O era un acto de cobardía que los condenaba tan absolutamente como si hubieran ofrecido sacrificios? ¿Era aceptable sobornar a los oficiales para eludir el terrible momento en que había que negar a Cristo o enfrentar la tortura y la muerte? ¿Y qué ocurría con los que practicaban la extorsión? ¿Debían entregar dinero para silenciar a las personas que los amenazaban con delatarlos? En este punto algunos citaban las doctrinas de Jesús: "Granjeaos amigos con las riquezas de la iniquidad" (*Lucas* 16, 9). A veces los cristianos podían pagar un rescate por los que ya habían confesado, y así ayudarlos a escapar al martirio. ¿Era éste un acto de caridad cristiana o interferían en la voluntad de Dios?[14] Sabemos que estos temas eran objeto de debate porque Tertuliano escribió el tratado *Ad martyras* (aproximadamente en el año 212) en el que trataba estas cuestiones. Aunque ofrecía consejos prácticos, sugiriendo a los cristianos que se reunieran de noche y en grupos de tres personas para no despertar sospechas, insistía firmemente en que bajo ningún concepto tenían que eludir el martirio. Todo cuanto ocurre, asegura, sucede según la voluntad de Dios y no hay que rechazarlo en ningún caso, pero, más importante aún, el martirio es la voluntad de Dios porque lo glorifica y refuerza la comunidad de los fieles. Un cristiano anónimo incluso les incita a pensar en el martirio como un trato ventajoso: «¡Con el sufrimiento de una hora puedes alcanzar la vida eterna!».[15]

Para animar a los creyentes a afrontar la muerte con valor, aquellos que vieron a los mártires escribieron relatos sobre su coraje sobrehumano. Un relato célebre nos habla de un incidente acaecido en la Francia rural en el año 177.[16] En las ciudades de Lyon y Vienne, Ireneo, un misionero procedente de

Siria, vio a unos creyentes atacados por una muchedumbre hostil; más tarde, muchos fueron detenidos y acusados de ateos por negarse a realizar sacrificios a los dioses de Roma. Aunque muchos cambiaron de opinión al afrontar sentencias de tortura y muerte, entre treinta y cincuenta se mantuvieron firmes y fueron encadenados en una lóbrega y hedionda prisión a la espera de la ejecución pública. Muchos murieron de frío o tortura en la prisión, y otros fueron estrangulados; los que sobrevivieron fueron asesinados con una lenta y atroz tortura en la arena de las urbes en un día reservado a los ciudadanos para semejante espectáculo. Quizá diez años antes de estos ataques a los cristianos en la Galia, Ireneo supo que su propio y bienamado maestro y mentor, el venerable Policarpio, a menudo conocido como "el maestro de Siria", había sido arrestado, interrogado y quemado vivo en la arena de la ciudad del Capitolio.[17] Esas muertes quedaron grabadas en su memoria. Tras ser ordenado obispo en sustitución del nonagenario Pothinus, que había muerto en prisión después de ser torturado, Ireneo escribió para ensalzar a los mártires que, en su opinión, "seguían los pasos del Señor", y para denunciar a los "herejes", a quienes acusaba de negarse a seguir su ejemplo.[18]

Muchos otros líderes de la Iglesia tendieron a glorificar este tipo de muertes. Mientras que los magistrados romanos consideraban estas ejecuciones como necesarias para asegurar la estabilidad política y religiosa del imperio, los cristianos los llamaban mártires, es decir, "testigos" de la verdad de Cristo. Cuando los seguidores de Jesús discutieron qué hacer si eran detenidos y el sentido de su muerte, muchos pensaron en cómo el propio Jesús sufrió y murió.

A lo largo de los siglos, los adeptos a Jesús han atribuido muchas interpretaciones al sufrimiento y la muerte.[19] Algunos conciben a Jesús como el pastor que entrega su vida por sus

ovejas y muestra así el amor de Dios por la humanidad, como afirma el *Evangelio según san Juan* (10, 11). San Pablo creía que la muerte de Jesús cambiaba la historia, pues hacía posible que todos heredaran la promesas de salvación realizadas a Israel (*Romanos* 9, 11). Para muchos cristianos, el rito del bautismo era, y es, una recreación de la muerte y resurrección de Jesús: inmersión en el agua como un ser moribundo, ascenso a una nueva vida del Espíritu. Los primitivos cristianos también reconocieron que el sufrimiento de Jesús puso a Dios de parte de los pobres y oprimidos, como señalan los teólogos de la liberación.

Pero como cualquier persona afligida por la violencia, algunos adeptos a Jesús expresaron su ira e imaginaron su venganza. El *Evangelio según san Lucas* atribuyó la responsabilidad a los judíos, lo que condujo a una reiterada violencia contra el pueblo judío bajo la falsa idea de que fueron ellos, y no los romanos, quienes mataron a Jesús.[20] Otros proyectaron su ira contra los romanos. Por ejemplo, el *Libro de las revelaciones* muestra el regreso de Jesús del cielo como un guerrero victorioso, acaudillando una hueste de ángeles para matar a sus enemigos y encerrarlos en un lago de fuego que arderá para siempre. Describe Roma como la prostituta de "Babilonia", vestida con la púrpura imperial y asentada en las siete colinas –las célebres colinas de Roma–, «ebria con la sangre de los santos y testigos de Jesús» (*Revelación* 17, 1-6). Un ángel asegura a san Juan que Dios la entregará a la bestia, que "la asolará y despojará", devorando su carne y consumiéndola en el fuego (*Revelación* 17, 16-18). El autor del *Evangelio de Judas* también muestra su encono, que no obstante no dirige a romanos o judíos sino a los propios cristianos, y muestra cómo Jesús los condena firmemente: «En verdad te digo que ninguna estirpe de los que son como vosotros me conocerá nunca» (*Judas* 2, 11).

¿Por qué esta ira? Judas no sólo acepta la muerte de Jesús, sino que contribuye a facilitarla, a sabiendas de que esta acción sella su propia muerte violenta. Así pues, el problema para el autor del *Evangelio de Judas* no era simplemente la resistencia al martirio. No critica a los propios mártires, ni dice que sea malo morir como mártir. Más bien se muestra furioso con el *sentido* que otros cristianos confieren a las muertes de Jesús y sus adeptos, acusando a quienes afirman que Dios deseó la muerte de Jesús como un sacrificio que no sólo desea sino que ordena.[21] Algunos cristianos condenados a muerte llegaron a considerar la muerte de Jesús, y la suya propia, como un sacrificio. Mientras luchaban por avenirse a su propia muerte, lo que dominaba la imaginación de algunos de los primitivos seguidores, incluyendo al autor del *Evangelio de Judas*, era la matanza de animales ofrecidos en el ara. El sacrificio de animales, un acto que la mayoría de la gente a lo largo y ancho del imperio romano consideraba el elemento central de la devoción pública, era siempre una exhibición sangrienta, aunque los animales se mataban de un solo golpe y eran despedazados para proveer de carne la fiesta, una vez que los sacerdotes habían examinado sus órganos internos en busca de presagios.[22] Aunque el templo de Jerusalén había sido destruido en la época en que fue redactado el *Evangelio de Judas*, el autor retrata a los discípulos oficiando como sacerdotes en el templo.

Las imágenes de Jesús están dispersas en toda la temprana literatura cristiana. San Pablo adopta la confesión cristiana primitiva de que «Jesús murió por nuestros pecados» (*1 Corintios* 15, 3), y en una ocasión se refiere a él como «nuestro Jesucristo, nuestro Cordero pascual, que ha sido inmolado» (*1 Corintios* 5, 7), relacionando su muerte con el sacrificio de los corderos de Pascua que se degollaban en el altar del gran templo de Jerusalén antes de que los sacerdotes ofrecieran

los cadáveres como sacrificios a Dios.[23] Quienes escribieron los *Evangelios según san Mateo* y *san Marcos* del Nuevo Testamento creían que la noche anterior a la entrega Jesús había tenido una visión de su propia muerte como sacrificio, y les dijo a sus discípulos que su sangre iba a «ser derramada por muchos para remisión de los pecados» (*Mateo* 26, 28) y que había venido a «dar su vida por la redención de muchos» (*Marcos* 10, 45). Una imagen similar domina el *Evangelio según san Juan*, que identifica a Jesús, desde el momento en que aparece por primera vez, como «el cordero de Dios que aleja el pecado del mundo» (*Juan* 1, 29). Cuando el autor del *Evangelio según san Juan* aborda la crucifixión, llega incluso a alterar el orden de los acontecimientos para que la muerte de Jesús coincida con el sacrificio de los corderos de Pascua, y describe la crucifixión con un lenguaje que refleja las tradicionales instrucciones bíblicas para preparar el cordero que será degustado en la cena de Pascua (*Juan* 19, 14). Sin embargo, es el autor de la Epístola a los hebreos quien de forma más clara retrata la muerte de Jesús como un sacrificio, describiendo vívidamente cómo Cristo, «no por la sangre de machos cabríos, ni de becerros, sino por su sangre propia», aseguró la redención. El autor explica que si las cenizas y la sangre del animal purifican la carne inmunda, cuánto más la sangre de Cristo purificará a quienes reverencien "al Dios vivo" (*Hebreos* 9, 12-14). Este tipo de ideas horrorizaban al autor del *Evangelio de Judas*.

No obstante, los seguidores de Jesús llevaron aún más lejos esta imagen enseñando a otros a celebrar ritualmente una cena comunitaria para representar la muerte sacrificial de Jesús. San Pablo cita a Jesús diciendo a sus discípulos que «todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (*1 Corintios* 11, 26). El *Evangelio según san Juan* va más lejos, al

presentar a Jesús diciendo: «En verdad os digo que si no comiereis la carne del hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente bebida» (*Juan* 6, 53-55).

El *Evangelio según san Juan* también nos dice que esta declaración –con un sabor a canibalismo– era tan ofensiva que muchos seguidores de Jesús se apartaron del culto debido a ella. Aquí tenemos la primera insinuación de que esta interpretación de la muerte de Jesús pudo ser la razón por la que Judas lo entregara, porque ya el *Evangelio según san Juan* señala este punto como el detonante de que Jesús separara a Judas de "los doce" y lo señalara como traidor (*Juan* 6, 64-71). La respuesta de Jesús a quienes lo abandonaban suena sorprendentemente parecida a su magisterio en el *Evangelio de Judas*:

> ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si viereis al hijo del hombre subir a donde antes estaba? El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve; la palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son (*Juan* 6, 61-63).

Es probable que el autor del *Evangelio de Judas* leyera este pasaje del *Evangelio según san Juan* y pensara que sólo Judas había comprendido el sentido de las palabras de Jesús, y por ello se decidió a entregarlo, siguiendo la orden de Jesús en la última cena (*Juan* 13, 27). Otros cristianos lo malinterpretaron cuando pensaron que Satanás poseyó a Judas.

¿Qué es lo que no comprendieron exactamente? Tanto en el *Evangelio de Judas* como en el de san Juan, Jesús enseña que "el espíritu es quien da vida, la carne de nada sirve". Pero muchos adeptos a Jesús llegaron a creer que el sufrimiento

era condición indispensable para la salvación, y pensaron que su propio sufrimiento constituía un sacrificio a Dios, una imitación de la muerte sacrificial de Jesús.

Muchos cristianos, conscientes de que tendrían que arrostrar una muerte violenta "en su nombre", interpretaron su propio sufrimiento –tortura, abusos, dolor y muerte– como vías para "seguir a Cristo". El mismo san Pablo declaraba que lo había entregado todo y estaba dispuesto a entregar su vida:

> A fin de conocerle a él y la eficacia de su resurrección, y participar de sus penas, asemejándome a su muerte.
>
> Por si puedo arribar a la resurrección de los muertos (*Filipenses* 3, 10-11).

Así pues, san Pablo aseguró a los creyentes que sufrir por Jesús unía a sus seguidores con él, y prometió que también ellos se alzarían de entre los muertos y serían recibidos en el cielo.

Nadie habla más enfervorizadamente sobre el deseo de "morir por Dios" que Ignacio, el obispo de Antioquia en Asia menor, arrestado por las autoridades romanas alrededor del año 115 Mientras una cohorte hostil de soldados lo conducía a Roma para ser ejecutado, Ignacio escribió cartas a las congregaciones romanas y envió una célebre epístola a los creyentes de Roma para animarlos a «orar a Cristo por mí para que por este medio me convierta en sacrificio de Dios» (Ignacio, *Romanos* 4, 2), insistiendo en que ser despedazado por fieras salvajes en el circo lo "acercaría a Dios" y aseguraría su salvación.

Al hablar del martirio como el mejor, si no el único, medio para "acercarse a Dios", Ignacio insistía en que las fieras salvajes le ofrecían la mejor de las oportunidades para «imitar el sufrimiento de mi Dios» (Ignacio, *Romanos* 6, 4; con

esto aludía, evidentemente, a Jesús). Ignacio consideraba su propio cuerpo, al igual que el cuerpo de Cristo, como el "pan divino" que sería comido en la eucaristía: «Soy el trigo de Cristo, y me entrego a los dientes de las fieras para convertirme en pan puro en loor de Cristo» (Ignacio, *Romanos* 4, 1). Ignacio rezaba para que nada interfiriera en sus planes:

> Dejad que venga a mí el fuego, y la cruz, y la agonía con las fieras, crujir de huesos, mutilación de extremidades, desmembramiento de mi cuerpo todo, pero dejad que me acerque a Jesucristo (Ignacio, *Romanos* 5, 3).

Otros cristianos escribieron relatos que ensalzaban a los mártires como héroes para alentar a los creyentes a mantenerse firmes e impresionar a los infieles con la entereza de la fe cristiana. Estos líderes preservaron abnegadamente muchos escritos que encumbraban el martirio, por lo que los cristianos aún pueden leerlos. Por ejemplo, un célebre relato, *Los hechos de Justino y sus compañeros*, reconstruye con imaginación la escena del juicio a un filósofo cristiano en Roma, en el año 165. En él se cuenta cómo Justino, el filósofo converso (conocido como san Justino mártir), es arrestado junto a seis de sus estudiantes, mujeres y hombres, reunidos en su casa en Roma para recibir lecciones de "filosofía cristiana". Los siete fueron imputados ante Rusticus, prefecto de Roma, quien, para probar su lealtad, les pidió que ofrecieran sacrificios a los dioses. Sin embargo, más de una vez los acusados se negaron a responder a las preguntas, repitiendo en voz alta "Somos cristianos"; todos se negaron a cumplir la orden del magistrado. Perplejo y sinceramente espoleado por su vehemencia, aun después de amenazarlos con la ejecución, Rusticus preguntó a Justino: «Se supone que has sido educado, y crees saber la verdad. Ahora escucha: si te azotan y decapitan, ¿crees que

irás al cielo? [...] ¿Supones que irás al cielo y recibirás una valiosa recompensa?». Justino respondió: «No lo *supongo*, sino que lo *sé* con rotundidad, estoy completamente convencido de ello». Cuando los otros también se negaron a ofrendar sacrificios, Rusticus pronunció sentencia: flagelo y decapitación. Al abandonar el tribunal Justino y sus compañeros, el autor cristiano relata que oraban a Dios en voz alta, quizá con las mismas palabras de otros cristianos que habían recibido la pena de muerte: «Gracias sean dadas a Dios. Hoy somos mártires en el cielo».[24]

Sin embargo, hubo quien expresó sus reservas e incluso su repulsión. Algunos espectadores paganos que asistieron a la muerte de miembros de la congregación de Ireneo en el día de Augusto del año 177, se preguntaban: «¿Qué bien les ha hecho su religión?».[25] Líderes como Ireneo y Tertuliano, que habían conocido la persecución de primera mano, creían que peligraba la supervivencia del movimiento, y acaso tenían razón. Tertuliano se jactaba ante un magistrado romano en el norte de África de que matar cristianos sólo incrementaba el fervor e inspiraba a otros a unirse a ellos: «Cuanto más nos seguéis, más nos multiplicamos; la sangre de los mártires se ha sembrado», para alabanza de la Iglesia.[26] Cuando algunos cristianos cuestionaron el valor del martirio, Ireneo los condenó como "herejes" y Tertuliano los motejó de cobardes.[27] Y cuando Eusebio, el padre de la Iglesia del siglo IV, hizo la crónica de la historia de la Iglesia hasta Constantino, otorgó un lugar primordial a los mártires en la fundación de esta institución, describiéndolos como grandes santos heroicos cuyo valor y fe expusieron la verdad en sus cuerpos torturados. La campaña para ensalzar a los mártires a la categoría de héroes fue tan exitosa que todo disentimiento fue prácticamente eliminado.

Y sin embargo hoy sabemos que algunos cristianos reaccionaron airadamente y se opusieron de forma categórica a

quienes glorificaban el martirio. Lo que oímos en el *Evangelio de Judas* es una afilada voz discrepante. Y no fue la única; otros disidentes nos hablan a través de otros textos eliminados y eventualmente enterrados en Nag Hammadi, desde el *Testimonio de la verdad* al *Apocalipsis de Pedro*; sin duda, otros se perdieron. Pero, como hemos visto, puesto que los "padres de la Iglesia" consagrados por la tradición ulterior mantuvieron una postura contraria, las únicas voces que se preservaron fueron las de prelados como Ireneo, que despreciaba escritos que, como el *Evangelio de Judas*, atacaban su defensa del martirio, y a los que consideraba «un abismo de locura y blasfemia contra Cristo».[28] Puesto que nos han llegado pocas voces discrepantes de estos cristianos, podemos pensar que sólo unas pocas –no demasiadas– se opusieron realmente; la práctica totalidad de lo que escribieron los detractores de la visión oficial se ha perdido. Sin embargo, en el presente, el descubrimiento del *Evangelio de Judas*, junto a otros hallazgos anteriores, nos permite escuchar, por primera vez en casi dos mil años, algunas de las voces que no estaban de acuerdo. Y ahora advertimos por qué se oponían. Por encima de todo, plantean dos preguntas: ¿qué dice esa doctrina sobre Dios? ¿Y cómo impulsa a actuar a la gente?

3. EL SACRIFICIO Y LA VIDA DEL ESPÍRITU

El autor del *Evangelio de Judas* ofrece una salvaje caricatura de "los doce" como sacerdotes en el altar, dirigiendo a las multitudes por el mal camino y ofreciendo sacrificios humanos, a fin de señalar lo que en su opinión es una flagrante contradicción: que mientras los cristianos rechazan la *práctica de los sacrificios, muchos de ellos convierten esta idea en el epicentro de la veneración cristiana al afirmar que la muerte de Jesús constituye un sacrificio por los pecados humanos y a continuación insistir en que los cristianos muertos como mártires son sacrificios que agradan a Dios*. ¿Acaso este autor había visto a líderes de la Iglesia alentar a otros, quizá jóvenes o incluso miembros de su propia familia, a abrazar la muerte de ese modo? Evidentemente, no tenemos modo de saberlo, pero su escritura transmite la urgencia de quien quiere desenmascarar lo que considera la repugnante locura de dirigentes religiosos que animan a la gente a morir de este modo, como si su sufrimiento garantizara la resurrección personal de los mártires y su encumbramiento en el cielo, tal como declaró Justino al juez romano que lo sentenció.

Sin embargo, también el *Evangelio de Judas* presenta la muerte de Jesús como un sacrificio, porque éste le dice a Judas que al entregarle los superará a todos, «y sacrificarás al ser humano que me sostiene» (*Judas* 15, 4). Por lo que, aunque Jesús pide a sus discípulos que «abandonen los sacrificios»

(*Judas* 5, 17), para el *Evangelio de Judas la* cuestión no es simplemente si la muerte de Jesús y los cristianos debería ser entendida como sacrificio; está de acuerdo con que así sea. En cambio, considera nocivo que obispos como Ignacio o Ireneo prediquen que quienes se "perfeccionan" a sí mismos a través del martirio se aseguran la recompensa divina en forma de resurrección de entre los muertos; yerran tanto en el "Dios" al que dirigen sus plegarias como en pensar que el cuerpo físico podrá resucitar en la vida eterna.

Estos errores ocurren porque la gente es incapaz de creer que exista algo al margen de este mundo visible y mortal, son incapaces de comprender su lugar en el esquema divino del mundo. Debido a esta ignorancia, el verdadero Dios Padre envió a Jesús a predicar y curar para que la gente aprendiera «lo que ningún ser humano verá» y «cuya medida no ha comprendido ninguna estirpe angélica» (*Judas* 10, 1-2). Enseña a Judas que existe un universo más amplio y espiritual más allá del mundo limitado que la gente percibe, y que, a no ser que aprendan a verlo, nunca conocerán a Dios ni tampoco su propia naturaleza espiritual, porque hay otro reino de gloria divina por encima del mundo material, y una sagrada raza inmortal existe más allá de la efímera raza humana: éstos, dice, son los "misterios del reino" (*Judas* 9, 20). Mientras perseveran en su ignorancia, la gente es presa fácil del error de los falsos dioses. Pero Jesús advino a la tierra para mostrar la verdadera naturaleza del universo y del final de los tiempos para que quienes comprendan estas cosas se alejen de la idolatría –con toda su inmoralidad y violencia sacrificial– y descubran su verdadera naturaleza espiritual.

Casi la mitad del magisterio de Jesús lo ocupa la instrucción de Judas sobre la existencia y estructura del reino divino en el más allá, sobre cómo nació este mundo y los dioses que lo gobiernan y qué ocurrirá al final de los tiempos. Le enseña

que el supuesto "Dios" al que adoran los otros discípulos es simplemente un ángel menor que los conduce a un camino errado al incitarlos a realizar sacrificios de sangre. Este falso "Dios" es el responsable de la muerte de Jesús, y sus discípulos demuestran que son como él al blasfemar de Jesús y lapidar a Judas hasta la muerte.

Al inicio del *Evangelio de Judas*, Jesús encuentra a sus discípulos orando y dando gracias mientras santifican el pan del culto, pero se ríe de ellos por lo que están haciendo. ¿Qué hay de malo en su veneración? ¿Qué provoca el desdén de Jesús? Lo que los discípulos hacen probablemente no es sólo dar gracias por la comida en común sino "santificar" el pan que los cristianos llaman "eucarístico" para "proclamar la muerte del Señor", como había enseñado el apóstol san Pablo (*1 Corintios* 11, 23-26).[1] Jesús les explica que no se burla de ellos; se ríe porque no comprenden que celebran la eucaristía "para que su Dios reciba alabanzas". Erróneamente creen que Jesús es hijo de su "Dios" (*Judas* 2, 6-9) y se niegan a escuchar sus palabras, cómodos en su beatería: «[Esto] es lo correcto», protestan (*Judas* 2, 5).

Como hemos visto, cuando Jesús intenta instruir a los discípulos, todos, salvo Judas, se resisten a él, enfadándose cuando se burla de sus devociones y blasfemando contra él –demostrando así que su "Dios, que está en el interior", es fácil de provocar (*Judas* 2, 12-15). Sólo Judas fue capaz de erguirse ante Jesús, aunque no pudo mirarlo a los ojos y apartó la vista. Sin embargo, a pesar se desviar la mirada, Judas reconoció quién era Jesús y se atrevió a decir: «Sé quién eres y de dónde vienes» (*Judas* 2, 16-22). Así pues, Judas demuestra que es capaz de comprender lo que revela la visión, que más allá del universo que percibimos con nuestros sentidos hay un reino invisible del Espíritu que debemos conocer para conocer a Dios y nuestra propia naturaleza espiritual.

inuación, Jesús lleva aparte a Judas y comienza a enseñarle en privado lo que los otros no están preparados para escuchar: que más allá del mundo visible hay un reino celestial donde mora un soberano Espíritu invisible en una infinita nube de luz. Aunque supera toda descripción, esta energía creativa es la fuente divina de todas las cosas, tanto en la tierra como en el cielo. Le enseña a Jesús que en primer lugar Dios creó el reino celestial invisible, poblándolo de seres celestiales, y reinos eternos llamados *aeons*, en cada uno de los cuales habitan incontables miríadas de ángeles.

En contraste con este eterno y brillante reino de luz, el mundo visible existe como una suerte de oscuridad y desorden primitivos. Dios creó el universo; en un principio sólo había caos, como en la descripción del *Génesis* (1, 2), según la cual «la tierra era informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo». Según el autor del *Evangelio de Judas*, Dios, en su bondad, trajo la luz y el orden a este mundo estableciendo soberanos con la forma de cuerpos celestiales, al igual que el *Génesis* (1, 14-19) describe a Dios mientras crea "luces" en la cúpula del cielo para gobernar las estaciones e iluminar la tierra. Jesús también revela a Judas los nombres de los gobernadores designados por Dios: Nebro (Ialdabatoh), Saklas y otros ángeles, que se relacionan con cuerpos celestes específicos: el sol con Nebro (con su rostro de fuego); la semana, compuesta por siete días, con *Saklas* y sus seis ángeles; el zodíaco con sus doce ángeles (cada uno de los cuales gobierna una porción del cielo), y los ángeles designados para gobernar "el caos y olvido" de los cinco planetas (*Judas* 12, 5-21).

Por confusa que esta exposición pueda resultar para el lector moderno, es fundamental porque explica cómo el mal, la injusticia y el sufrimiento fueron posibles en un mundo creado por un Dios benévolo y todopoderoso. Esta convicción –la

de que, lejos de ser caótico o aleatorio, el universo fue construido por Dios según un orden armonioso– se expresa en lo que probablemente es el sentido original del término griego *cosmos* ("orden"). Pero el autor del *Evangelio de Judas* sugiere que el término también significa "lo que perece". Este doble sentido implica que la creación de Dios es buena, pero que sin embargo los soberanos del mundo inferior son seres ruines, que pueden equivocar a la humanidad. Jesús explica que la bondad de Dios consiste en ordenar e iluminar la primitiva oscuridad del caos; sin embargo, para que los ángeles que crea puedan gobernar el mundo tienen que participar de la naturaleza del mundo que acaudillan. Esto implica que son limitados en poder y discernimiento; la suya es la mortecina y apasionada luz del fuego, no la gloria de la iluminación divina. Así, el magisterio de Jesús da cuenta de cómo los "ángeles caídos" alcanzan el dominio del mundo, al igual que Satanás y sus ángeles, que aparecen en otros textos cristianos como el *Libro de la revelación* en el Nuevo Testamento, ejercen influencia en el mundo.

Como en la *Revelación de Juan*, el *Evangelio de Judas* predica que Dios estableció un límite temporal para el dominio de esos ángeles inferiores. En el final de los tiempos, estos seres celestiales menores serán destruidos, junto a las estrellas, los planetas y los seres humanos que erraron. El autor del *Evangelio de Judas* está de acuerdo con el *Evangelio según san Marcos* en que cuando advenga el último día, cuanto Dios creó "en el principio" se hundirá: «El sol se oscurecerá y la luna no alumbrará, y las estrellas del cielo caerán, y las potestades que hay en los cielos se bambolearán» (*Marcos* 13, 24-25). Muchos cristianos creían que al final de los tiempos habría un juicio final en el que los que perpetraron el mal y los poderes espirituales que los incitaron serían destruidos, algo que también creen muchos cristianos en la

actualidad. Así pues, Jesús dice a Judas que cuando el tiempo del gobierno de Saklas toque a su fin, las estrellas lo llevarán todo a su término, como las profecías; y que quienes adoran a los ángeles caerán en un abismo moral, violando y asesinando a sus hijos (*Judas* 14, 2-8); éstas son las señales del fin.

No obstante, lo más sorprendente es que de toda la literatura cristiana conocida, sólo el autor del *Evangelio de Judas* afirma que quienes cometen estos pecados lo hacen en su nombre, esto es, ¡que son "cristianos"! Cuando individuos como "los doce" celebran la eucaristía, sacrifican y alientan a otros a seguir su ejemplo, es porque han caído bajo la influencia de ángeles que también pecan, conduciendo a quienes los adoran al error y el sufrimiento, porque, como explica el *Evangelio de Judas*, aunque estos ángeles fueron creados y designados por Dios, son seres deficientes: al contrario que los ángeles en el reino divino superior, son mortales, de limitada inteligencia, y a veces incurren en errores. Esta insinuación no es original del *Evangelio de Judas*: otras fuentes judías y cristianas de la época también introducen esos ángeles en el relato de la creación para explicar el sufrimiento y el error que define a buena parte de la experiencia humana, y que al mismo tiempo exime a Dios de haber creado algo malvado.

Quienes caen bajo estas siniestras influencias celestes pueden ser propensos, como "los doce", a ejercer la violencia y la inmoralidad sexual, incluso a matar a sus propios hijos en el nombre de los poderes inferiores que confunden con Dios. Como hemos visto, Jesús reprende a "los doce" por cometer ese error, un error fatal ya que, nos dice, el modo en que una persona concibe a Dios afecta a su modo de vivir. El error de "los doce" consistía en que creían que el Dios que veneraban era el padre de Jesús y fatalmente imaginaban que "su Dios"

exigía sacrificios, no sólo la muerte de Jesús sino la de sus mujeres e hijos, que sin duda representan a los mártires de la época del autor, a quienes los caudillos de la Iglesia animaban a morir por su fe. Aun cuando rezan a su Dios, "celebran" su eucaristía representando una muerte: la crucifixión concebida como sacrificio. Cuando Jesús se burla de sus plegarias, en lugar de preguntarle por qué lo hace o considerar que tal vez cometen un error, airadamente blasfeman contra él. Así, su propia violencia airada refleja la de "su Dios". Pero lo contrario también es cierto: cuando Jesús revela a Judas una diferente visión de Dios, esta visión crea en él y en todos los que veneran a Dios una sensación diferente de lo que son y lo que Dios exige de ellos.

Según el *Evangelio de Judas*, el problema fundamental es que "los doce" –aquí, trasunto de los líderes de la Iglesia– ignoran quién es Jesús y tampoco comprenden quién es Dios. Erróneamente piensan que Dios exige sufrimiento y sacrificio. Pero el autor del *Evangelio de Judas* –y otros dentro del temprano movimiento– planteaba preguntas como: ¿en qué afecta a Dios este magisterio? ¿Está Dios poco dispuesto o es incapaz de perdonar la trasgresión humana sin un violento derramamiento de sangre, mediante el degüello de cabras y toros o, lo que es peor, sacrificios humanos?[2] ¿Acaso los cristianos le rezan a un Dios que exige lo que la Biblia hebrea afirma que rechazó el Dios de Abraham, a saber, sacrificio de niños, e incluso de su propio hijo? ¿Qué clase de Dios exigiría a alguien –y menos a su propio hijo– que muriera en agonía antes de aceptar a sus seguidores?

A lo largo de los siglos, los cristianos han respondido a estas preguntas de varias maneras.[3] Una respuesta es que Dios es, evidentemente, compasivo y benévolo pero también justo al exigir sacrificios para expiar el pecado humano: de algún modo, la deuda contraída por el pecado debe ser saldada. Pero la me-

dida de este amor, como afirma el *Evangelio según san Juan*, es precisamente que «amó tanto Dios al mundo que no paró hasta dar a su Hijo unigénito; a fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que vivan vida eterna» (*san Juan* 3, 16). ¿Qué podría demostrar más claramente el amor de Dios?

Sin embargo, el *Evangelio de Judas* y otras obras de reciente descubrimiento muestran que algunos cristianos pensaban que la gente estaba seriamente equivocada al venerar a un "Dios" tan limitado, iracundo e incluso cruel. Como hemos visto, cuando Jesús se mofa de la eucaristía de sus discípulos, el autor del *Evangelio de Judas* señala que no advierten que yerran en su adoración; no elevan sus plegarias al Dios verdadero sino, como Jesús les dice, a "vuestro Dios". Anonadados, los discípulos protestan alegando que "tú eres el hijo de nuestro Dios", pero se equivocan. Dios es hijo del Dios verdadero. El *Evangelio de Judas* retrata esta reverencia como una pesadilla que tergiversa el magisterio de Jesús, equivoca el significado de su muerte y ofrece una falsa imagen de Dios.

Ingeniosamente, el *Evangelio de Judas* retrata la pesadilla como algo concebido por los doce discípulos, y llega a dramatizar el horror ante lo que habían soñado. Todos los discípulos tuvieron un sueño en el que vieron a doce sacerdotes ante un gran altar ofreciendo sacrificios, pero en lugar de asistir a una escena de adoración sagrada, observan cómo los prelados cometen sacrilegio, no sólo conduciendo animales al ara, sino cometiendo pecados sexuales y violentos: por encima de todo, el asesinato de sus propias mujeres e hijos como sacrifico humano, en nombre de Jesús. Horrorizados, los discípulos acuden a Jesús para contarle el sueño y preguntarle por su posible significado (*Judas* 4, 2-17).

La respuesta de Jesús los sorprende aún más: «Vosotros –dice– sois los doce hombres que visteis" (*Judas* 5, 3). Cuanto vieron en el sueño puede considerarse un retrato gráfico de

sus propias acciones. A pesar de que creen complacer a Dios, en realidad sirven a su distorsionada imagen de un "Dios" que creen exige sacrificios humanos (*Judas* 5, 13-14). En su sueño, se ven a sí mismos tal como los ve el Dios verdadero, como sacerdotes perversos que conducen a parte de su "rebaño" a su destrucción, como animales al matadero.

El *Evangelio de Judas* no nos informa de cómo reaccionaron los doce discípulos, pero si su comportamiento previo constituye un indicio, tuvieron que sentirse horrorizados. Evidentemente, la acusación de Jesús tuvo que haber sorprendido y ofendido a muchos lectores, puesto que los cristianos estaban orgullosos de haber abolido la práctica del sacrificio, asociándola con el culto judío en el templo de Jerusalén o con la adoración de falsos dioses de sus vecinos paganos. Creían que rezar y ofrendar sacrificios a ídolos conducía inevitablemente a la inmoralidad. San Pablo afirma que quienes así actúan merecen morir (*Romanos* 1, 18-32) y que los "dioses" que exigen sacrificios animales son en realidad demonios (*1 Corintios* 10-20).[4]

A pesar de todo, los cristianos no fueron los primeros en denunciar estas prácticas. Por el contrario, seguían tradiciones sólidamente arraigadas en su tiempo. Los profetas de Israel, al igual que los filósofos griegos y romanos, habían criticado a la religión convencional por promover la superstición, la inmoralidad y la violencia extendiendo entre la población ideas falsas sobre Dios. Durante siglos, los maestros judíos habían denunciado el culto pagano, acusando a sus vecinos de tallar imágenes en madera o forjarlas en metal y luego prosternarse ante ellas. Los maestros judíos, incluyendo al discípulo de Jesús san Pablo, afirmaban que la devoción a los falsos dioses –que, en su opinión, no son sino demonios–[5] conduce a la gente a la violencia, la inmoralidad sexual y tal vez incluso el asesinato de niños.[6]

Los grandes profetas judíos como Amós, Oseas e Isaías censuraron no sólo el culto pagano sino también los sacrificios ofrecidos por su propio pueblo al único Dios verdadero en el templo de Jerusalén. Hablando en el nombre de Dios, Oseas declaró que «misericordia quiero y no sacrificios; y conocimiento de Dios, más que holocaustos» (*Oseas* 6, 6). Asimismo, Amós, en nombre de Dios, afirmó:

> Yo aborrezco y desecho vuestras festividades y me causan disgusto vuestras asambleas.
>
> Y cuando vosotros me presentéis vuestros holocaustos y dones, yo no los aceptaré: ni volveré mi vista hacia las gordas víctimas que me ofrecéis en voto.
>
> Lejos de mí vuestros tumultuosos himnos; yo no escucharé vuestras canciones al son de vuestra lira.
>
> Sino que la rectitud se derrame como agua, y la justicia cual torrente impetuoso (*Amós* 5, 21-24).

Muchos judíos, incluyendo a Jesús, se muestran de acuerdo con Amós en que lo que Dios exige por encima de todo es «que obres con justicia, y que ames la misericordia, y que andes solícito en el servicio de tu Dios» (*Miqueas* 6, 8); sin esas virtudes el sacrificio era inaceptable. Según el *Evangelio según san Marcos*, Jesús predica que el más importante de los mandamientos es «amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas. El segundo es: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Marcos* 12, 30-31). Una vez ha hablado, un escriba aplaude y se muestra de acuerdo en que estos mandamientos «valen más que todos los holocaustos y sacrificios» (*Marcos* 12, 33).[7]

Los filósofos griegos y romanos también criticaron ciertas prácticas religiosas, aduciendo que sus propios mitos so-

bre deidades mezquinas y envidiosas que fomentaban la guerra y perpetraban violaciones demostraban que esos dioses no merecían devoción.[8] Hubo incluso quienes se plantearon si matar animales para el sacrificio complacía a los dioses.[9] A menudo los filósofos argüían que éstos no exigen el olor y sabor del sacrificio como alimento sino más bien, como dijo el filósofo moral Porfirio, «el mejor sacrificio a los dioses es una mente pura y un alma libre de pasiones».[10]

Sin embargo, todos los que criticaban el sacrificio –tanto judíos como cristianos y paganos– consideraban que el peor de ellos era el sacrificio humano. El autor judío del *Libro de la sabiduría*, por ejemplo, afirmaba que Dios entregó la tierra de Canaán a los israelitas porque los cananitas asesinaban a niños impíamente, y se regalaban con la carne y sangre humana que habían sacrificado (*Sabiduría* 12, 5). El gobernador romano Plinio declara que el senado promulgó la primera ley contra el sacrificio humano en una fecha tan tardía como el año 97, y hasta entonces «estos monstruosos ritos aún se practicaron».[11] Plinio añade que los sospechosos –druidas y magos– aún practicaban sacrificios humanos; en su opinión, esto demuestra su salvajismo.[12] Tanto si eran exactas como si no, estas denuncias muestran que el sacrificio humano horrorizaba a la gente.

Puesto que los cristianos eran famosos –o célebres– por rechazar los sacrificios, y algunos preferían morir antes que realizarlos, el autor del *Evangelio de Judas* seguramente pretendió conmocionar a sus lectores al retratar a "los doce" ofreciendo no sólo sacrificios animales, sino incluso humanos. Sólo sus enemigos más acérrimos acusaban a los cristianos de asesinar niños y promover todo tipo de comportamiento inmoral. Según parece, algunos entendían la práctica cristiana simbólica de tomar el cuerpo y la sangre de Cristo como canibalismo literal.[13]

Hasta hace poco parecía que las críticas a la inmoralidad de los cristianos procedían sólo del exterior, especialmente de los filósofos griegos y romanos, a quienes la nueva "secta" horrorizaba. El *Evangelio de Judas* añade una nueva voz al amargo debate que prendía en los círculos cristianos, como el de otro declarado cristiano que escribió un vehemente ataque al que tituló *Testimonio de la verdad*, para impugnar lo que reputaba el falso testimonio de quienes ensalzaban el martirio. Al igual que el *Evangelio de Judas*, esta protesta se enterró hace siglos y fue descubierta en Nag Hammadi en 1945.[14] Este autor declara que «los necios, pensando en su corazón que sólo si confiesan "Somos cristianos", mientras se entregan a una muerte humana», alcanzarán la vida eterna. Estos «mártires vacíos [...] sólo dan fe de sí mismos». Lo que sus actos atestiguan es, en verdad, su ignorancia: «No saben [...] quién es Cristo», y estúpidamente creen que "si nos entregamos a la muerte en su nombre" –el nombre de Cristo– "nos salvaremos". El autor del *Testimonio de la verdad*, como el del *Evangelio de Judas*, sugiere que no conocen al verdadero Dios, porque quienes imaginan que el sacrificio humano complace a Dios no comprenden al Padre; en cambio, han sucumbido a la influencia de estrellas errantes que los inducen a error (*Testimonio de la verdad* 34, I-II). En lugar de conducirlos a la salvación, en realidad estos líderes los entregan a las garras de las autoridades, que los asesinan. Semejante violencia conduce a su destrucción.

¿Cuál es, pues, el "verdadero testimonio" de Cristo? Proclamar sus proezas de piedad y abnegación, cómo el Hijo del Hombre resucitó a los muertos, curó a los paralíticos, devolvió la vista a los ciegos, sanó a los enfermos o a quienes atormentaban los demonios. Mientras aquellos aspirantes a mártir son «enfermos, incapaces de cuidar de sí mismos» (*Testimonio de la verdad* 31, 22-34, 11), el autor declara que quienes

realmente dan testimonio de Cristo proclaman que el poder de Dios insufla plenitud y vida. El verdadero testimonio es «conocerse a sí mismo, y al Dios que está más allá de la verdad». Sólo los que predican este mensaje abnegado merecen la "corona" que otros atribuyen erróneamente a los mártires en su muerte (*Testimonio de la verdad* 44, 23-45).

Mientras que el *Testimonio de la verdad* denuncia –e incluso ridiculiza– a los propios mártires, el *Evangelio de Judas*, como hemos señalado, no se detiene mucho en ello, y elige como objeto de su crítica a los líderes que espolean a los potenciales mártires a su destrucción. Otro de los textos de Nag Hammadi, el *Apocalipsis de Pedro*, nos permite escuchar una tercera voz crítica respecto a los caudillos cristianos que recomendaban el martirio a los creyentes devotos: este autor se centra especialmente en «aquellos que se llaman a sí mismos obispos y diáconos como si hubieran recibido su autoridad de Dios»; estas personas, escribe, son como "canales secos" (*Apocalipsis de Pedro* 79, 22-31). Acusando a los propios líderes de herejes (*Apocalipsis de Pedro* 74, 20-22), el *Apocalipsis* afirma que «estos son los que oprimen a sus hermanos, diciéndoles: "A través de este [sufrimiento], nuestro Dios expresa su piedad, pues la salvación nos llega por su mediación"», ignorantes de que ellos mismos sufrirán el castigo divino por el papel que desempeñaban a la hora de enviar a tantos "pequeños" a la muerte (*Apocalipsis de Pedro* 79, 11-21).

Sin embargo, al denunciar que estos líderes no sólo yerran sino que participan del derramamiento de sangre, aparentemente el autor escribe para los cristianos que viven atenazados por el miedo a la persecución. El *Apocalipsis de Pedro*, es decir, la "revelación" de Dios a Pedro, presenta una escena de Pedro y otros discípulos en el templo de Jerusalén en un momento de terror mortal. Pedro dice: «He visto a sacer-

dotes y a una turba corriendo hacia nosotros con piedras, como si se aprestaran a matarnos, y tuve miedo de que hubiera sonado nuestra última hora» (*Apocalipsis de Pedro* 72, 6-9). Pero en lugar de aconsejarles eludir la muerte del mártir, el *Apocalipsis de Pedro* los anima a afrontarla con valor y esperanza, pues Jesús le dice a Pedro: «Sed valientes y nada temáis, porque estaré con vosotros para que ninguno de vuestros enemigos prevalezca. La paz sea con vosotros. ¡Sed fuertes!» (*Apocalipsis de Pedro* 84, 6-11). Así, el lector puede entender que un escrito semejante, que afirma transmitir una "revelación" de Jesús a Pedro cuando el aterrado discípulo enfrentó su propia muerte, también se escribió para consolar a cualquier creyente contrito ante el mismo destino, y, en realidad, a cualquiera que enfrentara y temiera una muerte inminente.

Al abordar nuestra segunda pregunta –¿cómo influye esa doctrina en los actos del pueblo?–, algunos cristianos, como Ireneo, se decantaban por el martirio al hacer frente a la realidad de la persecución y la muerte, alegando que Dios desea todo ese sufrimiento por el bien de la gente. Según Ireneo, el sufrimiento y aun la muerte existen para enseñar a la gente la grandeza y bondad de Dios al conceder la vida eterna a la humanidad pecadora.[15] No obstante, el autor del *Evangelio de Judas* no sólo niega que Dios desee tal sacrificio, sino que sugiere que el efecto práctico de semejante punto de vista es espantoso: los convierte en cómplices de asesinato. Al predicar que Jesús expiró en agonía "por los pecados del mundo" y animar a sus fieles a morir imitándolo, ciertos dirigentes los enviaban a la destrucción, al espolearlos con la falsa promesa de que resucitarían de entre los muertos para una vida eterna y carnal.

El *Evangelio de Judas* rechaza, empero, la resurrección del cuerpo. Por lo tanto, ¿qué sentido podemos encontrar a la

muerte de Jesús? El autor ofrece una respuesta radical. Cuando Jesús le pide a Judas que «sacrifique al ser humano que me sostiene», le está pidiendo que le ayude a demostrar a sus seguidores cómo, al traspasar los límites de la existencia terrena, ellos, como Jesús, alcanzarán el infinito, alcanzarán a Dios.

4. LOS MISTERIOS DEL REINO

El *Evangelio de Judas* no se detiene al condenar erróneos puntos de vista acerca de Dios y el sacrificio, o las prácticas de la eucaristía o el bautismo. Por el contrario, esta crítica a los equivocados dirigentes de la Iglesia es sólo el principio. A partir de ahí, el evangelio continúa mostrando los "divinos misterios" revelados sólo a Judas y relativos a Dios, Jesús y la fuente divina de la que procede, y cómo él –y los discípulos que lo siguen– ingresarán en la realidad espiritual.

Jesús predica a Judas que en la muerte el cuerpo de todo ser humano perecerá; no hay resurrección de la carne. Sólo las almas de las grandes estirpes sagradas se levantarán cuando sus espíritus de separen de ellos (*Judas* 8, 3-4). Sin embargo, al principio Judas no comprende, y cuando tiene un sueño, Jesús se burla de él, una clara indicación de que ha cometido algún error. Pero en lugar de rechazar a Judas, Jesús promete apoyarlo. Le anima a hablar de su angustia al soñar que los doce discípulos lo lapidaban y perseguían. Judas también tuvo una visión del templo celestial, una visión gloriosa de una gran construcción anegada en luz radiante y cubierta por un denso follaje verde (*Judas* 9, 9-12). La gente la reconocería inmediatamente como la infinita luz en que mora Dios, la casa de Dios. Evidentemente, esto es lo que los judíos llaman el templo de Jerusalén; pero lo que Judas ve –en duro contraste con el sueño de "los doce", acerca de sacrificios sangrientos en el templo terrenal– es la realidad espiritual más allá de este mundo, la realidad divina que los profetas de Israel a menudo

describían simplemente como "luz", la gloria de la presencia de Dios, que las "casas de Dios", desde el templo de Jerusalén a la catedral de Chartres, erigidas por el hombre, sólo pueden insinuar.

Sin embargo, cuando Judas pide ir allí y unirse a los venerables ancianos que rodean la divina presencia, Jesús le reprende: «Tu estrella te confunde, Judas» (*Judas* 9, 15). Esto demuestra que aunque Judas, de entre "los doce", era el único en captar un vislumbre de lo que su maestro quería decir cuando inició su magisterio acerca de los misterios que existen más allá del mundo –pues sólo Judas advirtió que Jesús procedía del inmortal reino celeste (*Judas* 2, 22-23)–, aún no había comprendido completamente lo que intentaba transmitirle. Ningún mortal es digno de ir allí, insiste Jesús, porque ese lugar está reservado para los santos, es decir, para los individuos que no están sometidos al sol, la luna y los otros ángeles que rigen el imperio del caos. Así pues, a pesar de que Jesús le asegura que él es capaz de alcanzar el reino inmortal (*Judas* 2, 27), el discípulo aún no comprende del todo la doctrina central de Jesús: que para que los seres humanos ganen la vida eterna tienen que percibir la más profunda visión de Dios que emerge de su interior. Por ello Jesús reta a los discípulos a "alumbrar al ser humano perfecto". Quienes así actúan descubren en su interior fuentes espirituales que desconocían, pues en el proceso de alumbrar al ser humano perfecto, uno se hace consciente del profundo sentido que encierran las palabras del *Génesis*, que relatan cómo Dios creó a la humanidad:

> Y por fin dijo: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra...». Creó Dios al hombre a imagen suya; a imagen de Dios le creó, los creó varón y hembra (*Génesis* 1, 26-27).

Si los seres humanos fueron creados a imagen de lo divino, ¿por qué esa imagen es tan difícil de percibir y por qué requiere tanto valor descubrirla? Jesús continúa explicando que la creación "a imagen de" se refiere a nuestra naturaleza espiritual primigenia, profundamente oculta en lo que parecen hombres y mujeres comunes. Esta cualidad original del ser humano fue creada a imagen de un ser espiritual llamado Adamas, que mora en la luz, donde habita el Dios verdadero, oculto aun a los mismos ángeles (*Judas* 11, 1-2). La Eva humana también es creada a imagen de la raza celestial –porque, como Adamas, Eva también es un ser divino– y es ella quien más profundamente representa la naturaleza espiritual humana, pues en la nube luminosa en que habita Adamas también vive Eva. En griego ("Zoe") su nombre significa "vida", y se inspira en el juego de palabras del hebreo, en el que "Eva" significa "vida", como muestra el relato del *Génesis*: "Y el hombre puso a su mujer el nombre de Eva, puesto que había de ser madre de todos los vivientes" (*Génesis* 3, 20). En este punto, Jesús predica que "toda la raza" humana debería buscar la vida eterna *en su nombre* (*Judas* 13, 2-4). Esto significa que los seres humanos que reconocen su verdadera naturaleza son hijos de estos padres *espirituales*, no niños como Caín y Abel, implicados en la historia del primer asesinato, sino niños semejantes al menos conocido, Set, del que el Génesis nos dice que fue el tercer hijo que Eva dio a Adán:

> En el día en que Dios creó al hombre, a semejanza de Dios le creó [...]. Cumplió Adán los ciento treinta años de edad, y engendró un hijo a imagen y semejanza suya, a quien llamó Set (*Génesis* 5, 1-3).

Por lo tanto, toda la humanidad pertenece a "la incorruptible raza de Set" (*Judas* 11, 5), pues todos somos hijos de Adán y Eva, creados a imagen y semejanza de Dios.

¿Por qué entonces habla Jesús de dos tipos de estirpes humanas? ¿Por qué no todo el mundo comprende automáticamente la naturaleza espiritual? Para ayudar a entender a Judas, Jesús refiere que fue Saklas quien decretó que el ser humano debía vivir sólo un breve período de tiempo y luego perecer. La gente ha sido engañada y corrompida con la necia "sabiduría" del mundo (*Judas* 8, 7), porque los gobernantes del caos y el olvido "la impusieron despóticamente". Han llegado a creer que la vida de la carne, nuestra vida presente en el mundo, es todo lo que existe en realidad. Cuando tratan de imaginar la vida eterna, piensan que sólo puede ser material, tal como sostenían Justino, Ireneo y Tertuliano. No obstante, Jesús insiste en que se equivocan. Aunque el *Evangelio de Judas*, como los evangelios del Nuevo Testamento, expone que el magisterio de Jesús ofrece un camino a la vida eterna, la esencia de ese camino no tiene que ver con lo que le ocurre al cuerpo físico; consiste en comprender la conexión espiritual de la humanidad con Dios. Quienes comprenden los más profundos secretos de la creación, conscientes de haber sido creados "a imagen" de la fuente divina, podrán habitar el reino del espíritu.

Jesús explica a Judas que Dios no abandonó a la humanidad a los ángeles inferiores, sino que se aseguró de que Adán y quienes lo acompañaban supieran que la imagen de Dios que portaban en su interior los hacía superiores a los gobernadores del caos (*Judas* 13, 16-17). Judas se queda estupefacto al escuchar esto. Al principio no puede creer que sea cierto, pero poco a poco llega a comprender lo que significa. Jesús explica que, puesto que todos han recibido un alma, todos pueden orar a Dios sinceramente. Quienes así actúan se liberan del

poder de los ángeles inferiores, y al morir su cuerpo físico, sus almas –ahora unidas a los espíritus de la soberbia estirpe sagrada del más allá– ascienden al reino celestial (*Judas* 8, 2; 9, 22; 13, 12-15). Finalmente Judas comprende el magisterio de Jesús, y en esta ocasión no aparta la vista sino que alza la mirada y ve la nube de luz, y penetra en ella (*Judas* 15, 15-19).

Sin embargo, el *Evangelio de Judas*, como los del Nuevo Testamento, predica que la enseñanza de Jesús no se limita a las palabras; también enseña a través de sus actos. Su revelación sólo se completa con su muerte. Su muerte demuestra que la disolución del cuerpo no es el final de la vida, sino sólo un paso hacia el infinito.

Así pues, ¿acaso el *Evangelio de Judas* predica la resurrección, una palabra que nunca menciona? La respuesta depende de cómo interpretemos *resurrección*. En este punto, como en el caso de la crucifixión, el *Evangelio de Judas* se abisma en controvertidas discusiones que involucraban a los creyentes de su tiempo, respecto a una pregunta que aun hoy perturba a muchos: ¿qué ocurrió *después* de la muerte de Jesús?

Que Jesús "se alzó de entre los muertos" es un aspecto fundamental de la doctrina cristiana: ciertamente, es el más radical, pues aunque la mayor parte de la gente creía en la vida eterna, la insistencia de ciertos cristianos, como Ireneo, en que sus cuerpos serían enterrados y presos de la descomposición para más tarde resucitar en la fecha señalada, no sólo tropezó con la incredulidad sino incluso con el horror.[1] Los propios cristianos no eran muy claros acerca de qué tipo de cuerpo resucitaría. Aunque a menudo sus palabras se interpretan como una defensa de la resurrección física, cuando san Pablo escribe sobre la resurrección claramente dice lo contrario: «Digo esto, hermanos míos, porque la carne y sangre no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción poseerá esta herencia inco-

rruptible» (*1 Corintios* 15, 50). Sin tratar de esclarecer qué ocurre exactamente, san Pablo reconoce que la resurrección es un misterio, en el que "todos cambiaremos" una existencia física por otra espiritual (*1 Corintios* 15, 51-53). Otros relatos del Nuevo testamento ofrecen una visión diferente de la resurrección de Jesús, pues lo que más importaba a esos autores era su convicción de que Jesús seguía vivo de algún modo, y no especificar un modo concreto de cómo esto podría haber ocurrido. De este modo, los evangelios incluyen una amplia gama de historias de personas que afirmaban haber visto vivo a Jesús después de su muerte. Algunos sugieren haberlo visto en una visión. Por ejemplo, cuando Esteban es lapidado mira al cielo y ve a Jesús a la diestra de Dios (*Hechos* 7, 55-56). Otros son ambiguos: los discípulos camino de Emaús no reconocieron a Jesús durante horas, y cuando lo hicieron, "se desvaneció", convenciéndoles de que de algún modo seguía vivo, espiritualmente (*Lucas* 24, 13-31). En el *Evangelio según san Juan*, María de Magdalena es la primera en encontrar al Señor resucitado, pero en un primer momento lo confunde con un hortelano; los apóstoles, que vienen de pescar, tampoco lo reconocen al principio (*Juan* 20, 15; 21, 4). ¿Cómo no lo reconocían sus allegados? Sin embargo, otros afirmaban que no sólo lo habían visto sino que habían tocado su cuerpo, alzado desde la tumba: quienes predicaban esas historias insistían en que su resurrección fue un acontecimiento físico real. El *Evangelio según san Mateo*, por ejemplo, afirma que los discípulos acariciaron los pies de Jesús (*Mateo* 28, 9). El *Evangelio según san Lucas* refiere que cuando los discípulos vieron a Jesús se aterrorizaron pues creyeron ver un espectro. Pero el propio Jesús les instó: «Mirad mis manos y mis pies, yo mismo soy: palpad, y considerad que un espíritu no tiene carne, ni huesos, como vosotros veis que yo tengo». Como aún no creían que estuviera físicamente presente, pidió

algo de comer y, mientras miraban asombrados, tomó un pescado asado. El asunto es evidente: ningún espíritu podía obrar así (*san Lucas* 24, 37-43). Pero incluso en estos casos se trata de una presencia física poco usual, pues aparentemente Jesús atraviesa sólidos muros y puertas cerradas, y pide que no le toquen (*Juan* 20, 17-19).

Ansiosos por mostrar que Jesús aún vivía, como hemos visto, los escritores de los evangelios incluyeron las varias noticias que recabaron sobre ello, sin crear una narración coherente. Los relatos que narraron suscitaron preguntas entre los lectores que se planteaban qué significaba realmente la *resurrección*. Desde finales del siglo I y a lo largo del siglo II, cuando los cristianos discutían esta cuestión, ciertos dirigentes insistían en una única versión, declarando que los cristianos "tenían" que creer que Jesús se había alzado físicamente de entre los muertos, lo que llamaban "la resurrección de la carne".[2]

Ignacio escribió que los cristianos que negaban esto convertían la muerte de Cristo en una farsa. «¡Son ellos los impostores!», exclamaba. Jesús fue crucificado y murió realmente, y en verdad se alzó de entre los muertos; de otro modo, su muerte no tendría propósito (Ignacio, *Trall* 9-10). Su propia muerte sacrificial, como la muerte de Jesús en la cruz, no es una metáfora espiritual sino la realidad de la tortura dolorosa y la aniquilación. Para quienes se enfrentaban a la posibilidad del martirio, las ideas del *Evangelio de Judas* o el *Apocalipsis de Pedro* no atribuían un sentido a su sufrimiento, o a la muerte de Cristo. Ofendía su sentido de la justicia: Ireneo insiste en que si el sufrimiento es corporal, el hombre recto ha de esperar una recompensa corporal. Si no es así, ¿por qué Dios permite que sus amados hijos sufran tanto?[3]

El autor del *Apocalipsis de Pedro* combate este pensamiento. Si Dios sólo nos concede su piedad si sufrimos, ¿qué

clase de Dios es ése? Se equivocan los caudillos que predican a su "rebaño" que «el bien y el mal proceden de la misma fuente», el Dios único (*Apocalipsis de Pedro* 77, 30-32). Por el contrario, insiste en que Jesús llegó al mundo para liberar al pueblo de la esclavitud y el sufrimiento y perdonar los pecados que en su yerro cometieron (*Apocalipsis de Pedro* 78, 8-15).

Entonces, ¿cuál es el sentido de la muerte de Jesús? Éste enseña a Pedro que no debe temer a la muerte porque lo que muere es sólo el cuerpo corruptible, no el alma viva. Para mostrárselo, se concede a Pedro una visión de la pasión de Cristo a fin de prepararlo para enfrentar su propia agonía y muerte. El Salvador revela a Pedro que si percibe la crucifixión no con sus sentidos físicos sino con una comprensión espiritual, será capaz de colegir la verdad: aquel cuyas manos y pies reciben los clavos es sólo la apariencia carnal; al Jesús vivo no lo alcanza este sufrimiento y muerte (*Apocalipsis de Pedro* 81, 4-24).[4] Pedro expresa su asombro ya que, en una suerte de doble visión, parece ver a una persona atada y clavada a la cruz mientras que otra, alegre y sonriente, permanece junto a ella. Al preguntarle Pedro qué podía significar, éste le explica que cuando el cuerpo sufre agonía mortal, libera «al Espíritu, colmado de luz radiante» (83, 9-10). Los seres humanos no se salvan muriendo como mártires sino sólo aceptando el perdón de Dios y resistiéndose a aquellos que predican el error y la violencia.

¿Por qué otros cristianos no veían esto? El autor del *Evangelio de Judas* sugiere que se debe a su creencia en la resurrección de la carne. Sin embargo, cristianos como este autor, aun rechazando la idea de la resurrección física, no niegan la vida después de la muerte. Por el contrario, sugieren otros caminos para comprender lo que pueda significar esa vida. El *Evangelio según Felipe*, por ejemplo, define la creencia en la resu-

rrección de la carne como "la fe de los locos". Este evangelio explica que la resurrección, lejos de ser un hecho histórico aislado, se refiere en cambio al modo en que podemos experimentar la presencia de Cristo aquí y ahora: así pues, los "nuevamente nacidos" mediante el bautismo también se "alzan de entre los muertos", simbólicamente, cuando despiertan a la vida espiritual. Otro maestro cristiano anónimo, que recibió una pregunta de un alumno llamado Rheginos sobre este tema, escribió, a modo de réplica, una interpretación de las enseñanzas de san Pablo. Aunque la resurrección no involucra al cuerpo físico, dice el maestro a Rheginos, es una realidad:

> [...] no pienses que la resurrección es una ilusión. No es quimera sino verdad. En verdad es más apropiado decir que el mundo es una ilusión que no predicarlo de la resurrección, que ha ocurrido por mediación del Señor nuestro Salvador, Jesucristo (*Tratado de la resurrección* 48, 10-19).

Luchando por hablar, como san Pablo, de "misterio", este maestro sugiere que la resurrección es «la revelación de lo que es, y la transformación de las cosas, y la transición a lo nuevo». No obstante, reconoce que estas descripciones sólo son "los símbolos e imágenes de la resurrección"; sólo Cristo nos alumbra en su verdad (*Tratado de la resurrección* 48, 30-49, 9).

Antes señalamos que el *Testimonio de la verdad* deplora la necedad de los cristianos capaces de creer que si morían como mártires tenían garantizada la salvación, en la creencia de que «si nos entregamos a la muerte en nombre [de Jesús], nos salvaremos». Pero al imaginar, como Justino, que serían resucitados y recompensados como lo había sido Jesús, el autor del *Evangelio de Judas* insiste en que así sólo se precipitan a una muerte violenta.

Sin embargo, los cristianos del siglo II que escribieron estas "revelaciones" también reconocían que vivían una época en la que a menudo los adeptos a esta religión morían por su fe. Aun aquellos que se negaban a ensalzar el martirio o a admitir que es la "voluntad de Dios" reconocían que vivían bajo el constante temor a la detención, tortura y ejecución a manos de los magistrados romanos. Quienes negaron la idea de que Jesús murió como un sacrificio necesario para expiar los pecados o que los mártires resucitarían aún se planteaban cuestiones que estas enseñanzas trataban de resolver: ¿cómo podemos enfrentarnos al sufrimiento? ¿Qué sentido podemos encontrar, si es que lo hay, en el sufrimiento y muerte de Jesús, o en el de otro ser, incluidos nosotros mismos? Dos escritos hallados en el Códice de Tchacos[5] –el mismo libro antiguo que contiene el *Evangelio de Judas*– ofrecen claras respuestas. Tanto el *Primer Apocalipsis de Jacobo* como la *Carta de Pedro a Felipe* imaginan escenas en las que varios apóstoles afrontan una muerte próxima y violenta. Jesús les ofrenda "revelaciones" sobre su vida y muerte que explican por qué deben sufrir y morir.

El autor del *Primer Apocalipsis de Jacobo*, por ejemplo, relata la conversación de Jesús con Jacobo, en la que le explica que, al igual que él mismo será capturado y asesinado, Jacobo será lapidado. El relato nos dice que Jacobo «se aterrorizó y lloró; y que andaba muy desconsolado». Ambos toman asiento en una roca, y Jesús le dice qué hacer y cómo afrontar los poderes que amenazan su vida. Como en el *Evangelio de Judas*, Jesús le revela que procede de una fuente divina a la que retornará. El Salvador regresa tras la resurrección y asegura a Jacobo que «[n]unca he sufrido en modo alguno, ni me he sentido afligido, ni esta gente me ha causado ningún daño».[6] Como en el *Evangelio de Judas*, la muerte de Jesús en el *Primer Apocalipsis de Jacobo* cumple la función de li-

berar a la gente del poder de los gobernantes del mundo inferior.[7] Permite la crucifixión para descubrir a los gobernantes, pues cuando intentan atraparlo, él los derrota y demuestra cuán impotentes y perversos son.[8] Cuando Jacobo comprende que morir sólo significa entregar "la carne débil", enjuga sus lágrimas y se reconforta. Al igual que Judas, Jacobo debe padecer y morir, pero ambos comprenden, con el ejemplo de Jesús, que la muerte rompe las cadenas que los atan a gobernadores injustos.

De un modo parecido, la *Carta de Pedro a Felipe* refiere cómo los discípulos se reunían en el Monte de los Olivos, donde alzaban sus plegarias a Jesús, «Hijo de la vida, Hijo de la inmortalidad, que vive en la luz, Hijo, Cristo de la inmortalidad, nuestro Redentor, danos tu fuerza, pues quieren matarnos» (*Carta de Pedro a Felipe* 134, 2-9). De una poderosa luz que inunda la montaña surge la voz de Jesús; les dice que es necesario que prediquen la salvación al mundo, pero que sufrirán por ello porque los poderes que rigen el mundo se han conjurado contra ellos. «Lucháis contra el hombre interior –les dice– pero el Padre los ayudará como os ayudó al enviarme», subrayando que la muerte sólo lo es del cuerpo físico, no del espíritu.[9] Se sienten consolados cuando él les promete que no deben temer porque «estoy con vosotros para siempre». Al final, Pedro reconoce que el Señor Jesús «es el artífice de nuestra vida», y todos parten embebidos de poder, en paz, para predicar y sanar. Para estos cristianos, el hecho de que Jesús hubiera sufrido y muerto quería decir que él conocía a qué se enfrentaban y prometía estar junto a ellos.

Estos tres textos del Códice de Tchacos, incluyendo el *Evangelio de Judas*, insisten en que quienquiera que emprenda el camino espiritual y critique los poderes pérfidos e ignorantes que rigen el mundo será perseguido y sufrirá, como Jesús le dice reiteradamente a Judas. Éste pregunta qué bien logra-

rá con ello, y Jesús le responde que aunque será maldito por los hombres, al final de los tiempos prevalecerá cuando se alce hasta la estirpe sagrada (*Judas* 9, 26-30). Conforme ahonda en su comprensión, se hace consciente de que será condenado e injuriado en este mundo por cumplir las órdenes de Jesús. No obstante, como el *Primer Apocalipsis de Jacobo* y la *Carta de Pedro a Felipe* muestran, los discípulos de Jesús fueron llamados a enseñar y curar, y a enfrentarse a los poderes del mundo, tanto a los ángeles caídos en los cielos como a los hombres que actúan como ellos, asesinando a Jesús y lapidando a Judas.[10] Por último, aunque el *Evangelio de Judas* no alienta al martirio, irónicamente –o mejor, paradójicamente– presenta al propio Judas como el primer mártir. Este evangelio revela que al entregar Judas a Jesús, aquél sella su propio destino. Pero también sabe que cuando los otros discípulos lo lapiden, matarán sólo su cuerpo mortal. Su alma espiritual ha encontrado su hogar en el luminoso mundo superior. Aunque los cristianos sufran y perezcan al oponerse a los poderes del mal, la esperanza que Cristo les infunde bastará para sostenerlos. Estas revelaciones aportan valor y consuelo a quien prevea dolor y muerte, por lo tanto, a todos los hombres.

Sin embargo, ¿puede considerarse semejante evangelio una *buena nueva*, pues tal es el sentido de la palabra "evangelio"? El autor del *Evangelio de Judas* insinúa que todo el mundo tiene poder para vencer a los poderes angélicos, porque, como Jesús predica a Judas, sólo los hombres mantienen el espíritu confinado en la carne (*Judas* 13, 14-15). Al buscar el espíritu dentro de sí mismos, pueden derrocar a los gobernadores del caos y el olvido, ver a Dios y alcanzar el hogar celestial divino. Y pueden hacerlo aun morando en este mundo. Así como Jesús y Judas penetraron en la nube luminosa mientras vivían en la tierra, aquellos que los sigan pueden acaudillar la vida del

espíritu y conocer a Dios aquí y ahora. El cuerpo no puede confinar al espíritu esclarecido más de lo que puede la muerte, que no es sino la liberación final en Dios. Así como toda vida parece concluir en la tragedia de la muerte, el *Evangelio de Judas* acaba con Judas entregando a Jesús a los enemigos que lo matarán. Este evangelio nos dice que Judas es consciente de que al hacerlo –a pesar de la petición de Jesús– será objeto del odio y la lapidación por parte de los otros discípulos. Sin embargo, la "buena nueva" se explicita en lo que ha descubierto por mediación del magisterio y muerte de Cristo: que cuanto muere es sólo el ser mortal, y que el alma, anegada en espíritu, reconoce su hogar en Dios.

Al forjar una visión del Dios interior, el *Evangelio de Judas* ocupa su lugar junto a una extensa variedad de nuevos textos descubiertos en Egipto, escritos para transmitir lo que sus autores reputaban como el verdadero magisterio de Jesús. Algunos se inspiraron en el *Evangelio según san Juan*. El *Libro secreto de Juan*, por ejemplo, afirma revelar "misterios" que el Salvador entregó a «Juan, su discípulo [...], el hermano de Jacobo, los hijos de Zebedeo» (*Libro secreto de Juan* II.1, 2-3). Relata cómo Juan, apenado por Jesús, acudió al templo a orar; pero después de que un fariseo se burlara de él por permitir que Jesús lo engañara y apartara de la doctrina judía tradicional, Juan no fue capaz de entrar en el templo. En su lugar, se marchó y vagó por un solitario paraje en el desierto, atormentado por la aflicción y la duda. De pronto, relata Juan, la tierra se estremeció y una luz brillante lo inundó todo. Aterrado, Juan vio cómo Jesús se manifestaba en la luz, metamorfoseándose, primero con la forma de un niño y luego de un anciano. Le oyó decir: «Juan, Juan, ¿por qué andas caviloso y contrito? [...] Yo soy aquel que vive contigo por siempre. Soy el Padre. Soy la Madre. Soy el Hijo" (*Libro secreto de Juan* II. 9, 11-12). Como en el *Evangelio de Judas*,

el Salvador consuela a Juan instruyéndole acerca del universo, la verdad de Dios y el origen y salvación de la humanidad. Conforme se extinguía su aprensión, Juan comprendió que la vida espiritual que encarnaba el Salvador –y que experimentó en sí mismo– era la vida verdadera; y con gozoso alivio advirtió que era la «luz que brilló en la oscuridad», y que la oscuridad no prevalecería (*Juan* 1, 5).[11]

Otro de los evangelios que Ireneo conoció y denunció, el *Evangelio de la verdad*, también empieza con una reflexión de las enseñanzas de san Pablo y el *Evangelio según san Juan* –que la muerte de Jesús revela el amor de Dios por los hombres–, pero la interpreta en otro sentido. Sin contradecir la conocida doctrina de que la muerte de Jesús redime el pecado, este evangelio empieza diciendo que «el *evangelio de la verdad es gozo para quienes han recibido del Padre de la verdad el regalo de conocerlo*». Al hablar del "temor y temblor" que experimentamos al vivir apartados de Dios, continúa diciendo que Jesús llegó al mundo como un "misterio oculto" para traer luz a los afligidos y a los que viven en la oscuridad (*Evangelio de la verdad* 18, 15), pero en lugar de un sacrificio ofrecido por el pecado humano, el *Evangelio de la verdad* retrata a Jesús como un "fruto en un árbol", como el fruto del árbol del conocimiento en el *Génesis* (2, 17). A través de esta imagen el *Evangelio de la verdad* transforma el sentido de la eucaristía, porque si bien comer del árbol del conocimiento en el Paraíso "acarreó la muerte" a quienes lo hicieron, comer el verdadero "fruto del árbol del conocimiento" infunde vida. Así pues, el *Evangelio de la verdad* sugiere que quienes participan de Jesús, compartiendo el pan que simboliza su cuerpo, descubren el "misterio oculto", es decir, su propia conexión con Dios. Al participar de esta comunión íntima conocen a Dios –no mediante el intelecto sino gracias al conocimiento del corazón– y al prójimo. De este modo, el *Evan-*

gelio de la verdad refiere que «a ellos los encontró en sí mismo, y a él lo encontraron en sí mismos» (*Evangelio de la verda* 18, 29-31).

Como un poeta, el autor del *Evangelio de la verdad* ofrece una segunda imagen de la cruz. En una estampa onírica, la cruz se convierte en un poste de madera en el que se publican los edictos imperiales; pero lo que Jesús "publica" en la cruz es el testamento de Dios, pues así como las últimas voluntades de un hombre sólo se hacen públicas a su muerte, así la muerte de Jesús ofreció al mundo el testamento de Dios: «[...] Jesús apareció. Adoptó el libro como suyo. Fue crucificado en un árbol. Publicó el edicto del Padre en la cruz. ¡Qué gran magisterio!» (*Evangelio de la verdad* 20, 23-28). Lo que Jesús "publicó", por así decirlo, fueron los nombres de los amados hijos de Dios; lo que Dios desea es, simplemente, que todos lo conozcan y lo amen, y se amen unos a los otros.

¿Qué clase de Dios alberga este único deseo? Contradiciendo a los creyentes que advierten de la ira y el juicio de Dios, el *Evangelio de la verdad* declara que quienes en verdad lo conocen «no piensan en él como en un ser estrecho, severo e iracundo», como otros sugieren, sino como un padre benévolo y gentil (*Evangelio de la verdad* 42, 4-19). Poético, lírico a veces, este evangelio manifiesta que Dios envió a su hijo al mundo no sólo para salvarnos de los pecados cometidos en el error, sino para devolver a los seres a la divina fuente de la que proceden, «urgiendo al regreso al Padre y a la Madre, Jesús de la suma dulzura» (*Evangelio de la verdad* 24, 7-9). Por lo tanto, a quienes vagan por este mundo en el terror, la angustia y la confusión, Jesús les revela un secreto divino: que están profundamente unidos a Dios Padre, y a la divina Madre, y al Espíritu Santo. A aquellos que perciben la vida como una pesadilla, este mensaje les ofrece la si-

guiente esperanza: «Eres el día perfecto, y en ti mora la luz que no decae» (*Evangelio de la verdad* 32, 31-34).

Una tercera interpretación de la pasión de Cristo, inspirada en el *Evangelio según san Juan*, es el notable poema *La danza circular de la cruz*.[12] El cristiano anónimo que lo escribió, consciente de que el *Evangelio según san Juan* omite el relato de la última cena, en la que Jesús dice a sus discípulos que coman el pan como si fuera su carne y beban el vino como si fuera su sangre, aparentemente escribe un episodio para suplir esa carencia y sugerir que algo más ocurrió aquella noche. Los *Hechos de san Juan* refieren cómo, tras la cena, Jesús condujo a sus discípulos a campo abierto y los invitó a danzar y cantar con él:

> Antes de ser arrestado [...] nos reunió y nos dijo: «Antes de que me entreguen, dejadme cantar un himno al Padre y sumirnos en lo que se presenta ante nosotros». Nos pidió que formáramos un círculo, tomándonos las manos, y él mismo quedó en el centro y dijo: «Pronunciad la palabra *amén*».

A continuación, los discípulos lo rodearon, danzando, y Jesús entonó un himno:

> «Gloria a ti, Padre.» Y nosotros, rodeándole, le respondimos: «Amén».
> «Gloria a ti, Palabra [*logos*]; gloria a ti, Gracia.»
> «Amén.»
> «Te alabamos, Padre; te damos las gracias, Luz, pues en ti no hay oscuridad.»
> «Amén.»

Tras las alabanzas, Jesús continúo este canto místico, mientras los demás danzaban y cantaban en respuesta a cada frase:

«Salvaré, y seré salvado.»
«Amén.»
«Seré liberado, y liberaré.»
«Amén.»
«Heriré, y seré herido.»
«Amén.»
«Comeré, y seré comido.»
«Amén [...].»

«Y tocaré la flauta. Danzad todos.»
«Amén.»

«Soy la luz para los que podéis verme.»
«Amén.»
«Soy un espejo para los que me conocéis.»
«Amén.»
«Soy una puerta para los que a ella llamáis.»
«Amén.»

A medida que avanza el baile, Jesús invita a los danzantes a verse a sí mismos en él:

«Los que seguís mi danza, reconoceos en mí cuando hablo; y si habéis visto mis obras, guardad silencio de mis misterios.»

A través de la danza y el canto, Jesús revela el misterio de su pasión; que sufrirá para mostrarles su propio sufrimiento y que así puedan comprenderlo, y por lo tanto trascenderlo:

«Los que danzáis, comprended mis obras; porque vuestra es la pasión humana que voy a padecer. En ningún modo podríais comprender lo que sufrís de no ser porque el Padre me

ha enviado a vosotros, como os ha sido enviada la Palabra. Quienes veis mi sufrimiento aprended de él, y seréis capaces de no sufrir.»

A medida que danzan y responden a su canto, Jesús revela que sufre para predicar la paradoja que también transmitió el Buda: que aquellos que se conciencian del sufrimiento y reconocen su universalidad al mismo tiempo se liberan del mismo. Por lo tanto, los invita a unirse a la danza cósmica:

«Quien danza pertenece al universo.»
«Amén.»
«Quien no danza ignora cuanto ocurre.»
«Amén.»

Quienes suscribían y veneraban los *Hechos de san Juan* aparentemente utilizaban este canto para celebrar la eucaristía, pero en lugar de comer pan y beber vino para «proclamar la muerte del Señor» (*1 Corintios* 11, 26), como hacían otros cristianos, se daban la mano y danzaban en círculo, celebrando juntos el misterio del sufrimiento de Jesús y el suyo propio. En realidad, algunos cristianos lo celebran así a día de hoy.

Así pues, la "buena nueva" del *Evangelio de Judas* es que, como escribe san Pablo, «los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros» (*Romanos* 8, 18), porque, aunque lo que acontece a Jesús, como cualquiera puede ver, acaba en la ignominiosa afrenta de la crucifixión, y lo que le sucede a Judas en su asesinato, ambos comparten una esperanza. Quienes escuchan este mensaje reconocen que más que ser simples cuerpos físicos con complejos componentes psicológicos, en esencia somos seres espirituales que necesitamos descubrir lo que, en nosotros, pertenece al alma. Este evange-

lio apunta que nuestras vidas consisten en algo más de lo que la biología o la psicología pueden explorar, que nuestra verdadera vida comienza cuando el espíritu de Dios transforma el alma.

El *Evangelio de Judas* parece acabar en el desastre; Jesús es traicionado; Judas será lapidado por sus compañeros. Sin embargo, como hemos visto, ambos ya han alcanzado la salvación. El sacrificio de Jesús señala el final de la propia muerte reconociendo nuestra esencial naturaleza espiritual. Al mirar al cielo y penetrar en la nube luminosa, Judas es sólo el primero en seguir a Jesús. Su estrella señala el camino.

UNA NOTA FINAL

> «Para que los seres humanos procuren las condiciones vitales más espléndidas, es esencial que la visión de la realidad que ofrece la poesía sea transformadora y no sólo una mera copia de unas determinadas circunstancias de tiempo y lugar.»
>
> Seamus Heany, «Joy or Night»

Al inicio de este ensayo sobre el *Evangelio de Judas* nos preguntamos qué esperanza ofrece su autor de redimir su ira. ¿Hemos encontrado esa esperanza, esa visión? El *Evangelio de Judas* es un texto difícil de leer, no sólo por su extraño lenguaje poblado de números y *aeons*, nombres extranjeros y lagunas textuales, sino también por la rabia estridente que empuja a su autor a burlarse y denunciar a quienes buscan un sentido a la injusta ejecución y tortura de sus amigos y familiares. A veces su tono es cruelmente displicente en su uso de invectivas antisemitas y homófobas, al acusar a los sacerdotes judíos del templo de asesinatos y relaciones homosexuales, aparentemente sin preocuparse por el daño que podían causar los envenenados asertos de esta polémica.

Sin embargo, a pesar de su ira, el autor del *Evangelio de Judas* evoca una visión de «las más espléndidas condiciones de vida»: un gran templo luminoso de vibrante follaje en un lugar lejos de los males civilizados del caos moral y el olvido

de la memoria, un sueño glorioso, especialmente para quienes vivían en los áridos parajes ocupados y gobernados por las legiones romanas. La medida de este evangelio subyace, como sugiere Heany, en su poder para transformar. ¿Hay una luz metamorfoseadora en estas páginas? No parece que muchos cristianos primitivos pensaran así, salvo tal vez aquellos que copiaron el evangelio y, como asegura la leyenda, lo preservaron en una caja de piedra caliza, oculta en una cueva, durante siglos custodiada sólo por los muertos. Para los demás, el *Evangelio de Judas* permaneció siendo un camino vedado; su retrato del horror de los cuerpos torturados en nombre de Dios fue descartado a favor de gloriosas e inflexibles historias de héroes muertos por la fe.

No podemos comprender este evangelio –no podemos leerlo como una "buena nueva"– al margen de las circunstancias de su tiempo y lugar, al margen de la persecución romana y las dolorosas controversias que engendró. Recordarlo nos permite sentir cierta empatía por este cristiano, por su tristeza, su rabia, tal vez incluso por su insistencia en el castigo divino cuando imagina a los líderes de la Iglesia abocados a la muerte que cree que han elegido al prosternarse ante ídolos vengativos. Como todos los textos morales, el *Evangelio de Judas* puede suscitar en nosotros la pregunta de dónde nos situamos en nuestro mundo de enfrentada violencia religiosa. Pero esta simpatía, y aun esta reflexión, tal vez no baste; acaso la luminosa visión se vea oscurecida por el odio y la venganza y no llegue a ser una potencia de transformación. O quizá no.

Este texto largo tiempo oculto ahora ocupa su lugar junto a fuentes como el *Evangelio según Tomás* y el *Evangelio de María Magdalena*. El *Evangelio de Judas*, lejos de ocupar una posición marginal y extraña, como sospechamos en un principio, nos sitúa en el centro de los debates acerca de lo que llegaría a ser el cristianismo. Como los otros textos re-

cientemente descubiertos, el *Evangelio de Judas* nos ayuda a establecer un relato más detallado, complejo y sobre todo más humano de la historia del cristianismo. Cuando tratamos de situar fuentes más conocidas, como los evangelios del Nuevo Testamento y los escritos de los "padres de la Iglesia" en el contexto de su época y lugar, estos textos ayudan enormemente. En el Nuevo Testamento también se alternan el temor y la esperanza. Así como un pasaje del *Evangelio de Judas* ofrece una imagen negativa de los sacerdotes judíos, los evangelios del Nuevo Testamento de san Mateo, san Lucas y san Juan incluyen pasajes que atizaron los antiguos antagonismos que aún hoy continúan incitando el odio contra los judíos, contradiciendo su reivindicación del amor.[13] La investigación histórica muestra cómo las tradiciones de estos evangelios se generaron a partir de intensas conversaciones (tradiciones vehementemente impugnadas una y otra vez, y a menudo defendidas por devotos que afirmaban ser los únicos cristianos verdaderos).

Asimismo, los recientes descubrimientos nos ayudan a entender cómo innumerables líderes de la Iglesia trabajaron para forjar la idea que muchos de nosotros dábamos por hecha: que el cristianismo era en realidad un único y estático sistema universal de creencias. Crear esta impresión constituye en sí mismo un logro notable, al que se dedicaron muchos "padres de la Iglesia". Sin embargo, precisamente actuaron así porque eran conscientes de la diversidad de los grupos cristianos y porque temían que las controversias sobre aspectos fundamentales –como los revelados en el *Evangelio de Judas*– minaran la "Iglesia universal" que intentaban erigir, junto a la autoridad que exigían sólo para su Iglesia. Líderes como Ireneo consagraron décadas de sus vidas a establecer las estructuras del credo, el canon y el clero, convencidos de que la supervivencia del movimiento dependía de ellos, y en algunos

aspectos tal vez tenían razón, porque hay un límite a las diversas opiniones que un grupo puede reconciliar, especialmente en tiempos difíciles. No obstante, los textos recientemente descubiertos nos revelan todo lo que se perdió cuando consolidaron esas instituciones y silenciaron a tantos cristianos primitivos.

Nosotros mismos investigamos las tradiciones cristianas porque en ellas hemos encontrado muchas cosas que amar y que se dirigen a nuestras convicciones más profundas, nuestros temores y esperanzas. Al encontrar en los diversos evangelios –tanto del Nuevo Testamento como los no canónicos– elementos que no despiertan nuestra adhesión, aprendemos a asumirlos como parte de nuestra historia y a apartarlos u observarlos críticamente en su aplicación a la fe y las prácticas religiosas. En el proceso reconocemos que así es como los cristianos trataron las diversas tradiciones que conformaron el cristianismo durante miles de años: cada generación que se involucra en ellas, y cada grupo en concreto, las adopta, adapta y transforma como nosotros, y otros muchos, hacemos hoy.

Muchas personas nos han preguntado qué deberíamos hacer con esos *otros* evangelios. ¿Deberíamos reabrir el canon para incluir algunos de esos libros secularmente rechazados? Creemos que hacerlo no sería inútil, pero que no viene al caso. Los líderes de la Iglesia establecieron el canon en una época específica y crucial y con un propósito específico: sancionar una lista de libros "acreditados" para leer en las plegarias públicas con el objeto de unificar el movimiento bajo su liderazgo. Ciertamente, el canon ayudó a conseguir este objetivo, ya que incluso hoy los fieles que pertenecen a una amplia variedad de Iglesias –metodista, de Pentecostés, baptista, católica romana, ortodoxa, adventista del séptimo día, por mencionar sólo unas pocas– recurren a la misma colección de libros del Nuevo Testamento y los incorporan a sus plegarias.

Por lo tanto, estos evangelios no pertenecen al canon, pero creemos que tampoco a la papelera. En cambio, pertenecen al lugar en el que los hemos situado: a la historia del cristianismo. Sin embargo, estos textos fueron escritos, leídos, copiados y venerados por cristianos de hace quince siglos porque se incluían en la literatura de la transformación espiritual; por ello continúan intrigando a muchos a día de hoy. Incluso el autor del *Evangelio de Judas* recorre el camino de la ira a la revelación, cuando, por ejemplo, Jesús pide a los discípulos que "alumbren al ser humano perfecto" y revela a Judas el brillante reino del espíritu, iluminado por el amor de Dios. Explorar estos descubrimientos nos brinda una mayoría comprensión del pasado y del presente; al tiempo que inaugura una más amplia gama de puntos de vista sobre lo que creemos que significan Jesús y sus enseñanzas.

PARTE II

El *EVANGELIO DE JUDAS*

En los más de quince siglos que han transcurrido desde que el *Evangelio de Judas* fuera grabado en el Códice de Tchacos, el texto ha sufrido un deterioro considerable. Lo peor ocurrió tras su redescubrimiento en la década de 1970, cuando una manipulación y almacenamiento inadecuados lo redujo a escasos fragmentos. Pese al trabajo diligente de un equipo de expertos restauradores, aún contiene muchas lagunas (*lacunae*). A veces sólo hay unas letras ilegibles, pero en otras las *lacunae* son bastante extensas y abarcan media página. En la traducción que ofrecemos, las lagunas se marcan con corchetes: [...]; el número de puntos suspensivos indica aproximadamente cuántas letras faltan. Los expertos han intentado, hasta donde es posible, descifrar el contenido de estas *lacunae*, y sus sugerencias también aparecen entre corchetes. Además, he añadido otro material para que la traducción sea más fluida o para sugerir a los lectores los referentes de algunos pronombres oscuros; estos materiales se incluyen entre paréntesis.

Esta nueva traducción se basa en el texto copto fijado por Rodolphe Kasser y Gregor Wurst;* todas las modificaciones operadas por mí misma u otras personas se glosan en la sección de comentarios a la traducción.

* *The Gospel of Judas. Coptic Text*. The National Geographic Society, abril de 2006 (publicado en http://www.9.nationalgeographic.com/lostgospel/document.html), con modificaciones basadas en una copia de la edición crítica del Códice de Tchacos editada por Rodolphe Kasser y Gregor Wurst; traducción inglesa de Marvin Meyer y F. Gaudard; notas de Marvin Meyer y Gregor Wurst, que publicó National Geographic Society, Washington, D.C., en primavera de 2007. Agradecemos a Marvin Meyer su generosidad al permitirnos ver, por adelantado, una copia de esa edición.

TRADUCCIÓN DEL *EVANGELIO DE JUDAS*

por KAREN L. KING

1[1] Ésta es la palabra oculta de la declaración, [2] que contiene el relato de c[uando J]esús habló con Judas [I]scari[ote] por ocho días, tres días antes de observar la Pascua.

[3] Cuando se presentó en la tierra, manifestó señales y obró prodigios para la salvación de la humanidad. [4] Pues aunque muchos hombre [recorrían] el camino de la rectitud, [5] otros muchos avanzaban por la senda de su pecado. [6] Así pues, doce discípulos fueron convocados [7] (y) les habló de los misterios que se extienden más allá del mundo y de cuanto sobrevendrá al final de los tiempos.

[8] Frecuentemente, empero, no se revelaba a sus discípulos, sino que podías encontrarlo entre ellos como un niño.

[9] Y vivió en Judea con sus discípulos.

2[1] Un día los halló sentados, reunidos (y) ejercitándose (a sí mismos) en la piedad. [2] Al [encontrar] a sus discípulos reunidos, sentados y dando gracias por el pan, [3] rió.

[4] Los discípul[o]s le dijeron: «Maestro, ¿por qué te mofas de [nuestra] acción de gracias? [5] ¿Qué hicimos mal? [Esto] es lo correcto».

[6] Replicó diciéndoles: «No me burlo de vosotros, [7] ni siquiera hacéis esto por [vues]tra propia voluntad; [8] pero (me

río porque) en esta (ofrenda de gracias) la voluntad de vuestro Dios recibe alabanzas».

[9] «Maestro, *tú* eres [.....] el Hijo de nuestro Dios», dijeron.

[10] Jesús replicó: «¿Realmente (creéis) conocerme, y cómo? [11] En verdad os digo que ninguna estirpe de los que son como vosotros llegará a conocerme».

[12] Cuando los discípulos escucharon esto, se disgustaron y [empezaron] a enfadarse, y a blasfemar contra él en sus corazones.

[13] Pero cuando Jesús advirtió su insensatez, [14] [les dijo]: «¿Por qué dejáis que os nuble la ira? [15] El dios que vive en vosotros y [su....] están disgustados [al igual que] vuestras almas. [16] Dejad que el [fuerte] entre vosotros, hombres, me presente al perfecto ser humano, [17] y que me mire a los ojos».

[18] Todos replicaron: «Somos fuertes». [19] Pero sus almas no albergaron valor de enfrentarlo, excepto Judas [Is]cariote. [20] Fue capaz de erguirse ante él, [21] aun cuando no pudo mirarlo a los ojos, ma[s] apartó el rostro.

[22] Judas le dijo: «Sé quién eres y de dónde vienes, [23] vienes del reino del inmortal Barbelo, [24] pero no soy digno de revelar el nombre de quien te envía».

[25] Entonces Jesús, advirtiendo que éste percibía aún más de esos asuntos elevados, le dijo: «Sepárate de los otros. [26] Te revelaré los misterios del Reino. [27] Es posible que alcances ese lugar, [28] pero sufrirás gran dolor. [29] Pues otro toma[rá] sitio lugar, para que los doce dis[cípulos] de nuevo sean doce ante su Dios».

[30] Y Judas le replicó: «¿Cuándo me enseñarás esas cosas, [31] y cuándo el gran [dí]a de la luz amanecerá entre [.....] los hombres?».

[32] Pero tras así hablar, Jesús lo dejó.

3[1] Al llegar el alba, [fue] donde sus discípulos, [2] [y] éstos le dijeron: «Maestro, ¿adónde fuiste? [3] ¿Qué hiciste al dejarnos?».

[4] Jesús les respondió: «Busqué otra estirpe de hombres, grande y sagrada».

[5] Sus discípulos adujeron: «Señor, ¿cuál es esa estirpe más eminente y sagrada que la nuestra, y que no está en estos reinos?».

[6] Al oír Jesús estas cosas, rió. [7] Dirigiéndose a ellos habló así: «¿Qué pensáis en vuestro corazón de la poderosa y sagrada estirpe? [8] [Verdadera]mente os digo que ninguna prole [de e]ste reino verá esa [estirpe], [9] y que ningún ejército de ángeles de las estrellas la gobernará, [10] ni ningún linaje humano pertenecerá a ella. [11] Porque [e]sa raza no pertenece a [este reino] que heredó la existencia [b..... [12] La r]aza de los hombres [que se encuentra] entre [vosotros (pl.)] pertenece al [l]inaje de la human[idad]. [13] [.....] poder que [..... algunas ot]ras fuer[zas.....] desde que gobernáis e[ntre ellos]».

[14] Cuando sus discípulos escucharon esto, cada uno de ellos se angustió e[n su] corazón, [15] y no pudieron articular palabra.

4[1] Otro día, Jesús vino a [ellos]. [2] [Le] dijeron: «Maestro, te vimos en una [visión]. [3] Pues tuvimos grandes s[ueño]s [por] la noche [...]».

[4] [Replicóles]: «¿Por qué [os.....] habéis escondido?».

[5] Por su parte, d[ijeron]: «Vi[mos] una gran ca[sa en la que había un g]ran alta[r y] doce hombres, que creemos eran sacerdotes, y un nombre. [6] Pero había una multitud insistiendo tenazmente ante el altar h[asta] que los sacerdotes [acaba]ron por [recibir] las ofrendas. [7] Nosotros también insistía[mos tenaz]mente».

[8] Je[sús preguntó]: «¿Qué ti[po] de [sacerdotes son?]».
[9] A lo que replicaron: «[Al]gunos [se abstienen por d]os semanas. [10] Pero [otros] sacrifican a sus propios hijos, otros a sus mujeres, [11] todos alaban y actúan humildemente ante los demás. [12] Algunos yacen con hom[b]res. [13] Otros trabajan como verdugos. [14] Y aun otros cometen [mul]titud de pecados e injusticias. [15] [Y] los hombres ante el altar invocan tu nombre. [16] Y en la tarea de despedazar los sacrificios, el altar queda lleno». [17] Y cuando así hubieron hablado guardaron silencio, porque se sentían profundamente atribulados.
[18] Jesús les dijo: «¿Qué os atribula? [19] En verdad os digo que todos los sacerdotes ante ese altar invocan mi nombre. [20] Y una vez más os digo que escribieron mi nombre en [...] de las generaciones de estrellas a través de las generaciones de los hombres. [21] [Y] en mi nombre plantaron vergonzosamente árboles sin frutos».

5[1] Jesús les dijo: «Vosotros sois aquellos que visteis recibiendo ofrendas en el altar. [2] Ése es el dios al que servís. [3] Y vosotros sois los doce hombres que visteis. [4] Y los animales domésticos que eran conducidos al sacrificio son las multitudes que dirigís hacia el al[t]ar. [5] [El gobernante del caos se pro]clamará a sí mismo, [6] y así es como hará uso de mi nombre. [7] Y la legión de los fieles se adherirá tenazmente a él. [8] Después de esto, otro hombre se alzará de entre los for[n]ic[adores], [9] y otro de entre los asesinos de niños, [10] y otro de entre los que mienten a los hombres, [11] y otro de entre los disolutos, [12] y de todo el resto de impureza y anarquía y error, [13] y de entre aquellos que afirman "Somos iguales a los ángeles"; [14] ellos son las estrellas que todo lo traen a término. [15] Porque se ha dicho a las generaciones de los hombres: "Mirad, dios ha recibido su sacrificio de manos de un sacerdote, es decir, del ministro del error. [16] Sin embargo es el Señor –aquel que

gobierna el universo entero– quien ha ordenado que en el último día serán avergonzados».

[17] [Les] dijo Jesús: «Detened los sac[rificios.....]. [18] Es en el altar donde voso[tros.....] [porque ellos están] sobre vuestras estrellas y ángeles, y ya han completado su sino. [19] Dejad que sean [....] una vez más ante vosotros, y dejadles...

6 [*faltan unas quince líneas y media del manuscrito*]

a las generaciones [...]. No es posible que un pana[dero] alimente a toda la creación bajo el [cielo]. Y

[*siguen tres líneas y media intraducibles*]

7[1] Jesús les dijo: «Dejad de acosarme». [2] Cada uno de vosotros tiene su propia estrella [y cada] u[no...

[*siguen dieciocho líneas perdidas o intraducibles*]

Vino a aquellos que [.....pr]imavera del árbol de [*sigue una línea intraducible* esta]ción de este reino [..... des]pués de un tiempo [.....]. En su lugar ha venido a regar el paraíso de Dios y la [ge]neración que perdurará, porque no contaminará el modo de [vida] del linaje. Pe[ro.....] por toda la eternidad».

8[1] Judas le dijo: [«Rab]í, ¿cuál es el fruto de esa generación?». [2] Jesús le respondió: «Las almas de todo linaje humano perecerán. [3] Pero cuando aquellos (que pertenecen a la generación sagrada) hayan completado el tiempo del reino y su espíritu se separe de ellos, [4] sus cuerpos morirán, pero sus almas vivirán y serán encumbradas».

[5] Jesús preguntó: «Entonces, ¿qué hará el resto de la generación de los hombres?».

[6] Jesús respondió: «No es posible sembrar (semillas) en una [r]oc[a] y esperar obtener [fru]to. [7] Una vez más {és]ta es la manera [.....] la raza [corromp]ida y la sabiduría mortal. [8] [...] la mano que creó a la humanidad mortal para que sus almas [as]ciendan a los reinos superiores. [9] En [ver]dad os digo q[ue ningún gobernante ni á]ngel [ni p]otestad podrá ver [esos lugares], [10] que [verá] esa estirpe [grande] (y) sagrada». [11] Una vez hubo hablado así, se marchó.

9[1] Judas dijo: «Maestro, así como has escuchado a todos, escúchame ahora a mí, [2] pues he tenido una gran visión».

[3] Pero cuando Jesús lo escuchó, prorrumpió en risas. [4] Le dijo: «¿Por qué te exaltas, dios decimotercero? [5] Habla también, y te sostendré».

[6] Judas le dijo: «Me he visto a mí mismo en una visión. [7] Los doce discípulos me lapidaban; [8] me perseguían [enconada]mente. [9] Y también [lle]gué al lugar [.....] detrás de ti. [10] Vi [una casa.....], pero mis ojos no fueron capaces [de medir] su extensión. [11] Pero algunos grandes ancianos la rodeaban, [12] y estaba techada de vegetación. [13] En la casa ha[bía] una mul[titud.....]. [14] Maestro, llévame [con] ellos».

[15] [Jesús] replicó y dijo: «Tu estrella te ha perdido, Judas, [16] porque ninguna generación humana es digna de entrar en la casa que has visto. [17] Porque ése es el lugar reservado para los santos, [18] el lugar que no regirá ni el sol ni la luna ni el día, [19] pero donde los santos vivirán para siempre en el reino con los ángeles sagrados. [20] Mira, te he mostrado los misterios del reino [21] y te he instruido [en el err]or de las estrellas y [*aproximadamente una línea y media intraducible*] acerca de los d[o]ce reinos».

[22] Judas preguntó: «Maestro, ¿acaso los gobernantes no están sometidos a mi semilla?».

[23] Jesús respondió y le dijo: «Ven... [[24] *unas dos líneas intraducibles*] [25] [p]orque te lamentarás hondamente cuando veas el reino y su estirpe toda».

[26] Cuando Judas escuchó esto le preguntó: «¿Qué beneficio he obtenido de que me separes del resto de los hombres?».

[27] Jesús replicó. Dijo. «Serás el decimotercero [28] y serás maldito por todas las generaciones, [29] pero prevalecerás sobre ellas. [30] En los últimos días, ellos [...] y tú ascenderéis al li[naje] sagrado».

10[1] Jesús dijo: [«Ve]n y te instruiré acerca de las [cosas..... que] ningún hombre ha visto. [2] Pues existe un gran reino y un infinito cuya medida no ha comprendido ninguna estirpe angélica. [3] [En] él mora el gran Esp[íritu] invis[ib]le, [4] aquel que ningún ojo de ángel ha visto ni ha sido contenido por un pensamiento del corazón ni nadie ha llamado por su nombre. [5] Y una nube luminosa apareció en aquel lugar.

[6] »y dijo: "Que surja un ángel para servirme". [7] Y un gran ángel –el divino y luminoso Autogenerado– emergió de la nube. [8] Y otros cuatro ángeles emergieron por su voluntad de otra nube, [9] y llegaron a su ser para servir al angélico Autogenerado.

[10] »Y el [A]uto[generado] dijo: "Que [Adamas] advenga a su ser", y [.....] existió. [11] Y c[reó] la primera luminaria para que lo gobernara. [12] Luego dijo: "Que existan los ángeles para adorarlo", [13] y se crearon incontables miríadas de ángeles. [14] Y dijo: "Que [exis]ta [un] [rei]no luminoso", [15] y comenzó a existir. [16] Estableció una segunda luminaria para gobernarlo, [17] junto a incontables miríadas de ángeles para adorar(lo). [18] Y así creó el resto de los reinos de luz, [19] estableció

(luminarias) para gobernarlos, [20] y para ellos creó incontables miríadas de ángeles a su servicio.

11 [1] »Adamas moró en la primera nube de luz, [2] (sin embargo) ninguno de los ángeles –que se llaman "divinos"– ha visto esa (nube). [3] Y él [*siguen unas dos líneas intraducibles*] [4] la imagen [.....] y según la semejanza de e[ste án]gel. [5] Dio existencia al inmortal linaje de Seth [.....] los doce [.....] los veinte[cua]tro [.....]. [6] Por voluntad del Espíritu, alumbró setenta y dos luminarias en la es[tirpe] inmortal. [7] A continuación, por voluntad del Espíritu, las setenta y dos luminarias alumbraron trescientas sesenta luminarias en la estirpe inmortal para que su número fuera cinco por cada una.

[8] »Y su Padre son los doce reinos de las doce luminarias, [9] con seis cielos para cada reino para que los setenta y dos cielos existan para las setenta y dos luminarias, [10] con [cinco fir]mamentos para cada uno [de ellos para que] trescientos sesenta [firmamentos puedan existir.....]. [11] Se les confirió autoridad entregándoles un [gran] ejército de ángeles para la gloria y reve[rencia], [12] y después [también] espíritus virginales para gloria y veneración de todos los reinos y los cielos y sus [fi]rmamentos.

12 [1] »Esa hueste de inmortales se llaman "cosmos", es decir, "lo que perece". [2] Por mediación del Padre y las setenta y dos luminarias que están con el Autogenerado y sus sesenta y dos reinos, el primer Hombre apareció en el lugar (el cosmos mortal) con sus poderes incorruptibles. [3] Pues este reino, junto al linaje que apareció con él, es aquel que porta en sí la nube de sabiduría y el ángel llamado "El". [4] [*unas tres líneas perdidas*].

[5] »[Des]pués de estas cosas, [....] dijo: "Que existan los [do]ce ángeles [para que go]biernen el caos y el ol[vido]". [6]

Y un á[ngel] e[mergió] de la nube, y su rostro exhalaba fuego, [7] y estaba ungido de sangre. [8] Y tenía [un n]ombre, Nebro, que significa "apóstata", [9] pero otros lo llamaban I[al]dabaoth. [10] Y de nuevo surgió un ángel de la nube, (llamado) Saklas. [11] Entonces Nebro creó, junto a Saklas, seis ángeles para que (le) reverenciaran. [12] Y éstos produjeron doce ángeles en los cielos, [13] y cada uno de ellos recibió una parte asignada de los cielos. [14] Y los doce gobernantes, junto a sus doce ángeles, dijeron: [15] "Que cada uno de vosotros... [*unas tres líneas intraducibles*] [cinco] ángeles".

[16] »El primero es [Se]th, llamado Cristo. [17] El [segund]o es Harmathoth, que [.....]. [18] El [terce]ro es Falila. [19] El cu[a]rto es Iobel. [20] El quinto es Adonaios. [21] Estos cinco gobernaron el olvido y fueron primeros sobre el caos.

13[1] »Entonces Saklas dijo a sus ángeles: "Creemos a un ser humano a imagen y semejanza". [2] Formaron a Adán y a su mujer, Eva. [3] Pero en la nube la llamaban Zoe ("Vida"). [4] Pues en su nombre todas las generaciones la buscarían (la vida), [5] y cada una de ellas la llama por sus nombres.

[6] »Pero [Sa]kla no di[rigió.....] si[no.....] los li[na]jes [.....] este [.....] [7] Y el [gobernante] le dijo: "Tu vida y la de tus hijos (sólo) durará una estación"».

[8] Judas preguntó a Jesús: «[¿Cuán] larga puede ser la vida de un hombre?».

[9] Jesús replicó: «¿Por qué te sorprende que aquí se mencione la duración de la vida de Adán? [10] En este lugar recibió su reino, junto a su gobernante, por un tiempo (limitado)».

[11] Judas preguntó a Jesús: «¿Muere el espíritu humano?».

[12] Jesús replicó: «Así suceden las cosas: Dios ordenó a Miguel prestar los espíritus a los hombres para que (le) adoraran. [13] Luego el Altísimo ordenó a Gabriel otorgar el espíritu con el alma a los espíritus de la gran generación irreductible.

[14] Por ello, las almas res[tan]tes... [*sigue una línea y media intraducible*] ... luz... [*sigue una línea y media intraducible*] ... [15] para buscar el espíritu interior [que] vive en esta [car]ne entre las generaciones de los án[gel]es. [16] Pero Dios hizo que Adán y los que con él estaban recibieran el conocimiento [17] para que los gobernantes del caos y el olvido no prevalecieran sobre él».

14[1] [Entonces] Judas dijo a Jesús: «¿Qué harán entonces esas generaciones?».

[2] Jesús respondió: «En verdad te digo que son las estrellas las que lo conducen todo a su término. [3] Pues cuando Saklas haya completado el tiempo que se le ha fijado, [4] su primera estrella surgirá con las estirpes, [5] y cuanto se dijo será completado. [6] Luego fornicarán en mi nombre, [7] y matarán a sus hijos, [8] y...

[[9-10] *siguen unas ocho líneas y media intraducibles*]

...e]n mi nombre, [11] y tu estrella r[egirá] el decimo[ter]cer reino».

[12] Pero después Jesús [ri]ó.

[13] [Judas di]jo: «Maestro, [¿por qué te ríes de nosotros?]».

[14] [Jesús] re[pli]có. [Dijo]: "No me río de vosotros, me río del error de las estrellas, [15] esas seis estrellas se extravían con esos cinco guerreros, [16] y todos ellos serán destruidos con sus creaciones».

[17] Entonces Judas dijo a Jesús: «¿Qué harán los bautizados en tu nombre?».

[18] Jesús respondió: «En verdad os digo, que este bautismo [..... en] mi nombre...

[*siguen unas ocho líneas intraducibles*]

... muere [.....] en mí".

15[1] »En verdad [te dig]o, Judas, que aquellos [que ofre]cen sacrificio a Sakla[s.....d]ios... [2] *unas tres líneas intraducibles*]... todo [por lo que son per]versos. [3] En cuanto a ti, los superarás a todos. [4] Pues sacrificarás al ser humano que me sostiene. [5] Ya tu cuerno se ha alzado, [6] tu ira es completa, [7] tu estrella ha pasado, [8] y tu corazón ha [preva]lecido.

[9] »En ver[dad te digo], tu final...

[[10-11] *siguen cinco líneas y media intraducibles*]

»... el gober[nante] que es destruido. [12] [Y] entonces el lu[g]ar del gran linaje de Adán será encumbrado, [13] porque antes del cielo y la tierra y los ángeles, a través de los reinos ese linaje existe.

[14] »Mira, todo te ha sido revelado. [15] Alza la vista y observa la nube y la luz que hay en ella y las estrellas que la circundan. [16] Y la estrella que las dirige es tu estrella».

[17] Entonces Judas alzó la mirada. [18] Vio la nube luminosa [19] y penetró en ella. [20] Quienes estaban en el suelo oyeron una voz procedente de la nube, que decía: «[.....] gran estir[pe.... im]agen...».

[*unas seis líneas y media son intraducibles*]

16[1] [A continuación] los sumos sacerdotes murmuraron porque [él (Jesús)] había entrado [en] el cuarto de invitados para su oración. [2] Allí había algunos escribas observándolo atentamente para capturarlo durante la oración, [3] pues tenían miedo de la gente porque todos decían que era un profeta.

[4] Y se acercaron a Judas. [5] Le dijeron: «¿Qué haces en este lugar? [6] Eres discípulo de Jesús».

[7] En cuanto a él, les respondió según su deseo. [8] Judas recibió unas monedas de cobre. [9] Y lo entregó a ellos.

[10] El *Evangelio de Judas*

COMENTARIOS A LA TRADUCCIÓN

1, 1 La primera palabra en el *Evangelio de Judas* es *logos*, que significa "palabra", "discurso" o "informe". Para los lectores del *Evangelio según san Juan*, la Palabra (*logos*) es Jesús («En el principio era el Verbo [...]. Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros [...]. A Dios nadie le ha visto jamás: el hijo unigénito existente en el seno del Padre, él mismo le ha hecho conocer» *Juan* 1, 1, 14, 18). El autor del *Evangelio de Judas* seguramente conocía el *Evangelio según san Juan* y tal vez se remitía a él. Como en este último, en el *Evangelio de Judas* es Jesús quien revela la desconocida (oculta) naturaleza de Dios.

Este doble sentido también ocurre con el término traducido aquí como "declaración" (*apophasis*), que tiene dos connotaciones: "algo que se declara abiertamente" y una "sentencia de tribunal". El magisterio de Jesús se arroga ambos sentidos en el *Evangelio de Judas*: habla a Judas con sencillez, pero sus palabras también sirven como una suerte de juicio a los otros discípulos. Una vez más, existe un parecido con el *Evangelio según san Juan*, que presenta a Jesús como la revelación de Dios en el mundo; salva a algunos con su enseñanza pero declara a otros condenados: «Pues no envió Dios a su Hijo al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve. Quien cree en él no es condenado; pero quien no cree ya tiene hecha la condena; por lo mismo que no cree en el nom-

bre del Hijo unigénito de Dios» (*Juan* 3, 17-18). En ambos evangelios, Jesús viene a traer la salvación, pero se juzga a los discípulos en función de si comprenden o no quién es Jesús y de dónde procede.

Asimismo interesante, "declaración" (*apophasis*) es el título de un antiguo escrito que Hipólito, padre de la Iglesia del siglo III (*Herejías* 6, 11) atribuye a un infame hereje, Simón el Mago, cuyo nombre aparece en los *Hechos de los apóstoles* (8, 9-24). Evidentemente, el *Evangelio de Judas* no es este trabajo espúreo, pero la semejanza en el título plantea la pregunta acerca de su el autor del *Evangelio de Judas* quería relacionar su evangelio con otras corrientes del cristianismo del siglo II.

1, 2 El extraño cálculo del período en el que tienen lugar los acontecimientos descritos en el *Evangelio de Judas* parece indicar que las conversaciones con Judas se extendieron una semana (ocho días) y concluyeron tres días antes de la Pascua, cuando Jesús fue entregado a su muerte.

1, 3 El *Evangelio de Judas* nada nos dice del "nacimiento" de Jesús (como los relatos de la infancia de los evangelios de san Mateo y san Juan) ni de su "encarnación" (como el prólogo del *Evangelio según san Juan*), pero en cambio se refiere a su "apariencia" o "revelación". Esta terminología remite a su origen divino, pero deja en la ambigüedad la cuestión de la encarnación.

Los milagros de Jesús demuestran tanto su divinidad como el propósito de su venida, y al mismo tiempo establecen un contraste entre la divinidad de Dios y la de los gobernantes del mundo. El *Evangelio de Judas* empieza diciendo que el propósito de Jesús era salvar a la humanidad, en parte realizando milagros que recuerden lo que los cristianos ya sabían –cómo curó a los enfermos y achacosos y veló por los hambrientos, los necesitados y los endemoniados–. Los evange-

lios del Nuevo Testamento, y otros muchos, hablan de los milagros de Jesús para mostrar su naturaleza divina. El *Evangelio según san Juan*, por ejemplo, concluye diciendo: «Jesús realizó, en presencia de sus discípulos, muchos otros milagros que no están escritos en este libro. Pero éstos se han escrito con el fin de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (*Juan* 20, 30-31). Todos los evangelios del Nuevo Testamento relatan cómo Jesús realizaba milagros; en el *Evangelio de Judas*, como en el *Testimonio de la verdad*, estas curaciones no sólo demuestran la compasión de Dios, sino que también revelan que enfermedad y muerte son maldades infligidas por las potestades inferiores que rigen el mundo, no por Dios. Así pues, el *Evangelio de Judas* refiere que cuando Jesús cura a quienes sufren demuestra que Dios desea la salvación del hombre, la vida y la plenitud.

1, 4-5 Aquí observamos lo que motivó a Dios a enviar a Jesús: no todos los hombres eran rectos. Judíos y cristianos normalmente describían la salvación como el hecho de apartarse de las "trasgresiones" y abanderar la rectitud, como hace el *Evangelio de Judas*; no obstante, este evangelio subraya que no todos los que se creen rectos lo son en realidad. A lo largo del evangelio, Jesús introducirá temas que, como éste, son comunes a los relatos judíos y cristianos sobre el fin del mundo: ira, juicio y el colapso del orden cósmico y moral.

1, 6 Todos los evangelios del Nuevo Testamento dicen que Jesús llamó a sus discípulos al inicio de su ministerio, y finalmente tres de ellos (san Mateo, san Lucas y san Juan) son enviados para predicar el evangelio. Aquí, sin embargo, no se encarga a los discípulos la difusión de la buena nueva; en cambio, ilustra que «aunque muchos hombres recorrían el camino de la rectitud, otros avanzaban por la senda del pecado». En un principio, Judas pertenece a este grupo; sólo más tarde

Jesús lo "separará" de los demás, y por último será asesinado por el resto de los discípulos. El propio Judas será sustituido por otro discípulo a fin de mantener a "los doce". El número es simbólico y relaciona a los doce discípulos con los doce gobernantes del mundo inferior. Sorprende la insinuación del *Evangelio de Judas*: que sólo aquellos que malinterpretaban y rechazaban a Jesús continuaron su labor tras su muerte. La única esperanza de rectificar esta situación recae en el secreto relato del magisterio de Jesús del propio *Evangelio de Judas*.

1, 7 Aquí el autor introduce los dos temas principales del magisterio secreto de Jesús a Judas: la naturaleza del mundo divino y el juicio final.

1, 8 Esta frase parece interrumpir el flujo del relato en el sentido de que se dirige directamente al lector ("tú"); tal vez fue añadida más tarde, pues aunque originalmente el *Evangelio de Judas* fue escrito (en griego) en el siglo II, la única copia existente procede del siglo IV (en traducción copta). Podemos suponer legítimamente que los copistas se sintieron libres para alterar (por ejemplo, mejorar) el texto durante los siglos en que fue transmitido, una practica habitual incluso en el Nuevo Testamento.[1] Sin embargo, ¿por qué habrían debido pensar que añadir esta frase suponía una mejora? Señala que los discípulos no eran capaces de advertir quién era Jesús cuando aparecía "como un niño", una indicación más de su falta de visión espiritual.

La idea de que Jesús a veces adoptaba la forma de un niño tal vez resulte extraña para el lector contemporáneo, pero abunda en muchos textos antiguos. Dos de los evangelios del Nuevo Testamento, el san Mateo y el de san Lucas, refieren el nacimiento de Jesús, y san Lucas también presenta a Jesús como joven que impresiona a los ancianos del Templo con su sabiduría (*Lucas* 2, 41-52). El retrato de Jesús como niño sabio

fue elaborado con más detalle en el legendario *Evangelios de la infancia de Tomás*, del siglo II, en el que Jesús confunde a su pobre maestro, Zaqueo, e inflige una muerte repentina a algunos niños que le hacen daño. Aunque Jesús resucita a los niños al final, se burla de cómo los adultos malinterpretan sus actos, y los reprende por su falta de comprensión: «Ahora que tu aventura produce sus frutos, y que los ciegos de corazón ven, he aquí que yo vengo de lo alto para maldecirlos, y para llamarlos a lo alto, como me lo ordenó el que me ha enviado a causa de vosotros» (*Evangelios de la infancia de Tomás* 8, 1). Este retrato de Jesús burlándose recuerda poderosamente al *Evangelio de Judas*, cuando se mofa de la necedad de sus discípulos y los exhorta a una visión espiritual superior. En los *Evangelios de la infancia de Tomás*, el propio Jesús predica la sabiduría que puede aprenderse de los niños. Dice a sus discípulos que «no vacilará un anciano a su edad en preguntar a un niño de siete días por el sentido de la vida, y vivirá» (*Evangelio según Tomás* 4); sin embargo, no se trata tanto de la infancia de Jesús como de la creación (el prístino universo que Dios creó en siete días, representado aquí por un niño de siete días que encierra el sentido de la vida). Asimismo, en el *Evangelio según san Mateo* Jesús dice a sus discípulos que deben «hacerse semejantes a los niños» para entrar en el reino de los cielos (*Mateo* 18, 1-6; 19, 13-15). En la *Revelación secreta de Juan*, Cristo se manifiesta al apóstol san Juan de varias formas resplandecientes, primero como joven y luego como anciano, a fin de mostrarle que no le abandona, sino que se aparece en muchas formas a aquellos capaces de ver (*Revelación secreta de Juan* 3, 4-13). En el *Evangelio del Salvador*, Jesús dice explícitamente a sus discípulos: «Me encuentro entre vosotros como los niños pequeños» (*Evangelio del Salvador* 107, 57-60), y la tradición posterior también presentará al Espíritu que guía a san Pablo como un niño (*Apocalip-*

sis de Pablo 18, 3-22). En todos estos casos, incluyendo el *Evangelio de Judas*, la imagen del niño sugiere la oculta o inesperada presencia de lo divino.

La manifestación de Jesús como niño también muestra que el cuerpo físico no es una limitación para el espíritu; más bien demuestra lo maleable que es el cuerpo. Su nacimiento, crecimiento y muerte sólo son apariencias comparadas con la eterna permanencia del espíritu.

2, 1 Aquí la palabra es *gymnaze*, que significa "ejercicio" o "entrenamiento", y se relaciona con los vocablos "gimnasio" y "gimnasia". Se refiere a ejecutar una acción o actuar de un modo determinado para ser más competente en una actividad. En este caso los discípulos se vuelven más hábiles en ⲙⲛⲧⲛⲟⲩⲧⲉ, literalmente "divinidad" o "reverencia hacia Dios". En otras palabras, ejecutan ciertos actos –santifican el pan– a fin de cultivar el carácter piadoso y la verdadera devoción. Esta idea pertenece a la antigua creencia de que realizar ciertos actos ayuda a cultivar las correspondientes actitudes internas; así, por ejemplo, si actuamos generosamente con los demás, realmente nos sentiremos generosos, o si vestimos un velo desarrollaremos una actitud modesta.

2, 2 El término aquí es *eucharisti*, que literalmente significa "acción de gracias"; no obstante, en el siglo II, cuando fue escrito el *Evangelio de Judas*, se había convertido en un término técnico para designar la celebración cristiana de la eucaristía, la comida en la que los cristianos comparten el pan, convertido en cuerpo de Cristo, en memoria de su muerte.

2, 3-9 Cuando Jesús se ríe en el *Evangelio de Judas*, se dispone a corregir errores en el pensamiento de alguien. En este caso, la risa de Jesús es una suerte de ridículo o burla que pretende arrancar a los discípulos de su complacencia y falso orgullo. Su mayor problema reside en que ignoran que tienen un problema; erróneamente creen que obran con rectitud, con

sus oraciones y prácticas piadosas. Jesús trata de enseñarles que no veneran al Dios verdadero. Al principio se quedan atónitos, sin comprender, e insisten (equivocadamente) en que Jesús es el [H]ijo de "nuestro" Dios. El mismo hecho de celebrar la eucaristía muestra su errónea comprensión de las exigencias divinas –la muerte de Jesús como sacrificio–. El autor del *Evangelio de Judas* repasa la situación de su propia época en la historia del evangelio, pues los cristianos no celebraron la eucaristía como comida sacrificial hasta después de la muerte de Jesús. Sin embargo, la opinión del autor es que el propio Jesús se opuso a esta práctica (posterior) porque malinterpreta el verdadero sentido de su muerte, según él la entiende.

2, 10 El copto tiene dos palabras para "conocer" o "conocimiento". Una de ellas remite a la comprensión cognitiva (ⲉⲓⲙⲉ); la otra al conocimiento o experiencia personal (ⲥⲟⲩⲛ). Jesús utiliza el segundo vocablo, que también podría traducirse por "¿Me reconoces?". El caso es que los discípulos creen saber quién es Jesús, pero de hecho no lo conocen en absoluto, y mientras no reconozcan su ignorancia no llegarán a conocerlo.

2, 11 Cuando Jesús declara que ninguno de sus discípulos («Ninguna estirpe de los que son como vosotros») llegará a conocerlo, afirma que quienes se consideran a sí mismos "hijos" del falso dios nunca podrán comprender quién es Jesús, el Hijo del verdadero Dios.

El término que el autor emplea aquí es *genos*, que podría traducirse como "estirpe", "pueblo" o "raza". Contrariamente a la idea de que los cristianos derribaron las barreras de raza, clase o género (como en *Gálatas* 3, 28: «No hay judío, ni griego; ni siervo, ni libre; ni hombre, ni mujer. Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»), continuaron empleando el lenguaje de la identidad étnica y racial para considerar a los

cristianos como un pueblo, que a menudo se autodenominaba "la tercera raza".[2] Este lenguaje alusivo a "raza o estirpe" aparece frecuentemente en el *Evangelio de Judas*. Aunque a veces el autor recurre al plural "generaciones o estirpes humanas", en esencia sólo existen dos: la estirpe mortal (aquellos que veneran a los falsos dioses del mundo inferior y que están condenados a ser destruidos al final de los tiempos) y la estirpe inmortal (aquellos que reconocen su verdadera naturaleza espiritual y se vuelven hacia el Dios verdadero).

Otro de los libros de Nag Hammadi, el *Conocimiento de Jesucristo*, recoge una idea parecida: Jesús afirma que «[t]odo lo que procede de lo corrupto se corromperá, pues viene de lo corrupto. Pero lo que procede de lo incorruptible no se corromperá, sino que se volverá inmortal. Así, muchos fueron lo que erraron al no conocer esta diferencia, y por ello murieron» (III.98, 1-9). Al parecer, la muerte no es inevitable, sino el resultado de no saber distinguir entre el mundo mortal que los hombres habitan y el mundo eterno del más allá. Puesto que la humanidad ha sido creada a imagen del divino Adán –en este sentido, los hombres proceden de lo incorruptible– es capaz de llegar a ser inmortal.

2, 12 En lugar de aceptar el magisterio de Jesús y arrepentirse, pidiéndole más instrucción o cambiando de actitud, los discípulos se enfadan y cometen blasfemia. Su reacción puede ser indicativa de la respuesta de algunos cristianos cuando el autor del *Evangelio de Judas* se enfrentó a ellos en lo que consideraba era una errónea interpretación de la muerte de Cristo.

2, 13-15 Al ser divino, Jesús sabe lo que piensan los discípulos. El autor emplea aquí el término ⲙⲛⲧⲁⲧϩⲏⲧ, que significa "el estado sin corazón o mente"; en otras palabras, se describe a los discípulos como necios y estúpidos, faltos de juicio y comprensión. Jesús les dice que la ira que los pertur-

ba procede de su "dios interior" –no el Dios verdadero, sino el dios inferior al que dirigen sus plegarias–. Este pasaje es extremadamente importante puesto que manifiesta la suposición central del autor respecto a que las personas acaban pareciéndose al dios que veneran. Si adoran al Dios verdadero, refuerzan el Espíritu divino interior de modo que sus almas se configuran para la vida eterna, pero si se prosternan ante los dioses del inframundo material, acaban por adoptar su modo de ser: airado, autocomplaciente, ignorante y violento.

El altercado entre Jesús y sus discípulos durante la práctica eucarística recuerda poderosamente el pasaje, 6, 35-64, del *Evangelio según san Juan*, donde Jesús discute con sus discípulos su propia procedencia y qué significa decir que la carne de Jesús es el verdadero pan de la vida. Jesús afirma que «si no comiereis la carne del hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida» (*Juan* 6, 53-55). Sus seguidores murmuran, y él les reprende: «¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si viereis al hijo del hombre subir a donde antes estaba? El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve; las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son» (*Juan* 6, 61-63). El autor del *Evangelio según san Juan* escribe que muchos seguidores de Jesús se ofendieron y se apartaron de él por estas duras palabras, pero que "los doce" permanecieron fieles, mientras que se llama a Judas traidor por primera vez.

El *Evangelio de Judas* cambia esta escena, al menos en parte, pues los discípulos que realmente comprenden, como Judas, son aquellos que rechazan la idea de que la carne de Jesús es la salvación. Para este autor, ellos son los que comprenden el magisterio de Jesús en el *Evangelio según san*

Juan, cuando afirma: «La carne de nada sirve». Jesús será crucificado, y el verdadero sentido de la salvación estriba en su ascenso a los cielos –y el ascenso de los que lleva consigo–. Por lo tanto, ¿acaso se nos ofrece aquí un retrato de la situación posterior, que algunos de los seguidores de Jesús rechazaban el canibalismo implícito en la comida sacrificial y que Judas, el traidor, se contaba entre ellos? ¿O quizá el autor del *Evangelio de Judas*, al leer el *Evangelio según san Juan*, identificó a Judas con los cristianos de su tiempo que rechazaban la muerte de Jesús como sacrificio? Sólo podemos especular, pero en cualquier caso, este pasaje del *Evangelio según san Juan* puede ayudarnos a comprender mejor por qué Judas podía considerarse el único discípulo que comprendió el magisterio de Jesús.

2, 16-17 Señalemos cómo Jesús llama a los discípulos "hombres" para a continuación pedirles que presenten "al perfecto humano". El juego es que no saben lo que significa ser realmente humano. No comprenden, como aprenderá Judas, que su verdadera naturaleza no es la carne mortal; los dioses inferiores crearon a la humanidad según la imagen divina del "humano perfecto" -el celestial Adamas del más allá–, siguiendo la interpretación del autor del *Génesis* 1, 26-27).

2, 18-21 Lo discípulos vuelven a mostrar aquí su arrogancia e ignorancia, pues cuando Jesús les pide que enfrenten su mirada, en un principio se jactan de su fuerza, pero luego son incapaces de hacerlo. Sólo Judas encuentra el valor.

La ironía radica en que, aunque los discípulos se ejercitan para ser piadosos, en realidad se enfadan y blasfeman fácil y cobardemente. Al retratarlos de esta guisa, el autor del *Evangelio de Judas* invoca resueltamente la creencia generalizada de que el carácter espiritual de un individuo se demuestra por su estabilidad mental y emocional ("mantenerse firme") o su ausencia. Michael A. William[3] ha estudiado pro-

fundamente el tema y ha llegado a dos conclusiones de suma importancia. En primer lugar, los filósofos griegos que seguían a Platón distinguían un reino divino perfectamente estable, inmóvil e inmutable, distinto del mundo material, mudable e inestable. Así pues, Jesús se dispone a enseñar a Judas que existe un mundo divino inquebrantable más allá de éste. En segundo lugar, el comportamiento de la gente adopta una u otra forma en función de si siguen el patrón de la estabilidad divina superior o la agitación inferior del mundo material. Williams ofrece un buen ejemplo procedente del filósofo judío del siglo I Filón de Alejandría, que argumenta que «la necia naturaleza humana consiste en oponerse constantemente a la preclara razón, ser hostil a la calma y mesura, y nunca mantenerse firme. El alma del individuo despreciable se ve "constantemente sacudida" al carecer de firme asidero [...]. Por el contrario, el hombre sabio ha apaciguado los vaivenes y sacudidas de su alma [...]. Sus actos no se ven [...] fácilmente sacudidos». El mejor ejemplo es Abraham, que se mantuvo firme ante Dios. En el *Evangelio de Judas*, cuando los discípulos son incapaces de enfrentar a Jesús, es evidente que carecen de la calma espiritual procedente de la estabilidad de carácter y la vecindad con Dios. Se considera que Judas es superior a ellos porque es capaz de erguirse ante Jesús aunque ha de apartar la vista, mostrando así que aún no ha alcanzado el más alto grado de desarrollo espiritual. Con el tiempo lo conseguirá, al pedirle Jesús que "alce los ojos". Al obedecer, Judas asciende al reino espiritual inmutable, la nube luminosa en los cielos.

2, 22-24 Aquí se nos ofrece la primera indicación de por qué Jesús promueve a Judas por encima de los demás. Sólo él reconoce quién es Jesús: «Sé quién eres y de dónde vienes». Del mismo modo, en los evangelios del Nuevo Testamento, a veces los discípulos discuten y fracasan a la hora de compren-

der la verdadera identidad de Jesús. Por ejemplo, en el *Evangelio según san Marcos*,[4] sólo san Pedro comprende que Jesús es Cristo, pero incluso él rechaza la crucifixión de Jesús, y éste se vuelve contra él llamándolo Satanás y acusándolo así: «Tus sentimientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (*Marcos* 8, 27-33).[5] En el *Evangelio según san Juan*, los discípulos tampoco logran identificar a Jesús; aunque afirman haber comprendido, al final todos le abandonan, y san Pedro lo niega tres veces (*Juan* 14, 11; 16, 28-32; 18, 15-27).[6] Al igual que los discípulos en el *Evangelio según san Juan*, que huyen cuando Jesús es arrestado, en el *Evangelio de Judas* tienen miedo: prueba de que en verdad no creen, porque realmente no comprenden quién es Jesús ni de dónde viene.

El término que aquí se traduce como "reino" es *aeon*, que significa "período de tiempo", "edad", "vida". En su forma adverbial, *aionios*, significa "eternidad". El vocablo aparece frecuentemente en el *Evangelio de Judas* para referirse tanto al reino eterno e inmortal del más allá como al reino inferior, limitado y mortal. Posee una poderosa connotación espacial y temporal. En otros textos cristianos, a veces este término aparece personificado y remite a una suerte de ser eterno –como los ángeles o arcángeles–, pero aquí el sentido principal alude a un reino que existe en relación con un período de tiempo (ya sea limitado o eterno).

El nombre Barbelo resultará desconocido a la mayoría de los lectores y en realidad sólo figura una vez en el *Evangelio de Judas*; se trata, empero, de una figura conocida en otros textos descubiertos en Egipto en el pasado siglo, muchos de los cuales pertenecen a un tipo de cristianismo que los estudiosos llaman setianismo (o gnosticismo setiano), porque esos textos declaran que la generación espiritual de la humanidad desciende del tercer hijo de Adán, Set (o su hija Norea). En estos textos, Barbelo aparece como la Madre divina, la segun-

da figura de la divina tríada: el Padre (el Espíritu Invisible), la Madre (Barbelo) y el Hijo (el Autogenerado, el Autoengendrado, Cristo). En muchos de estos trabajos, el "reino de Barbelo" circunda la esfera divina del más allá, por lo que constituye una especie de velada referencia al reino divino.[7]

2, 25-32 Cuando Jesús escucha a Judas, reconoce que posee discernimiento espiritual y es capaz de aprender más y ascender al lugar del que él mismo procede. Jesús le promete instruirlo en "los misterios del reino", que, como después sabremos, afectan al origen y naturaleza del universo.

También le pide a Judas que se separe de los demás, tal vez una práctica alentada por el autor del *Evangelio de Judas* y una poderosa indicación de que este grupo está a la defensiva y se ha apartado de otros cristianos que mantienen otras posturas acerca del sacrificio y el martirio. En este momento Jesús previene a Judas por primera vez que sufrirá grandes penurias a manos de los otros discípulos, quizá una nueva indicación de la tensión entre los cristianos en los tiempos del autor. El autor presupone que Judas formaba parte de "los doce", pero fue sustituido cuando Jesús lo separó de ellos para instruirlo aparte y encomendarle una misión especial: la de entregarle. Los *Hechos de los apóstoles* (1, 15-26) del Nuevo Testamento también cuentan cómo los discípulos sustituyen a Judas por un nuevo discípulo, Matías.

Pero ¿por qué hay que sustituir a Judas? El autor refiere que es para que "los doce" vuelvan a completar su número. Por primera vez advertimos un énfasis en el significado de los números, que se vuelve aún más pronunciado cuando Jesús instruye a Judas sobre el origen del mundo. Como aclarará más tarde, el significado del número doce tiene que ver con que el verdadero Dios envió doce ángeles a gobernar el mundo inferior; así pues, los doce discípulos representan en la tierra el número de "su Dios" en el cielo.

Observamos algo parecido en otro de los textos incluidos en el Códice de Tchacos, el *Primer Apocalipsis de Santiago*, que también conocemos por una copia hallada cerca de Nag Hammadi en 1945. En esta versión, un discípulo es elevado por encima de los demás; en este caso se trata de Santiago. Jesús lo envía a "reprender a los doce" porque están presos de una falsa satisfacción y erróneamente se creen poseedores del "camino del conocimiento" (*Primer Apocalipsis de Santiago* 42, 20-24), al igual que Jesús condena a "los doce" por su falsa piedad en el *Evangelio de Judas*. En el primer caso el texto ensalza a un grupo de otros discípulos en su lugar: Jesús elogia a siete de sus discípulas femeninas y ordena a Santiago que «se deje convencer por [el testimonio] de Salomé y María [y Marta y Ars]ínoe».[8] La versión del Códice de Tchacos ofrece una lectura un tanto distinta (los reproches específicos dirigidos a "los doce" probablemente pertenecen a un fragmento perdido del texto, en 29, 12-19), pero el elogio de las mujeres es notablemente más acentuado. Esta versión llama a las siete discípulas "los siete espíritus" y las nombra así: sabiduría, perspicacia, consejo, fuerza, comprensión, conocimiento y temor [de Dios] (26, 4-10). Se menciona por su nombre a seis mujeres que constituyen modelos de salvación: Salomé, María, Arsínoe, Safira, Susana y Juana.[9]

3, 1-13 Cuando Jesús abandonó a sus discípulos, ascendió "a otra estirpe de hombres, grande y sagrada". Los lectores comprenden que en modo alguno está Jesús atrapado en "la prisión de su cuerpo" y necesita ser liberado de ella, tal como algunos padres de la Iglesia del siglo II atribuían a la creencia de los herejes. En cambio, es capaz de moverse libremente entre nuestro mundo y el mundo superior.

Los discípulos se sorprenden al saber que existe una estirpe que vive en los reinos más allá de este mundo. Su ignorancia y descreimiento provocan la risa de Jesús, lo que indica al

lector que a continuación vendrá otra importante enseñanza. En este punto Jesús distingue claramente entre los niños mortales del mundo inferior y la estirpe del reino superior. La raza de ese mundo es fuerte y sagrada, y no está sometida a los ángeles o estrellas que gobiernan el mundo inferior –punto que Jesús subrayará de nuevo (véase también 9, 17-19). Por el contrario, quienes adoran a los ángeles inferiores se someten a ellos, lo que recuerda una de las enseñanzas de san Pablo en *Gálatas* 4, 8-11: «Verdad es que cuando no conocíais a Dios servíais a los que realmente no son dioses. Pero ahora, habiendo conocido a Dios, o, por mejor decir, habiendo sido conocidos por Dios, ¿cómo tornáis otra vez a esas observancias sin vigor ni suficiencia, queriendo sujetaros de nuevo a ellas? Observáis de los días, y meses, y tiempos, y años. Témome que hayan sido inútiles mis trabajos por vosotros». Aquí san Pablo censura a los cristianos de las iglesias gálatas por observar el calendario ritual, juzgándolo un sometimiento a los espíritus elementales, que se asocian con los cuerpos celestes que establece el calendario. De un modo semejante, el *Libro de la revelación* refiere la vida eterna de los creyentes puros en el Nuevo Jerusalén, donde «no necesitarán luz de lámpara o del sol, pues el Señor Dios será su luz» (*Revelación* 22, 5).

Una vez más, la reacción de los discípulos muestra que no han comprendido realmente, pues el magisterio de Jesús les molesta y ni siquiera saben cómo pedirle que aclare sus palabras.

4, 1-7 El *Evangelio de Judas* contiene el relato de dos sueños: el primero, de los doce discípulos; el segundo, de Judas. Unos y otros acuden a Jesús para comprender mejor el sentido de lo que han visto, y en ambos casos Jesús utiliza los sueños para corregir las falsas creencias y prácticas de sus discípulos. Sin embargo, el sueño de "los doce" establece un contraste con

el de Judas, pues mientras aquéllos ven la violencia e inmoralidad de la vida en este mundo, éste percibe una visión parcial del reino superior.

En su sueño, los doce discípulos ven una "gran casa". Se trata de un templo (la casa de Dios) ante el que se ofrecen sacrificios, probablemente el templo judío en Jerusalén. Doce sacerdotes se yerguen ante el altar, recibiendo ofrendas de la multitud. También perciben "un nombre". En el sueño, los discípulos se ven a sí mismos en la multitud, consagrados al altar.

4, 8-21 Jesús dirige la atención de los discípulos hacia los sacerdotes (¿o "la multitud"? La laguna podría colmarse tanto con esta palabra como con "sacerdotes", pero el sentido no estaría claro, puesto que el trabajo de los sacerdotes consiste en sacrificar, aunque es plausible que el autor quisiera que pensáramos que la muchedumbre adopta la conducta inmoral de sus líderes). A continuación los discípulos le relatan sus actos en el sueño. Resulta perturbador: sacrifican a sus propias mujeres e hijos, practican sexo ilícito, asesinato y "una multitud de pecados e injusticias". ¡Y los altares están colmados! Los lectores se enteran entonces de que "el nombre" que invocan los sacerdotes es el de Jesús.

De nuevo los discípulos permanecen callados y molestos. Jesús condena a los sacerdotes porque vergonzosamente utilizan su nombre para plantar "árboles sin fruto" –una acusación muy parecida a la que algunos cristianos se dirigían unos a otros–. Por ejemplo, en 2 *Pedro*, libro del Nuevo Testamento, el autor acusa a otros cristianos de "falsos profetas" y "maestros embusteros" que "miman su carne en lujuria depravada" y tientan a otros con "deseos licenciosos"; son "esclavos de la corrupción", "como animales irracionales", "primaveras secas", etc. El autor asegura que todos ellos serán condenados y castigados (2 *Pedro* 2, 1-22). Las acusaciones de asesinato y

relaciones homosexuales se inscriben en la idea general del pensamiento antiguo respecto a que la impiedad induce a la violencia y la inmoralidad sexual (véase, por ejemplo, *Romanos* 1, 18-32).[10] El *Apocalipsis de Pedro* llama a los cristianos que alaban la muerte de Cristo en la cruz «ciegos y sordos» (73, 13-14) (una vez más queda patente que las acusaciones de error volaban en todas direcciones).

5, 1-19 Ahora Jesús les ofrece una completa interpretación del sueño, identificando a "los doce" con los sacerdotes del altar y las ofrendas con la gente a la que llevan por el mal camino. Toda la violencia y los actos inmorales que presencian en el sueño resultan de la veneración al "dios" inferior, que utiliza el nombre de Jesús para erigirse falsamente como el Dios verdadero. Es este "dios" inferior quien exige sacrificios, pero es sólo un «ministro del error» (5, 15). Jesús exhorta a sus discípulos a abandonar este comportamiento y dejar de sacrificar a los demás y a sí mismos a este falso "dios", en la creencia de que en la resurrección "serán como ángeles" –según el *Evangelio según san Lucas*, Jesús dijo que «los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la resurrección de entre los muertos [...] ya no podrán morir otra vez, por ser iguales a los ángeles, y son hijos de Dios» (*Lucas* 20, 35-36). Jesús declara que si los hombres no cejan en este empeño, al final de los tiempos el verdadero Señor del universo los condenará a la vergüenza eterna. La mención al "final de los tiempos" constituye otro ejemplo en el que el autor recurre a la imaginería apocalíptica y la creencia en la condena final de Dios a los pecadores. Esto tendrá lugar cuando las estrellas completen su ciclo, una referencia a la enseñanza de Jesús relativa a la esfera celeste, que más tarde se hará más evidente.

En 5, 7 Jesús declara que el piadoso se adherirá a algo, pero ¿a qué? Gramaticalmente, el referente es ambiguo. Pue-

de significar que los así llamados "piadosos" se adherirán al gobernador del caos o al nombre de Jesús. En cualquier caso, está claro que quien rige el mundo engaña a los hombres en el nombre de Jesús.

6-7 Estas páginas han sufrido un serio deterioro, por lo que tenemos que especular acerca de su contenido. Un asunto de gran interés reside en la insistencia de Jesús en que cada cual tiene una estrella (una nueva referencia a las enseñanzas sobre los cuerpos celestes que Jesús aclarará más tarde en la revelación a Judas).

El final del capítulo 7 parece contener una interpretación del jardín del Paraíso descrito en el Génesis. Se menciona un árbol y una fuente de riego. Alguien (Cristo) proporciona el "agua" (¿conocimiento?) a "la generación que prevalecerá" (¿los hijos de Set?) para que la corrupción no los alcance. Puede ser una explicación a las palabras de Jesús cuando más tarde refiere a Judas que Dios ofreció el conocimiento a Adán y a los que con él estaban para que pudieran escapar al dominio de los gobernadores del mundo inferior (*Judas* 13, 16-17).

8, 1-8 Judas le pide a Jesús una interpretación del "fruto", supuestamente el fruto del Árbol del Conocimiento o Árbol de la Vida, del relato del *Génesis* acerca de los árboles del paraíso, que Jesús comenta en el capítulo 7. En respuesta a esta pregunta, Jesús vuelve a referirse a los dos linajes. Las almas de todos los hombres que pertenecen al linaje mortal perecerán con la muerte de sus cuerpos, y el Espíritu divino los abandonará. Pero aquellos que pertenecen al linaje inmortal tendrán un destino diferente: cuando sus cuerpos mueran, el Espíritu elevará sus almas a la vida eterna. Judas no parece entender las palabras de Jesús, porque vuelve a preguntar lo que ocurre a quienes no resucitan en la muerte. Aunque la respuesta de Jesús se encuentra en una sección muy dañada del manuscrito, parece responder que es posible que ellos también as-

ciendan. En primer lugar, Jesús se refiere a la parábola del sembrador (*Mateo* 13, 1-23; *Marcos* 4, 1-20; *Lucas* 8, 4-15; *Tomás* 9), señalando que aquellos a los que ha corrompido la sabiduría del mundo (véase también *Judas* 10, 4) son como semillas que caen en una roca: no se obtendrá ningún fruto. Sin embargo, a continuación Jesús habla de la "mano" que creó al ser humano para que éste *pueda* ascender al reino celestial.

Da la impresión de que el destino de cada alma depende de si se sumerge en la propia interioridad para descubrir al Espíritu o si el hombre vive de acuerdo con los estándares del mundo ("la sabiduría corruptible"). Estas ideas estaban muy extendidas en la época. Por ejemplo, Platón había planteado algo semejante en el *Fedón*, en el que Sócrates, a punto de beber la cicuta, discute con sus amigos sobre el destino del alma. Declara que, cuando el alma permanece esclava del cuerpo, dolores y placeres son como clavos que fijan la primera al segundo y la vuelven "corpórea". El resultado es que el alma «se figura que es verdadero lo que afirma el cuerpo. Pues por tener las mismas opiniones que el cuerpo y deleitarse con los mismos objetos, por fuerza adquiere, según creo, las costumbres y el mismo régimen de vida que el cuerpo, y se hace de tal calaña que nunca puede llegar al Hades en estado de pureza, sino que parte allá contaminada siempre por el cuerpo [...]. En consecuencia, privada de la existencia en común con lo divino, puro y que sólo tiene una única forma». En cambio, quienes cultivan la vida virtuosa del alma no temen la muerte del cuerpo, pues saben que ésta tan sólo los liberará para la vida inmortal con lo divino. Sócrates afirma que quienes tienen un espíritu profético aceptan su muerte con alegría, porque «se disponen a reunirse con la divinidad a la que sirven».[11] En el *Evangelio de Judas*, este destino corresponde al único discípulo con un espíritu profético susceptible de recibir la

revelación divina: Judas. Podemos asumir que todos los que aceptaron el magisterio del *Evangelio de Judas* también creían estar en el camino hacia Dios.

9, 1-5 Ahora Judas tiene una gran visión y pide a Jesús, y a los otros discípulos, que le escuchen. Jesús responde burlándose, lo que una vez más nos incita a preguntarnos qué hay de malo en la petición de Judas. Éste se muestra exaltado –una inestabilidad de carácter que los lectores acaban por asociar con "los doce"–, pero Jesús promete "sostenerlo". La metáfora insinúa que el magisterio de Jesús respalda a Judas, ayudándolo a erguirse firme y lograr la estabilidad que necesita para crecer espiritualmente.

En este momento Jesús llama a Judas "el decimotercer dios". La palabra que aquí se ha traducido como "dios" es *daimon*, que más tarde los cristianos entenderán como una entidad negativa ("demonio"). No obstante, en el pensamiento griego la palabra *daimon* se utilizaba para designar a dioses de rango inferior, o a veces la fortuna o suerte individual. En realidad, Platón escribió que todo el mundo posee un *daimon*:

> Respecto de la especie de alma que tiene en nosotros la primacía, hay que hacer la observación siguiente. El Dios nos ha obsequiado con ella a cada uno de nosotros como un genio [*daimon*] divino. Es el principio que hemos dicho habita en la parte más elevada de nuestro cuerpo. Ahora bien, nosotros podemos afirmar con toda verdad que esta alma nos eleva por encima de la Tierra, a causa de su afinidad con el cielo, ya que somos una planta celeste, de ninguna manera terrena.[12]

Consagrando la propia vida a cultivar este *daimon*, podemos alcanzar la semejanza con Dios y la inmortalidad, que constituye el gozo supremo (*eudaimonia*, literalmente, el estado del buen *daimon*). Si, por otra parte, una persona cultiva

los aspectos inferiores de su alma, dedicados a cosas mortales como la riqueza y el deseo, entonces esa persona se vuelve verdaderamente mortal.

El número trece también es significativo. Indica que Judas está fuera o al margen del grupo de "los doce". Además, como se ha señalado antes (*Judas* 2, 29), doce son los gobernadores del mundo inferior, a quienes adoran los discípulos. Por lo tanto, el número trece también insinúa que Judas ha sobrepasado a los doce regentes del mundo, lo que implica que ha escapado a su dominio.

9, 6-14 Cuando Judas relata su sueño a Jesús, el lector comprende su malestar: se ve a sí mismo lapidado y perseguido por los doce discípulos. Como otros cristianos que en su época enfrentaban la posibilidad del martirio y el sufrimiento, Judas tiene miedo.

Pero su visión no acaba aquí. Se ve a sí mismo ascendiendo al reino celestial, probablemente siguiendo a Jesús. Allí Judas ve una gran casa; en contraste con el sueño de "los doce", no es una casa terrenal lo que ve, sino el templo celestial del Dios verdadero.[13] En ella no hay sacerdotes que ofrezcan sacrificios; en cambio, se la describe como un lugar rodeado de vegetación y ancianos sabios (ϩⲛⲛⲟⲩ ⲛⲣⲱⲙⲉ, literalmente, "algunos ancianos altos y grandes"). Este lenguaje se utiliza como un título de respeto para un anciano, especialmente para una persona de notable estatus (como el uso cristiano de "presbítero"). También recuerda a la figura bíblica de Dios como "anciano" en *Daniel* 7, 9, 13, 22; y a la imagen de Dios reinando y manifestando su gloria «en presencia de sus mayores» (*Isaías* 24, 23). En este caso los ancianos aparecen como distinguidos miembros de la corte divina que circundan el templo celestial de Dios. Este templo también está habitado por una multitud (¿acaso la gran estirpe sagrada?), y Judas pide a Jesús que le deje unirse a ellos.

No sólo el contraste, también la *semejanza* entre ambos sueños (los dos templos, los dos grupos regentes y las dos muchedumbres de adoradores) es deliberada, pues este parecido alude al modo en que todo en este mundo no es sino una imitación inferior y engañosa de la verdadera realidad en el reino divino, como Jesús revelará a Judas a partir del capítulo 10.

9, 15-21 Ahora conocemos lo que Judas ha malinterpretado: aparentemente, creía que los miembros del linaje humano mortal podrían entrar en el templo celestial. Jesús corrige este error al afirmar que está reservado para los santos. Todos los que han escapado al dominio de los cuerpos celestes –el sol, la luna y el día– vivirán para siempre con los ángeles sagrados. Aparentemente, Judas creía que tras el sufrimiento y la muerte su cuerpo resucitaría. Ésta es la "enseñanza" de los errantes cuerpos celestes –las estrellas (planetas) del mundo inferior–. Pero el magisterio de Jesús le hace saber que la muerte no es algo que deba temerse.

9, 22-25 Al fin, Judas empieza a comprender el mensaje más profundo de Jesús. Le sorprende enterarse de que «[su] semilla» –esto es, todos los que pertenecen a la sagrada estirpe inmortal– es superior a los ángeles inferiores que gobiernan el mundo. Puesto que Judas y los que son como él poseen el inmortal Espíritu divino mientras que los gobernantes angélicos sólo existen durante un tiempo asignado, el aparente orden de las cosas se invierte: son los ángeles inferiores los que, de hecho, están sometidos al linaje inmortal. Esta afirmación recuerda a *Hebreos* 1-2, que declara que Cristo es superior a los ángeles, citando una versión cristianizada "revisionista" del Salmo 8 (que sentencia que el "hombre" fue hecho «poco menos que a la medida de Dios»).

Sin embargo, la iluminación de Judas se equilibra con otra profecía según la cual "lamentará hondamente" su desempeño en este mundo, pues su comprensión de la verdad acerca

del reino y la estirpe humana mortal lo inducirá a afligirse por su destino.

9, 26-30 Ahora Judas empieza a preguntarse si todo esto merece la pena, pero Jesús le consuela. Aunque él será desterrado ("será el decimotercero") y maldecido, al final prevalecerá sobre todos y ascenderá junto al linaje sagrado.

El texto del verso 30 es difícil, ya que parece que el escriba cometió algún error y agregó una o varias palabras por equivocación (señaladas entre corchetes). El texto restante sugiere que los discípulos harán daño a Judas (¿tal vez lapidarlo? Una sugerencia que Stephen Emmel me brindó en una conversación), tras lo cual ascenderá donde la estirpe sagrada.

10-14 Esta dilatada sección contiene la revelación de Jesús a Judas sobre el origen y forma del universo. Es el tema más prominente en todo el evangelio; abarca más del cuarenta por ciento del texto y absorbe el magisterio de Jesús de principio a fin. Desde el mismo principio, cuando el evangelio declara que Jesús llegó al mundo para la salvación de la humanidad, se nos dice que comunica esa salvación transmitiendo a los hombres "los misterios que se extienden más allá del mundo y cuanto sobrevendrá al final de los tiempos".

Sin embargo, los lectores contemporáneos pueden plantearse: ¿cómo podría ayudarles esa instrucción? Muchas personas con las que hemos hablado lo consideran extraño, cuando no sencillamente incomprensible. ¿Qué mensaje de valor puede contener? Los nombres y eones extraños, el raro y complejo uso de los números y las diversas partes perdidas del antiguo manuscrito hacen difícil, si no imposible, captar el mensaje subyacente. No obstante, comprender este material es esencial porque contiene respuestas a importantes preguntas del *Evangelio de Judas*: la naturaleza de Dios, el sentido de ser humano, la razón del sufrimiento y la muerte de los

hombres, el porqué de la crucifixión de Jesús y por qué Judas lo entregó, y muchas más.

Es más, esta manera de pensar no es tan difícil de comprender como pueda parecer en un principio. Por arcana que la cosmología antigua pueda parecer a los lectores contemporáneos, estamos familiarizados con el concepto básico: lo que conocemos del universo está directamente relacionado con lo que sabemos de la naturaleza humana. En el presente podemos observar este tipo de pensamiento en los debates sobre la evolución y diseño inteligente (o creacionismo).

En este caso la gente también intenta afrontar, de un modo diverso, algunos de los temas centrales que todo el mundo debe abordar en cualquier época: ¿cuál es la naturaleza de la realidad? ¿Cómo nació el mundo y la humanidad? ¿Cuál es el lugar de la humanidad en el universo? ¿Posee el universo un orden moral o todo es aleatorio? ¿Cuál es la verdad de la Biblia y la revelación, o, en realidad, de toda reivindicación religiosa?

Este debate ilustra cómo las disquisiciones acerca de la naturaleza del universo a menudo implican cuestiones religiosas y filosóficas básicas que versan sobre el conocimiento de la naturaleza humana, cómo deben vivir los hombres y cómo se relacionan con lo divino, si guardan alguna relación. No desdeñamos ninguna posición en este debate, ni la de los científicos que defienden la evolución y la genética ni la de quienes se resisten a abandonar la Biblia como ancla moral y espiritual. No obstante, hay muchos que se plantean cuál es el verdadero asunto del debate. Se preguntan por qué algunas personas religiosas se oponen a la teoría de la evolución y a la genética, pues el diseño inteligente carece de evidencia para convencerlos. Además, muchos científicos y religiosos coinciden en que la religión y la ciencia no son mutuamente excluyentes.[14] Entonces, ¿cuál es el problema? Para muchos, el tema

no es tanto lo que digan los científicos como lo que implican sus teorías –que, como señaló el papa Juan Pablo II, se considere «al cosmos el resultado de una evolución de la materia reducible a puro azar y necesidad»–.[15] El Dalai Lama añade que este tipo de filosofía materialista puede ser «una invitación al nihilismo y la pobreza espiritual».[16]

Por otra parte, muchos cristianos refutan la evolución porque atenta contra su interpretación de la Biblia y su autoridad. En su opinión, los valores fundamentales en juego no los define la ciencia sino lecturas concretas de lo que reputan una Escritura de inspiración divina. Su postura excluye todo lo que no acepte su lectura del relato del *Génesis* como un marco acreditado con el que la ciencia debe trabajar. De un modo similar, la controversia de la Iglesia con Galileo no tenía tanto que ver con su postura científica como con lo que algunos pensaban que ésta implicaba respecto a la naturaleza del ser humano y su relación con Dios. En ambos casos, la teoría científica parecía amenazar la doctrina cristiana que predica que los hombres mantienen una relación especial con la divinidad. Al dejar de ocupar el centro del universo, el hombre parece estar abocado a las maquinaciones de un azar despiadado o a la rígida necesidad.

En el *Evangelio de Judas*, Jesús predica la afinidad del hombre con Dios y cómo vivir según el orden moral del universo establecido por éste. El ser humano, afirma Jesús, posee recursos espirituales que ignora. Transmite esta doctrina explicando a Judas la naturaleza del universo –que existe otro reino más allá del mundo material, y una estirpe sagrada inmortal más allá del linaje humano mortal–. Si el hombre llega a comprender esta realidad, podrá conocer su más alta naturaleza y comprender cómo debe vivir a partir de ahora. Explica que el ser humano fue creado siguiendo la imagen divina del Primer Hombre celestial, Adamas. Para honrar esta

imagen en el hombre, Dios envió espíritus divinos a cada ser humano, y entregó a las personas el potencial de prosternarse y adorarlo. Observando en su interior, los seres humanos pueden "engendrar al perfecto humano", pueden descubrir lo divino e inmortal que hay en ellos.

A pesar de todo, las personas necesitan comprender por qué desconocen ese reino superior y su propia naturaleza espiritual. Jesús explica que aunque el hombre fue hecho a imagen y semejanza divina, sin embargo fue creado por los ángeles inferiores que Dios puso a cargo del mundo material –el reino del caos y el olvido–. Estos ángeles han engañado a la humanidad al exigirle el tributo de su adoración, pues ellos mismos están sujetos a error debido a su altanería e ignorancia. Confunden a muchas personas haciéndoles creer que son rectas cuando celebran actos aparentemente piadosos como el sacrificio, ayuno, oración y bautismo. Al perseverar en semejantes actos, estas personas se habitúan a un modo de vida y, como los doce discípulos, rechazan la crítica de Jesús, especialmente desde el momento en que –como resulta evidente a través del evangelio– seguir a Jesús no implica conquistar poder o gloria en este mundo; implica ser condenado, sufrir y morir.

Este tema –que el discipulado cristiano significa seguir a Jesús imitando su sufrimiento y muerte– no aparece por vez primera en el *Evangelio de Judas*. Ya el más antiguo de los libros del Nuevo testamento, el *Evangelio según san Marcos*, aborda este asunto, subrayando reiteradamente el mensaje de un discipulado entregado al padecimiento. Como hemos visto, muchos cristianos del siglo II entendían la muerte de los mártires de este modo. Por lo tanto, ¿cuál es la diferencia respecto a lo que dice el *Evangelio de Judas*? El autor insiste en que el Dios verdadero no desea esta muerte y sufrimiento. De hecho, Jesús ha sido enviado para demostrar que

la muerte sólo es un paso hacia la eternidad. El sufrimiento y la muerte suceden tan sólo porque los gobernadores del mundo y quienes les siguen han equivocado el camino. Sin embargo, el tiempo que les ha sido concedido llegará a su fin y serán destruidos. Ésta es la justicia del encumbrado Dios verdadero. El cuerpo carnal no resucitará a la vida eterna; la carne pertenece al mundo material que está destinado a hundirse en el caos del que emergió. Sólo los falsos "dioses" prometen que la carne corruptible devendrá inmortal. Es una mentira. Ellos y sus seguidores perecerán, junto al mundo que ahora gobiernan.

Dada esta situación, ¿cómo sobrevivirá el hombre? En el *Evangelio de Judas*, este asunto se plantea como un problema escatológico; Jesús habla de la vida y la muerte en términos de lo que ocurrirá al final de los tiempos. No sólo está en juego la supervivencia personal del hombre más allá de la muerte sino la cuestión de si existe un orden moral que rige el mundo, si la justicia prevalecerá a pesar de la violencia, la injusta opresión y la maldad que asola a los hombres. El autor del *Evangelio de Judas* afirma –contra la evidencia aparente de la muerte de Jesús y Judas y la persecución de los cristianos en su propia época– que la justicia existe y que la gloriosa vida del espíritu triunfará sobre la maldad.

Los capítulos 10 a 14 del *Evangelio de Judas* contienen el núcleo del magisterio de Jesús. Muchas de las cosas que Jesús sólo ha insinuado previamente se presentan aquí de forma más sistemática.[17] Podemos comprender mejor el pensamiento subyacente al *Evangelio de Judas* atendiendo a algunos de los presupuestos centrales que el autor asume. El autor de este texto vuelve su atención, en primer lugar, al libro bíblico del *Génesis* para responder a preguntas sobre la naturaleza humana, el orden moral y su relación con Dios. Pero así como incluso hoy muchos leen la historia sagrada en relación con

sus conocimientos científicos, del mismo modo los primitivos cristianos interpretaban el *Génesis* a la luz de la filosofía antigua y el pensamiento científico, especialmente la astronomía, así como las interpretaciones judías de la Escritura. El *Evangelio de Judas* se nutre de ideas procedentes de todas estas fuentes, como veremos. Otro presupuesto es que el mundo en que vivimos fue diseñado según el patrón de un reino de Dios perfecto y superior. Estos cristianos leían el *Génesis* con la certeza de que el relato de la creación del inframundo contiene vislumbres acerca del reino celestial, pues este mundo está hecho a semejanza de aquél. Así pues, no sólo leían el *Génesis* para saber más de la naturaleza de este mundo sino también para encontrar indicios acerca de la naturaleza del reino trascendente de Dios. En los capítulos 10-11, Jesús describe ese reino a Judas.

10, 1 Aquí se nos dice por qué el conocimiento del reino divino requiere un salvador procedente del mismo, pues Judas nunca podría entender el mundo celestial por sí mismo, tal como le dice Jesús, porque no es visible para el ojo humano. Jesús se refiere a cosas más allá del más lejano de los cielos y estrellas visibles. Como se nos dirá más tarde, podemos comprender a Dios en este mundo no examinando los cielos, como creían la mayoría de los hombres en los tiempos antiguos, sino mirando en nuestro *interior*.

10, 2 El reino celestial está más allá de toda comprensión, aun la de los ángeles. Es ilimitado, y por lo tanto no puede ser medido o cercado en modo alguno. El lector ha de imaginar una realidad superior e invisible.

10, 3-5 En este reino existe el Dios supremo, a quien Jesús llama el "gran Espíritu invisible". Esta gran deidad se encuentra más allá de toda comprensión –desconocida, incomprensible aun para el corazón, ningún nombre puede expresar realmente su esencia–. Metafóricamente, este reino es como

una nube; tiene sustancia, pero no puede aprehenderse; puede ser avistado, pero su contenido es oscuro. No obstante, también es luz: radiante, portadora de vida, esclarecedora. Éste es el Dios verdadero; el «Espíritu de Dios que se cernía sobre las aguas», descrito en *Génesis* 1, 2, es sólo un reflejo de él.

La idea de que a Dios no se le puede escuchar, ver o comprender es común en la literatura cristiana y judía (compárense *Isaías* 64, 4, y los textos de Nag Hammadi: *Oración por el apóstol Pablo* 1, 25-29; *El evangelio según Tomás* 17; *Tripartite Tractate* 54, 15-19), pero se encuentra especialmente cercana, en su contexto, al sentimiento de san Pablo, que escribe:

> Hablamos sabiduría entre los perfectos; mas una sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, destinados a perecer;
>
> sino que hablamos la sabiduría de Dios, misteriosa, que ha permanecido oculta, la cual predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra.
>
> Sabiduría que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido; que, si la hubiesen entendido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.
>
> Según está escrito: lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, lo tiene Dios preparado para aquellos que le aman (*1 Corintios* 2, 6-9).

En el *Evangelio de Judas*, es Jesús quien imparte la sabiduría secreta a Judas, una sabiduría oculta a los gobernantes de este mundo y desconocida para la humanidad. Este conocimiento revelado se compara con la "sabiduría corrompida y mortal" difundida por quienes viven sometidos a los ángeles inferiores del mundo (*Judas* 8, 7).

10, 6-20 Como en el *Génesis*, la creación comienza con la orden de Dios. El primero en existir es un gran ángel, el divino Auto-generado, o "Autoengendrado". En ciertos textos hallados en Egipto, el Autogenerado se relaciona con Cristo.[18] Aquí emerge directamente de la nube de luz. De otra nube surgen cuatro ángeles para servirle. Así se conforma el quinteto original, los cinco seres supremos en el reino divino. Como veremos, otros cinco son los supremos soberanos "del caos", incluyendo al más encumbrado, Set-Cristo. Así pues, estos cinco proporcionan el modelo para ordenar el material del mundo inferior.

A continuación, el Autogenerado crea a Adamas y nombra a una luminaria para que gobierne su reino. Se crean miríadas incontables para adorar al ser supremo y más radiantes en cada reino de luz. Este patrón es importante, pues señala que el gobierno es indispensable para el orden divino. Se ubica a cada ser en el lugar que le corresponde; el superior rige al inferior, que ha sido nombrado para atenderle y servirle. Así pues, el patrón de gobierno y servidumbre se establece no sólo como algo bueno, sino natural y divino. El universo en su conjunto fue ordenado así por exigencia de Dios, tanto el reino divino superior como el mundo inferior. El gobierno y el orden manifiestan la bondad divina.

11, 1-12 Jesús observa más de cerca la figura de Adamas. Se enfatiza su encumbrado estatus –mora en la primera nube, de naturaleza tan trascendental que ni aun los ángeles pueden discernirla–. Aquí el autor comenta irónicamente que los supuestos "dioses" de este mundo son incapaces de percibir los reinos superiores, en este caso, la "nube" luminosa de Adamas.

Éste, el modelo celestial para el humano Adán descrito en *Génesis* 5, 3, engendra a un hijo a su imagen y semejanza, Set, y con él surge un linaje inmortal. Por primera vez apare-

cen los números doce y veinticuatro, pero no está claro a qué se refieren debido al deterioro del texto. Mediante un acto de su voluntad, Adamas engendró setenta y dos luminarias. Cada una de ellas engendró a su vez cinco luminarias subsidiarias, lo que nos proporciona un total de 360.

Jesús explica que el "padre" –el origen y gobernante– de los otras son las doce luminarias y sus reinos, cada uno de los cuales consta de seis cielos, para crear un total de setenta y dos cielos para el mismo número de luminarias. Cada uno de estos cielos está formado por cinco firmamentos, lo que da un total de 360. Se les confirió autoridad sobre un ejército innumerable de ángeles, por no mencionar los espíritus virginales,[19] creados para glorificarlos y adorarlos.

¿Por qué el reiterado énfasis en los números? Según el *Evangelio de Judas*, los números son la evidencia de la verdadera naturaleza del Espíritu Invisible: reflejan la bondad divina demostrando el ordenamiento de la creación, y en el mundo inferior proporcionan evidencia visible de la existencia de Dios (para más información sobre este tema, véase la nota a 12, 5-21). Todas estas luminarias y ángeles, en su orden matemático, dan forma al mundo de luz espiritual e inmaterial. También ofrecen el modelo para la subsiguiente creación del mundo material. Como veremos, las estrellas y planetas de los cielos visibles existen como un reflejo material de la eternidad.

Por consiguiente, si se leen adecuadamente, las Escrituras revelan algo de este mundo divino. El movimiento del Espíritu en la creación, la voz de Dios ordenando existir al universo, las luminarias celestiales –como el sol, la luna y las estrellas–, cada una de las cuales rige su propia esfera, la apariencia del Adán celestial, su hijo Set (y, como veremos, Eva), junto a toda la alcurnia celestial: todos ellos pueden entenderse como los verdaderos modelos de la futura existencia del cosmos material que Jesús describe en el capítulo 12-13.

12, 1-3 Ahora Jesús introduce un nuevo tema: la creación del mundo perecedero, el cosmos. Comienza subrayando que por voluntad del Padre y sus ángeles más encumbrados el primer hombre, Adamas, acompañado de todos sus poderes mortales, se manifestó en el mundo material inferior. Este reino contenía el linaje de Adamas, junto a la nube del conocimiento y el ángel El; el mundo material los concibe como referencias a un amable paraíso terrenal que contiene (el Árbol del) Conocimiento y donde pasea El y nace el linaje de Adán. Aquí advertimos, pues, el inicio del relato de la creación del mundo inferior, pero con un claro énfasis en los elementos de su carácter divino. En oposición a otros textos cristianos como *La revelación secreta de Juan*, en la que la creación del mundo es obra de ángeles caídos que actúan contra la voluntad de Dios, aquí todo se ordena conforme al deseo divino.

12, 5-21 En este punto no está claro quién habla y crea a los ángeles del mundo inferior, tal vez el Autogenerado. Observamos cómo engendra ángeles para dominar el "caos y el olvido", el vacío informe descrito en *Génesis* 1, 2. No se nos dice de dónde proviene ese reino; simplemente está allí, siguiendo la antigua creencia de que existía una materia muerta e informe como una especie de caos oscuro antes de que Dios la imbuyera de vida y forma. Así pues, la bondad de Dios consiste en poner límites a esa esencia turbulenta y destructiva, proyectando algún tipo de luz y propósito en el oscuro vacío mediante el nombramiento de seres angélicos que lo gobiernen.

Doce ángeles nacen para regir el caos. El primero tiene un rostro de fuego, que recuerda a la luz divina, pero se asemeja al color de la sangre, mostrando así que su "luz" está corrompida; consume en lugar de iluminar. Su nombre, Nebro, también nos habla de su carácter, pues ésta palabra se interpreta como "apóstata", lo que inmediatamente nos lleva a pensar en ángeles caídos como Satanás.

A continuación llega Saklas con otros seis ángeles que lo sirven –del mismo modo que las luminarias divinas tenían ángeles para atenderlas y adorarlas–. Y por último aparecen cinco gobernantes del olvido, modelados a partir del Autogenerado y sus cuatro ángeles, que presiden el reino divino. El primero de estos ángeles inferiores tiene dos nombres: Set y Cristo.

Por extraño que parezca, esta descripción se acerca mucho a la extendida creencia antigua en la estructura de los cielos. Por ejemplo, algunos seguidores de Platón aducían que la astronomía era la única ciencia fundamental para aquellos que pretendían alcanzar la verdadera sabiduría y la piedad.[20] Los antiguos astrónomos imaginaban un universo geocéntrico en el que la tierra aparecía como una esfera estable e inmóvil, alrededor de la que giraban el sol, la luna y las estrellas. Partiendo de este supuesto, desarrollaron sofisticadas fórmulas matemáticas para representar el movimiento de los cuerpos celestes. Como los físicos y astrónomos de hoy, los matemáticos de los tiempos antiguos advirtieron que podían describir el movimiento de la luna, las estrellas y planetas, así como su relación, con números. ¿Significa esto que los números son simplemente un lenguaje eficiente para describir la materia y energía del universo? ¿O es el propio universo el que se adecua a las relaciones matemáticas? Los matemáticos desde Pitágoras a Albert Einstein han especulado acerca de que los números describen los principios del universo, incluyendo la forma y el movimiento de los cuerpos celestes.

Los antiguos científicos sostenían que el sol es predominante, ya que su movimiento determina los ciclos del día y la noche, así como las estaciones del año. También reconocían que la luminaria más próxima a la tierra, la luna, determina el patrón de los meses. Advirtieron de forma especial otras cinco estrellas que parecían desplazarse irregularmente, ya que

desde cualquier punto fijo de observación en la tierra, Júpiter, Saturno, Marte, Mercurio y Venus (Urano y el enano Plutón no eran visibles a simple vista) parecían avanzar y retroceder en sus trayectorias. Debido a esa irregularidad, los observadores antiguos a menudo llamaban a esos cuerpos "planetas", del término griego *plane[o]*, que significa "vagar" o "deambular". Sin embargo, en la época en que fue escrito el *Evangelio de Judas*, los astrónomos habían advertido que era un término inapropiado, pues observaron que las trayectorias de los planetas eran regulares, aunque opuestas a las de las estrellas. Los antiguos astrónomos distribuyeron la miríada de estrellas, que parecían desplazarse según patrones fijos, dividiendo el cielo visible en doce partes, lo que conocemos como Zodíaco. Calcularon que el año estándar constaba de 360 días, aunque esto requería ajustes ocasionales para dar cuenta de la suma de cinco días y un cuarto cada año.

De este modo, los filósofos y científicos pensaron que los números establecían principios rectores, marcaban intervalos de tiempo y trazaban fronteras en el espacio. Y a la vez que utilizaban los datos astronómicos para asuntos prácticos, como la navegación y las actividades agrícolas estacionales, también consideraban la armonía y estabilidad de los cielos como prueba del orden y propósito divinos. Los antiguos astrónomos creían que las descripciones matemáticas del cosmos demostraban que la inteligencia divina, y no el azar o la necesidad, impregnaba el universo. Un texto titulado *Epinomis*, escrito por un platónico tardío, llegaba a definir los números como «la causa de todas las cosas buenas».[21]

El autor del *Evangelio de Judas* también se basa en los números para demostrar el ordenamiento de la creación de Dios. Utiliza las relaciones numéricas del mundo celestial para establecer el patrón para la creación de nuestro cosmos inferior con sus doce meses, su zodíaco celeste, y el año de 360 días. Juz-

gando a partir de sus descripciones y números, probablemente podemos asociar a estos seres con el Sol (Nebro, con su rostro de fuego), la semana de siete días (Saklas y sus seis sirvientes), el Zodíaco (doce potestades, cada una de las cuales gobierna una porción de cielo) y los cinco planetas (dispuestos en el caos). El autor del *Evangelio de Judas* asume la correlación entre nuestro cosmos y estos números celestes para demostrar no sólo que existe un mundo superior, sino que el propósito divino impregna el mundo en que vivimos.

Esta postura también se confirma por el modo en que el autor del *Evangelio de Judas* interpreta el relato de la creación en el Génesis. Según el *Génesis* 1, 3-8, Dios creó la luz, separando la noche y el día, y creó el firmamento del cielo para dividir el arriba y el abajo. Creó el Sol, la Luna y las estrellas y las estableció como indicadores de las estaciones, los días y los años, y para regir el día y la noche. Cuando concluyó, «Dios vio que aquello era bueno» (*Génesis* 1, 14-18). De este modo, el *Evangelio de Judas* muestra que el Dios verdadero es en última instancia responsable de todo el universo, tanto de los cielos superiores como del mundo inferior. Nuestro mundo es la continuación de la creación divina del mundo superior.

Debido a esta alta consideración atribuida a los cuerpos celestes, muchos pueblos de la antigua cultura mediterránea consideraron que las estrellas eran seres vivos e incluso divinos y que conducidas por dioses o imágenes de dioses. Ofrecían sacrificios y consagraban festivales a estas deidades astrales, y reverenciaban especialmente al Sol.

Puesto que el *Evangelio de Judas* identifica a los gobernadores del mundo inferior con los cuerpos celestes, acusa a los discípulos de Jesús de adorar a las divinidades astrales al "sacrificar" a Jesús y los mártires a Saklas. «Deneted los sacrificios», les ordena Jesús.

Este autor no se encuentra solo a la hora de denunciar la ciencia de la astronomía y la reverencia popular a estrellas y planetas, pues ciertos filósofos, así como muchos judíos y cristianos, también lo hicieron. Plutarco, por ejemplo, declaró que muchos hombres rechazaban a los astrónomos porque «erosionaban a la divinidad con causas irracionales, fuerzas imprevistas y acontecimientos necesarios».[22] Platón había señalado que la filosofía natural conduce al ateísmo, porque sugiere que «el mundo se realizó sin intervención alguna de la inteligencia, como tampoco de ningún dios ni del arte, sino por la naturaleza y el azar.»[23] Los judíos y cristianos que confiaban en el *Génesis*, que describe el Sol, la Luna, las plantas y estrellas como fenómenos naturales creados por Dios, opusieron la idea de que las estrellas eran dioses vivos. En cambio, muchos judíos insistían en que el Dios verdadero había creado todos estos cuerpos celestes y designado ángeles para dominarlos. Los cristianos lo atribuían todo a la providencia divina y al libre albedrío, por lo que cuando los fenómenos celestes aparecían como señales, sólo indicaban lo que Dios quería mostrar a través de los mismos: que el propósito de Dios se manifestaba en la vida de Jesús, como cuando se dijo que una estrella especialmente brillante guió a los Reyes Magos al nacimiento del Niño o que un eclipse de sol tuvo lugar a su muerte, o cuando los cristianos profetizaban las alteraciones en los cielos que anunciarían su regreso.[24] Creían que los astrólogos fracasaron a la hora de comprender que Dios regía esas señales celestes, como afirmaba el padre de la Iglesia Orígenes, que dijo que «el determinismo presupuesto por la astrología vaciaría de sentido la redención de Cristo, los esfuerzos de los apóstoles, el sufrimiento humano, la oración, y volvería a Dios injusto».[25]

El autor del *Evangelio de Judas* está de acuerdo. El movimiento de los cuerpos celestes sigue el plan divino: las es-

trellas lo llevarán todo a su término (*Judas* 14, 2-5). Sin embargo, al mismo tiempo las estrellas pueden equivocar a la gente. Jesús alude dos veces a la estrella de Judas, de un modo aparentemente contradictorio: «Tu estrella te ha perdido», dice, cuando Jesús interpreta erróneamente su sueño acerca del Templo celestial (*Judas* 9, 15). Pero más tarde dice a Judas: «Y la estrella que guía el camino es tu estrella» (*Judas* 15, 16). Por contradictorio que parezca, observamos uno de los principales puntos de partida del *Evangelio de Judas*: que los cuerpos celestes fueron creados por Dios, pero sin embargo pueden extraviarse y errar. ¿De dónde procede esta idea?

En parte viene de la observación de los planetas, que parecen "errar" en su trayectoria. Pero la respuesta más exacta en relación con el *Evangelio de Judas* es que, aunque los ángeles a cargo del mundo fueron creados y designados por Dios, son seres deficientes, porque comparten la naturaleza del mundo inferior que gobiernan. A diferencia de los ángeles en el cielo superior, estos seres son mortales. También tienen otras limitaciones: Dios pone un plazo a su reinado, y les permite sólo una comprensión limitada, pues, como hemos visto, también pueden equivocarse y perder a la gente.

Este retrato de los gobernantes angélicos del mundo debe mucho al pensamiento que encontramos en la literatura apocalíptica judía, parte de la cual fue escrita posteriormente a los libros de la Biblia hebrea, pero antes del inicio del cristianismo. Por ejemplo, un libro atribuido al gran profeta Enoch describe cómo Uriel, un ángel que en el cielo tiene «el poder sobre el día y la noche, para originar la luz que brilla sobre los hombres, Sol, Luna y estrellas, y todos los principados del cielo que giran en sus (respectivas) trayectorias» (*1 Enoch*, 82)[26] le reveló el cómputo exacto de las eras y estaciones. Uriel explica que Dios designó a líderes y capitanes angélicos para

cada una de las cuatro estaciones, los doce meses y los 360 días, junto a los nombres, órdenes y subordinados de estos capitanes. Como en el *Evangelio de Judas*, estos ángeles son imperfectos; a veces se confunden y arrastran a la humanidad al error:

> Muchos de los caudillos de las estrellas cometerán errores respecto a las órdenes que se les impartieron; cambiarán su trayectoria y funciones y no aparecerán en las estaciones que les habían sido designadas. Todas las leyes de las estrellas se endurecerán contra los pecadores y la conciencia de los que moran en la tierra. Ellas [las estrellas] los perderán [a los pecadores]; y modificarán sus trayectorias. Entonces ellos [los pecadores] se equivocarán y las tomarán (a las estrellas) por dioses. El mal se multiplicará sobre ellos; y las calamidades sobrevendrán hasta su aniquilación (*1 Enoch*, 80, 6-8).

1 Enoch nos enseña que los ángeles errantes pueden desencadenar la violencia y la falsa adoración entre los hombres. Ésta es la naturaleza de los ángeles que Dios designa para gobernar el mundo en el *Evangelio de Judas*. Jesús refiere a Judas cómo Dios trajo el orden al mundo material inferior sometiéndolo al gobierno de los ángeles inferiores por un tiempo limitado.

13, 1-7 Aquí nos enteramos de que Saklas y sus ángeles crearon el mundo. Formaron a Adán y Eva a imagen y semejanza del mundo divino superior. Pero como estos ángeles imperfectos son los "dioses" que les dieron forma, la humanidad vive sometida a ellos y comparte su carácter defectuoso y su naturaleza mortal. La gente no sólo es capaz de error y maldad; la duración de su vida también es limitada, pues Saklas les dijo: «Vuestra vida y la de vuestros hijos (sólo) durará una

estación». Da la impresión de que la porción de texto que se ha perdido en 13: 6 contiene la orden de Saklas de no comer del árbol del paraíso, siguiendo las historia del *Génesis* 2, 15-17 y 3, 1-24. Ahí Dios pide a Adán que no coma del Árbol del Conocimiento del bien y del mal, pero cuando Adán y Eva lo hacen, los expulsa del Paraíso por miedo a que comieran del Árbol de la Vida y vivieran para siempre. La consecuencia en el *Evangelio de Judas* y en el *Génesis* es la misma: toda la humanidad ha sido sentenciada a una vida efímera.

Puede parecer que esta lectura del *Génesis* entra en conflicto con el sentido literal del texto, pero soluciona muchos problemas que tenían los antiguos lectores, y se adecua a los más elevados estándares filosóficos de su época. Los cristianos y judíos de ese período se enfrentaban respecto a ciertos asuntos planteados por el *Génesis*, especialmente el retrato de Dios como un ser limitado que "camina en el jardín con el frescor del día" y pregunta a Adán y Eva dónde se encuentran, como si no lo supiera. También tienen que dar cuenta del plural en el *Génesis* 1, 26, donde Dios dice: «*Hagamos* al hombre a imagen y semejanza *nuestra*». ¿Quién es ese "nosotros" si sólo existe un Dios verdadero? El autor del *Evangelio de Judas* soluciona estos problemas proponiendo como creador a Saklas y su hueste angélica.

Además, el *Evangelio de Judas* bebe del pensamiento de Platón y sus seguidores. Ofreciendo su propia versión del relato de la creación, Platón sugirió que el Dios trascendental delegó la tarea de formar el mundo material a un creador de rango inferior llamado Demiurgo, asistido por "los dioses jóvenes" que estaban con él. Al crear este mundo tuvieron presente el eterno reino espiritual y estamparon su forma en la materia caótica en la que tenían que trabajar, proporcionando orden y belleza a cuanto habían hecho. Las almas inmortales

de los hombres originariamente residían en las estrellas, un punto estratégico desde el que podían comprender todo el cosmos, pero cuando los dioses inferiores las encerraron en cuerpos humanos, olvidaron todo cuanto habían aprendido antes. Platón relata esta historia a sus alumnos para enseñarles la finalidad de la vida humana: recordar la verdad sobre nosotros mismos y nuestro origen para que cuando la muerte libere al alma justa de la prisión del cuerpo, ésta pueda retornar a las estrellas inmortales y recuperar el conocimiento del universo que otrora tuvo; la memoria que cae en el olvido cuando nacemos en este mundo.[27]

El *Evangelio de Judas* –y en realidad buena parte de las ideas cristianas sobre el universo– descansa poderosamente en la filosofía de Platón y sus seguidores. Muchos cristianos aceptaron la visión dualista según la cual los seres humanos son almas que residen en cuerpos físicos. Al igual que Platón, consideraban a Dios como un ser trascendental muy alejado del mundo material del caos y la muerte, un ser que delegaba el contacto con el mundo material en los ángeles inferiores.

13, 8-10 Tan pronto como Jesús revela que Saklas ha limitado la duración de la vida humana, inmediatamente Judas quiere saber cuánto puede vivir un hombre. Pero una vez más Jesús le reprende: «¿Por qué te sorprende que aquí se cuente la duración de la vida de Adán? En este lugar recibió su reino, junto a su gobernante, por un tiempo (limitado)». Una vez más, Judas sigue sin comprender que todo lo que vive en el mundo inferior está condenado a morir hasta el final de los tiempos. La duración de la vida de Adán y su linaje está limitada en la tierra. Dios designó a Adán (y sus hijos) para gobernar este mundo («En este lugar recibió su reino»), siguiendo al *Génesis* 1, 28, en el que Dios otorga a Adán el dominio sobre la tierra y cuanto en ella vive. No obstante, Dios señala a

Judas que este lugar también tiene un gobernante, Saklas, pues según el *Génesis* 1, 16-18, Dios entregó el gobierno de los cielos a luminarias celestes. Así pues, tanto la duración de la vida del ser humano como su dominio sobre la tierra ha sido *contado* (se le ha fijado un período determinado). Al aludir a la duración de la vida de Adán y su reinado, el autor subraya una vez más que todo cuanto ocurre sigue un cálculo matemático establecido por el Dios verdadero, incluso en el mundo del caos y el olvido, ya que todo número y ordenamiento procede de la auténtica divinidad. En este caso, los números establecen límites a la duración de la vida del hombre y a su reinado sobre la tierra. Jesús aclara a Judas que ese reinado no será permanente sino temporal, lo que no debería ser una sorpresa para este último, habida cuenta de las revelaciones sobre el origen del mundo.

13, 11-17 La siguiente pregunta de Judas: «¿Muere el espíritu humano?» manifiesta que está empezando a comprender. El cuerpo morirá y el mundo perecerá, pero el espíritu no pertenece a este mundo corruptible, sino al mundo superior. ¿Qué le ocurrirá al final de los tiempos? El espíritu divino no puede morir, pero el *Evangelio de Judas* asume la muerte del cuerpo físico y su finalidad. Aún más, predica que incluso las almas son mortales si no se unen a espíritus inmortales. Jesús ya ha explicado a Judas que las almas que sólo pertenezcan al linaje humano perecerán (8, 2). Pero aquí Judas pregunta por el espíritu, no por el alma o el cuerpo. La respuesta de Jesús es compleja. Dice que Jesús ordenó al arcángel san Miguel que infundiera espíritus sólo en seres humanos, para que adoraran a Dios por el tiempo asignado a su reinado (con su gobernante). Pero cuando el tiempo se acabe, su adoración tocará a su fin y morirán (cuerpo y alma). Sin embargo, dice Jesús que otros reciben un espíritu de otro ángel, Gabriel, de modo que al morir sus cuerpos, su alma permanece viva y asciende

al reino celestial. Éstos reciben espíritus del gran linaje irreductible, es decir, espíritus del reino superior, que los gobernantes del caos no pueden sojuzgar. Aquellos que posean espíritus inmortales morarán para siempre en el lugar sagrado reservado para ellos (8, 3-4; 13, 12-13). Por lo tanto, al final, las almas de quienes veneran a los gobernadores angélicos del mundo inferior perecerán con ellos, mientras que las almas de quienes aspiran al mundo superior permanecen unidas al Espíritu y ascienden para unirse a la estirpe sagrada en las alturas.

Aunque a lo largo del *Evangelio de Judas* Jesús habla de *dos* linajes –el mortal y el inmortal–, dando la impresión de que los hombres están predestinados para la muerte o la vida eterna, ésta no es una lectura acertada de este texto. Lo que advertimos son, más bien, dos perspectivas interrelacionadas. Desde el punto de vista del juicio final al fin de los tiempos, los seres humanos pueden dividirse en estos dos grupos. Como explica Jesús, todas las personas han recibido espíritus divinos, pero algunas los tienen "prestados", mientras que otras poseen espíritus del "gran linaje irreductible". Aunque esto pueda parecer determinista, continúa pidiendo a las almas que busquen su espíritu interior. Los seres humanos, refiere Jesús, son quienes provocan que el espíritu habite en la carne, pues Dios proporcionó a la humanidad (Adán y su descendencia) el conocimiento que necesitaba para escapar del dominio de lo gobernadores del mundo. Por lo tanto, Jesús aclara que todos han sido creados a imagen del divino Adamas, y que todos poseen un espíritu que procede de Dios. Perder el espíritu divino al morir o ascender al reino eterno depende de los actos que se realicen en esta vida. Si las personas indagan en su interior y descubren su espíritu, prevalecen sobre el gobierno de los ángeles inferiores y, al morir su cuerpo físico, sus almas viven con el espíritu inmortal

concedido por Dios. Sin embargo, si niegan el magisterio de Jesús y persisten en su falsa piedad siguiendo el camino violento de los gobernantes del mundo, en la muerte fenecerán enteramente, en cuerpo y alma, y sus espíritus los abandonarán para regresar a Dios. Así pues, desde la perspectiva del presente, la salvación es una posibilidad para todos. La verdadera naturaleza de los individuos –su pertenencia al linaje humano mortal o al gran linaje invicto– sólo se evidenciará al final.

14, 1-18 Cuando llegue el tiempo señalado, dice Jesús, las estrellas errantes y los gobernadores planetarios serán destruidos, junto a todo lo que han creado, como ha sido profetizado. Todos los hombres que los siguen caerán en un caos moral, asesinarán a sus propios hijos y cometerán violencia y trasgresiones sexuales (*Judas* 14, 2-7; 14, 16). Éstas son las señales del fin (véase también *Judas* 5, 8-16).

Muchos otros cristianos, tanto entonces como ahora, comparten la convicción de que el final de los tiempos será una era de violenta destrucción. En palabras del *Evangelio según san Marcos*, las señales del fin aparecerán cuando los seres humanos adviertan que el orden de la creación se ha invertido: «Y pasados aquellos días de tribulación, el Sol se oscurecerá, y la Luna no alumbrará. Y las estrellas del cielo caerán, y las potestades que hay en los cielos se bambolearán» (*Marcos* 13, 24-25), 1 Juan declara que «el mundo todo está poseído por el mal espíritu» (5, 19), y la más extensa profecía apocalíptica del Nuevo Testamento, en el *Libro de la revelación*, predice una gran guerra en el cielo antes de la destrucción final del mundo. Satanás y sus ángeles dominan temporalmente el mundo, y son ellos quienes inducen a los gobernantes a matar a Jesús y perseguir a sus seguidores. San Juan, el profeta de la *Revelación*, asume señales astrológicas como augurios del plan divino.[28] La *Revelación de san Juan*, como el *Evan-*

gelio de Judas, describe a Jesús refiriendo que el mundo presente está a punto de ser destruido, junto a quienes adoran a las fuerzas demoníacas que detentan el poder. Todos estos "libros de la revelación" coinciden en que, al final, sólo los creyentes se salvarán. El *Evangelio según san Marcos* declara que el Hijo el Hombre «enviará luego sus ángeles, y congregará a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde el último cabo de la tierra hasta la extremidad del cielo» (*Marcos* 13, 27). 1 Juan insiste en que «el Hijo de Dios nos ha dado discreción para conocer al verdadero Dios, y para estar en su Hijo verdadero» (*1 Juan* 5, 20-21). En *Revelación* sólo los creyentes conquistan la vida eterna en la nueva creación, una Jerusalén celeste que desciende del cielo (*Revelación* 21), mientras que los no creyentes son condenados al castigo eterno en un lago de fuego (*Revelación* 20, 15).

El *Evangelio de Judas* expresa la misma convicción, predicando que este mundo no durará mucho y que todos los que en la tierra ignoren el magisterio de Jesús perecerán. Cuando Jesús vuelve a reír nos enteramos de que las estrellas y planetas que gobiernan los cielos y el reino inferior del caos serán destruidos junto a todo lo que han creado (*Judas* 14-16).

Judas pregunta por los que han sido bautizados en su nombre, pero por desgracia la respuesta de Jesús se ha perdido por el deterioro del texto. Sin embargo, podemos especular acerca de que su respuesta pudo asemejarse a que podemos leer en el *Testimonio de la verdad*: «Hay algunos que al entrar en la fe reciben el bautismo debido a que lo consideran una esperanza de salvación... [pero] el Hijo del Hombre no bautizó a ninguno de sus discípulos. Pues [... si aquellos que] han sido bautizados estuvieran llamados a la vida, el mundo se despoblaría [...]. Pero el bautismo de la verdad es algo más; se llega a él mediante la renuncia del mundo. [Aquellos] que con la [mera] lengua dicen renunciar a él [mienten], y llegan

al [lugar] del miedo» (*Testimonio de la verdad* 69, 7-29). Ningún acto piadoso procura la salvación; tan sólo apartarse del "mundo" y sus gobernadores y acudir al Dios supremo.

Se dice a Judas que su «estrella regirá el decimotercer reino» (*Judas* 14, 11). Algunos estudiosos han interpretado esto en el sentido de que Judas superará a los doce caudillos del mundo y morará en un reino superior, pero no en el reino del Templo celestial. Obviamente, el número trece indica que Judas y quienes siguen su estrella vencerán el dominio de los gobernadores del mundo y escaparán de la destrucción. Sin embargo, no parece que este decimotercer reino constituya el descanso final de Judas, pues Jesús predica inequívocamente que aquellos que pertenecen al sagrado linaje inmortal morarán en los reinos divinos superiores. El pasaje clave está más abajo, en 15, 12-13.

15, 1-4 Este pasaje profetiza la destrucción de todos aquellos que ofrecen sacrifico a Saklas. Judas prevalecerá sobre todos ellos cuando «sacrifique al hombre que sostiene a [Jesús]». Como señalamos anteriormente, este sacrificio ha de interpretarse como una demostración de que la verdadera naturaleza espiritual de la humanidad no reside en la carne ni puede ser vencida por la muerte. Por lo tanto, aunque "el hombre" que sostiene a Jesús es carne mortal que realmente sufrió y murió, ese ser humano mortal nunca fue la realidad última de Jesús, que en esencia es un ser divino espiritual –como el resto de los hombres que poseen un Espíritu inmortal–. Aunque es un tanto especulativo, en nuestra opinión el *Evangelio de Judas* parece querer decir que Jesús representa la verdadera naturaleza de todos los seres humanos que adoran al Dios verdadero: sus cuerpos carnales son reales; sufren y mueren; pero al mismo tiempo, su verdadera naturaleza consiste en un alma imbuida de espíritu, que vivirá por siempre con Dios. Podemos llamar a esto una especie de "docetismo" (de la pa-

labra griega *dokeo*, "parecer", la postura que afirmaba que Jesús sólo *parecía* tener un cuerpo físico de carne y hueso, que en realidad era sólo una apariencia), pero con la poderosa salvedad de que el cuerpo humano es real y en verdad sufre y muere. No es una aparición, simplemente es mortal.

15, 5-13 Aquí se nos presentan imágenes de Judas como el profeta de los últimos tiempos. Imágenes de un cuerno alzado y listo para emitir su sonido, de ira, augurios sidéreos y la victoria del corazón –todos ellos señales comunes del final de los tiempos–. La entrega de Jesús por parte de Judas es el principio del fin, de la caída de la humanidad en el caos moral. Quizá el autor del *Evangelio de Judas* creía que estaba viviendo los últimos días y consideraba como señales del fin la muerte de los cristianos a manos de los romanos y la condena que los que pensaban como él sufrían por parte de los cristianos que ofrecían sacrificios a Saklas (a través de la muerte de los mártires), como hemos visto anteriormente.

No obstante, una vez más Jesús declara que después de que se complete la destrucción final, el lugar donde mora el gran linaje de Adán –acaso el decimotercer reino– será ensalzado. Como ese linaje existía antes de que fueran creados la tierra y los ángeles y cielos inferiores, los miembros del linaje de Adán escaparán a la destrucción y se elevarán al reino superior.

15, 14-20 Finalmente, Judas comprende el significado completo del magisterio de Jesús. «Todo te ha sido revelado», le dice Jesús. Le ordena a Judas que alce la vista; ya no necesita apartarla como había hecho al principio del evangelio. Ahora Judas es capaz de percibir el divino reino superior. Contempla las estrellas –estas "estrellas" tal vez son los espíritus luminosos que cada ser humano recibe al nacer– que ahora viven en la nube luminosa. ¿Cómo es que la estrella de Judas muestra el camino? Es así porque él es capaz de in-

gresar en la nube luminosa; no sólo la percibe. La escena muestra que aunque el hombre vive preso de su cuerpo, es posible conocer a Dios.

16, 1-9 La escena final del *Evangelio de Judas* representa el momento del relato, como en el *Evangelio según san Juan*, en que Jesús le pide a Judas que se marche y haga lo que tenga que hacer, como ha señalado Stephen Emmel.[29] Jesús (¿con sus discípulos?) ha entrado en la "habitación de invitados" del templo, que representa la habitación de la casa donde Jesús prepara la Pascua en otros evangelios (la misma palabra, *kataluma*, aparece en *Evangelio según san Marcos* 14, 14, y en *Lucas* 22, 11). Algunos escribas lo esperan fuera, confiando en apartarlo de la muchedumbre que le sigue (como hace Judas según *Lucas* 22, 6) y lo considera un profeta sagrado. Judas también permanece fuera y los escribas se acercan a él; lo reconocen como uno de los íntimos seguidores de Jesús. A continuación toma el dinero y le entrega. El evangelio concluye.

Los lectores cristianos del siglo II seguramente sabían cómo continuaba la historia: el arresto y juicio de Jesús, su muerte y resurrección de entre los muertos, y su ulterior ascenso al cielo. Para el *Evangelio de Judas*, no obstante, ya se ha dicho todo lo esencial, pues es el magisterio de Jesús, y no su muerte o resurrección, el que trae la vida eterna. Se limitan a demostrar la verdad que transmitió a Judas; que aunque el cuerpo perece, el espíritu vive en Dios.

Cuando se publicó el *Evangelio de Judas*, los periódicos y otros medios de comunicación anunciaron que socavaría el antisemitismo cristiano al rehabilitar a Judas (cuyo nombre se relaciona con la palabra *judío*). Al dejar de ser traidores a Cristo, los judíos se verían al fin liberados de esa calumnia. Pero aunque este texto ofrece una imagen positiva del acto de entregar a Jesús por parte de Judas, también presenta a los

sacerdotes y escribas judíos como aquellos que esperaban apresarlo. No hay indicio alguno de que los romanos –que realmente mataron a Jesús– desempeñaran ningún papel. Toda la culpa recae exclusivamente sobre los judíos: los escribas que pagan a Judas para que entregue a Jesús e incluso sus propios discípulos, a los que se representa como asesinos y pecadores en el altar del templo de Jerusalén. Este final no ofrece una redención a las relaciones judeocristianas, pero hace una llamada a reconsiderar cómo el retrato de Judas (en gran medida sin rigor histórico) en los evangelios y otras fuentes de la historia evangélica debe ser corregido.[30] Tanto si se acepta o rechaza el contenido del *Evangelio de Judas*, hay que examinarlo en términos de lo que podemos aprender sobre la situación histórica de los cristianos que lo escribieron y leyeron: su ira, sus prejuicios, sus temores, y también sus esperanzas.

ÍNDICE DE REFERENCIAS CRUZADAS

Cuando el *Evangelio de Judas* se estudió por primera vez, los expertos lo numeraron según la orden de la página y línea del manuscrito (el Códice de Tchacos). Como este texto comienza en la página 33 y concluye en la 58, el primer número era el 33. Aunque esta numeración es útil para los expertos que leen el manuscrito copto, resulta confusa para el lector común, pues no sigue la forma literaria del evangelio; de hecho, las páginas pueden acabar y empezar incluso en mitad de una frase. Por lo tanto, he elaborado un nuevo sistema de numeración en capítulos y versículos que se adapten a la estructura literaria del texto. No obstante, es una tarea complicada en los pasajes perdidos; en estos casos simplemente he añadido el número del capítulo para señalar la pérdida de muchas líneas. Para quienes deseen cotejar la traducción que aquí se ofrece con el manuscrito copto, el siguiente índice puede usarse como guía.

Numeración del manuscrito del Códice de Tchacos	Traducción inglesa
33	1, 1 - 2, 2a
34	2, 2b - 2, 15a
35	2, 15b - 2, 28

36	2, 29 - 3, 7
37	3, 8 - 4, 4
38	4, 5 - 4, 15
39	4, 16 - 5, 4
40	5, 4 - 5, 16
41	5, 17 - 6 ?
42	6 ? - 7 ?
43	7 ? - 8, 6
44	8, 6 - 9, 8
45	9, 8 - 9, 20
46	9, 21 - 9, 30
47	9, 30 - 10, 10
48	10, 10 - 10, 23
49	10, 23 -11, 10
50	11, 10 - 12, 3
51	12, 3 -12, 14
52	12, 14 - 13, 6
53	13, 6 - 13, 14
54	13, 14 - 14, 7
55	14, 8 - 14, 18
56	14, 18 - 15, 8
57	15, 9 - 15, 20
58	15, 20 - 16, 10

NOTAS

Introducción

1. Para más información acerca del descubrimiento y restauración del códice de Tchacos, véase *The Gospel of Judas*, de Rodolphe Kasser, Marvin Meyer y Gregor Wurst, compiladores, Washington DC, National Geographic, 2006, esp. Págs. 11-16, 47-76; Herbert Krosney, *The Lost Gospel: The Quest for the Gospel of Judas Iscariot*, Washington DC, National Geographic, 2006.
2. Ireneo, *Contra las herejías*, I.31.1. Todas las referencias a *Contra las herejías* pertenecen a la edición crítica de Adelin Rousseau y Louis Doutreleau, Irene de Lyon, *Contre les heresies*, 5 vols., París, Les Éditions de Cerf, 1979; traducción inglesa (con modificaciones parciales) de A. Cleveland Coxe, *The Apostolic Fathers with Justin Martyr and Irenaeus*, vol. I de *The Ante-Nicene Fathers*www.earlychristianwritings.com.

   El *Evangelio de Judas* también se menciona en el *Panarion*, 38.I.5, de Epiphanius, pero su crónica probablemente se basa en Ireneo. Véase la discusión sobre el *Evangelio de Judas* en Wilhelm Schneemelcher, compilador, *New Testament Apocrypha, Vol. 1: Gospels and Related Writings*, Louisville, KY, Westminster/John Knox Press, 1991, págs. 386-387. Gregor Wurst aduce el convincente argumento de que el recientemente descubierto *Evangelio de Judas* es una traducción copta del original griego mencionado por Ireneo (véase «Irenaeus of Lyon and the Gospel of Judas», en *The Gospel of Judas*, Rodolphe Kasser, Marvin Meyer y Gregor Wurst, comps., Washington DC, National Geographic, 2006, págs. 121-135).
3. Para la historia de este descubrimiento y una recopilación de estos trabajos en traducción inglesa, véase *The Nag Hammadi Library in English*, James M. Robinson y Richard Smith, comps., 3ª ed., San Francisco, Harper and Row, 1988.
4. Me limitaré a un único ejemplo. Un estudioso escribe que «Judas era el único capaz de ejecutar lo que quería Jesús: entregarlo a las autoridades para que pudiera ser muerto y escapar a la trampa efímera de su cuerpo mortal» (Bart Ehrman, *The Lost Gospel of Judas Iscariot: A New Look at Betrayer and Betrayed*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, pág. 172). Esta afirmación presu-

pone que los gnósticos odiaban el cuerpo y el mundo y los consideraban origen del mal; así pues, supuestamente el Salvador advino para liberar al pueblo de la prisión del cuerpo, pero él mismo quedó atrapado y requirió los servicios de alguien que pudiera liberarlo (una opinión a la que a menudo se alude como "el Salvador salvado"). En este caso fue Jesús quien supuestamente salvó al preso Jesús. Sin embargo, según el *Evangelio de Judas*, Jesús nunca fue reo de su cuerpo mortal. El autor refiere que al menos una vez durante su ministerio abandonó a sus discípulos y se marchó para visitar el mundo celeste y que no sólo Jesús sino Judas también fue capaz de divisar ese mundo supraterrenal e ingresar en él antes de que cualquiera de los dos fuera asesinado. Entonces, ¿cuál es el objeto de la traición si no es la susodicha redención gnóstica del cuerpo? Para el *Evangelio de Judas*, su finalidad es que la gloriosa vida del espíritu trasciende el sufrimiento y la violencia de este mundo convulso, y que es posible vivir esa vida aquí y ahora. El *Evangelio de Judas* nos enseña la verdadera naturaleza de Dios y el mundo, lo que significa ser completamente humano, completamente divino. Imponer el mito del redentor gnóstico al *Evangelio de Judas* distorsiona el texto y enturbia los intentos por comprender lo que está en juego en su presentación de Jesús y Judas.

Podrían ofrecerse múltiples ejemplos de este tipo de distorsión (por ejemplo, al afirmar que el Salvador acude para salvar "la chispa divina" que pertenece por naturaleza a un selecto grupo de personas, sin distinción de su vida moral; o que la salvación se produce a través de la gnosis, etc.), basadas en parte en el método del autor. Argumenta que es lícito inferir conclusiones que no están en el texto, bajo la suposición de que el autor y sus lectores presuponían esas ideas (véanse págs. 101-102). Para una historia más extensa de la invención del gnosticismo, véase Karen L. King, *What is Gnosticism?*, Cambridge, Massachusetts, Belknap Press, 2003.

5. Véase la excelente exposición del *Evangelio de Judas* por Eduard Iricinschi, Lance Jenott, Philippa Townsend, «The Betrayer's Gospel», en *The New York Review of Books*, vol. 53, número 10, 8 de junio de 2006. Los autores proponen que el retrato de los discípulos es «una crítica a la aprobación de los obispos al martirio y la subsiguiente aceptación de la ejecución promulgada por las autoridades romanas por parte de los antiguos cristianos. Aparentemente, el autor de el *Evangelio de Judas* considera el martirio como un vano sacrificio y censura a los líderes religiosos por conducir a sus congregaciones como ovejas al matadero».
6. Nuestro sincero agradecimiento a Chris Wilbur por su aportación (foro de la Iglesia de Nuestro Salvador, Arlington, Massachusetts, 11 de junio de 2006).
7. Véase Tertuliano, *On Fleeing Persecution*, 3, 6, traducción inglesa disponible en www.earlychristianwritings.com/Tertullian/html.
8. Estos nuevos trabajos no sólo incluyen el *Evangelio de Judas* y otro reciente descubrimiento titulado *El extraño* (Allogenes), del códice de Tchacos, sino también escritos del códice de Nag Hammadi, el códice de Berlín, el Evangelio del Salvador y otros. Para la traducción inglesa de muchos de estos textos, véan-

se *The Nag Hammadi Library in English*, James M. Robinson y Richard Smith, comps., San Francisco, Harper and Row, 1988; Robert J. Millar, comp., *The Complete Gospels*, Santa Rosa, California, Polebridge Press, 1992; Bentley Layton, *The Gnostic Scriptures*, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1987; Charles W. Hedrick y Paul A. Mirecki, *Evangelio del Salvador*, Santa Rosa, California, Polebridge Press, 1999.

9. Este retrato está extraído del excelente trabajo reciente sobre el cristianismo en Roma de Peter Lampe, *From Paul to Valentinus: Christians at Rome in the First Two Centuries*, Minneapolis, Minnesota, Fortress Press, 2003.

1. Judas: ¿traidor o discípulo de confianza?

1. Todas las citas de la Biblia están tomadas de la *New Revised Standard Version*. (N. del T.): para la traducción castellana se utilizará la versión revisada de Herder.
2. *Contra las herejías* 3.II.9.
3. *Contra las herejías* 3.II.8.
4. Otros frentes, porque no sólo hubo dos, sino múltiples puntos de vista. Los textos de Ireneo pretenden transmitir la impresión de que sólo había dos frentes en el debate; el correcto frente a los errados. Sin embargo, los historiadores actuales son conscientes de que las ideas que llegaron a conformar la "ortodoxia" también contienen muchas perspectivas y diferencias de opinión. Pero eran diferencias que, en cierto sentido, "no marcaban la diferencia" o bien los teólogos lograban reconciliar las diversas opiniones o las diferencias se concebían como insignificantes.
5. Para más información acerca de los puntos de vista de las polémicas cristianas, véase Karen L. King, *What is Gnosticism?*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2003, págs. 22-38.
6. *Contra las herejías* I.10.12.
7. *Contra las herejías* 5.20.1-2; para profundizar, véase Elaine Pagels, *The Gnostic Gospels*, Nueva York, Random House, 1979, págs. 103-151; para una perspectiva más reciente de las ideas de Ireneo respecto al "canon de la verdad" y el bautismo, véase Elaine Pagels, «Irenaeus, the "Canon of Truth" and the Gospel of John: "Making a Difference" through Hermeneutics and Ritual», en *Vigiliae Christianae* 56.4 (2002), 339-371.
8. *Contra las herejías* 3.II, 7-9.
9. *Apocalipsis de Pedro* 79, 22-31.
10. Josephus, *Antiquities of the Jews* 18, 63, Loeb edition, vol. 9 trad. L.HH, Feldman, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1965.
11. Tácito, *Annals* 15.44, Loeb edition, trad. J. Jackson, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1965.
12. Véase, por ejemplo, *1 Cor* 2, 21-24.
13. Orígenes, *Contra Celso* 5.62.

14. Los expertos en textos alegan que el *Evangelio según san Marcos* acaba en 16, 8, cuando las mujeres huyen de la tumba y no dicen nada, porque algunos de los textos más antiguos concluyen en ese punto, mientras otros añaden finales que difieren unos de otros.
15. El autor del *Evangelio según san Lucas*, que también escribió los Hechos de los apóstoles, incluye una diferente versión de su muerte; véase *Hechos* 1, 18.
16. *Hechos* 1, 19 también habla del "campo de sangre", pero dice que lo adquirió Judas con el dinero de la traición. No obstante, se lo llamó "campo de sangre" no porque se comprara con dinero manchado de sangre, sino porque cuando Judas murió, «reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas».
17. Para un análisis y referencias, véase R. Brown, *The Birth of the Messiah* (véase también el trabajo de Jane Schaberg, *The Illegitimacy of Jesús: a Feminist Theological Interpretation of the Infancy Narratives*, Sheffield, Inglaterra, Sheffield Academic Press, 1995).
18. El griego omite "pan"; véase *Mateo* 26, 23.
19. Véase su argumentación en *Who Killed Jesús? Exposing the Roots of Anti-Semitism in the Gospel Store of the Death of Jesus*, San Francisco, Harper San Francisco, 1995, págs. 1-38.
20. Véase *Isaías* 53, 1-12, en la traducción griega conocida como Septuaginto (LXX); agradezco a Helmut Koester esta referencia, facilitada en una carta privada fechada en junio de 2006. Los expertos sostienen que los autores del Nuevo Testamento sólo conocían las escrituras del Antiguo Testamento en traducción griega.
21. Véase, por ejemplo, la argumentación de Burton Mack, que defiende que el relato de Judas forma parte de la hostilidad cristiana hacia el judaísmo; *A Myth of Innocence. Mark and Christian Origins*, Filadelfia, Fortress Press, 1988, esp. Págs. 271, 292-93, 325-331.
22. Ésta es la postura de Crossan, *Who Killed Jesus?*, op. cit., págs. 69-75. Comenta que Judas fue un verdadero discípulo de Jesús y que lo traicionó, pero que no era uno de los "doce", designación desarrollada ulteriormente. Del mismo modo, el cada vez más negativo retrato de Judas fue creado por los autores cristianos, y se suma al tono y la polémica antisemita del relato de la pasión.
23. Para ahondar en el modo en que cada uno de los evangelistas del Nuevo Testamento relatan la pasión en relación con la comunidad judía, véase Elaine Pagels, *The Origin of Satan*, Random House, Nueva York, 1995.

2. Judas y los doce apóstoles

1. La fuente de la tradición es Eusebio (véase *Historia Eclesiae* 2, 1), historiador de la Iglesia del siglo IV. El estatus de Santiago y la Iglesia de Jerusalén se está debatiendo apasionadamente en la actualidad. Véase especialmente Merrill P. Millar, «"Beginning from Jerusalem...": Re-examining Canon and Consensus», *Journal of Higher Criticism* 2.1, 1995, 3-30, y *Redescribing Christian Origins*,

Ron Cameron y Merrill P. Miller, Atlanta, Society of Biblical Literature, 2004, págs. 141-282.

2. *Evangelio según Tomás* 114, en Elaine Pagels, *Beyond Belief*, Random House, Nueva York, 2003. Todas las citas de la traducción inglesa del *evangelio según Tomás* proceden de Pagels, op. cit., apéndice de *Beyond Belief*.
3. Para más información sobre María Magdalena y estas fuentes, incluyendo las controversias entre Pedro y María, véase Karen L. King, *The Gospel of Mary of Magdala*, Santa Rosa, California, Polebridge Press, esp., págs. 83-90, 141-154. Para un notable análisis de la María Magdalena histórica y su descripción en el Nuevo Testamento, véase Jane Schaberg, *The Resurrection of Mary Magdalena: Legends, Apocrypha, and the Christian Testament*, Nueva York, Continuum, 2002.
4. Todas las citas de la traducción inglesa del *Evangelio de María* proceden de King, op. cit., *The Gospel of Mary of Magdala*.
5. Para un análisis en profundidad de las tradiciones del conflicto entre Pedro y María, véase Ann Graham Brock, Mary Magdalena, *The First Apostle: The Struggle for Authority*, Cambridge, Massachussets, Harvard University Press, 2003, esp., págs. 19-71. Para un excelente examen de la ambivalente actitud hacia las mujeres en el *Evangelio según san Lucas*, véase Turid Seim, *The Double Message. Patterns of Gender in Luke-Acts*, Edimburgo, T & T Clark, 1994.
6. A este respecto, véanse los comentarios de Dorothy A. Lee-Pollard, «Powerlessness as Power», *The Scottish Journal of Theology*, 40, 1987, págs. 173-88.
7. Señalemos que el propio san Pablo, en sus cartas, ofrece sólo una breve versión, así como en *1 Gálatas* 1, 15 y 12, 2-4; san Lucas ofrece dos versiones mucho más extensas en *Hechos* 9, 1-23; 22, 3-21.
8. Ireneo, *Contra las herejías* 1, 1-14.
9. Para más información sobre la historia de la persecución cristiana, véase W. H. C. Frend, *Martyrdom and Persecution in the Early Church. A Study of a Conflict from the Maccabees to Donatus*, Grands Rapids, MI, Baker Book House, 1965.
10. Véase el vívido relato de Tertuliano sobre el efecto de la persecución en *Scorpiace*, 1.
11. Tertuliano, *Apología* 7, 3-4. *Ad Naciones* 7.
12. Tertuliano, *Scorpiace* 1.
13. Para un análisis más detenido, véase Elaine Pagels, «Gnostic Views of Christ's Suffering: Christian Responses to Persecution?», en B. Layton, comp., *Yale Conference on Gnosticism*, vol. 1, o, para una discusión menos técnica, véase la versión publicada en *The Gnostic Gospels*, Random House, Nueva York, 1970.
14. Para ejemplos de este tipo, véase Tertuliano, *Ad martyras*, e Ignacio, *Epístola a los romanos*, donde parece que teme que los romanos pidan un rescate por él, por lo que suplica que no le ayuden: «Muero voluntariamente por Dios; os lo ruego, no me hagáis objeto de una merced impropia» (Ignatius, *Rom* 4, 1; *Richardson* 104). Y también: «Atravieso los dolores de haber nacido. ¡Compadeceos de mí, hermanos! No os interpongáis en mi llegada a la vida, no me deseéis

la muerte. No devolváis al mundo a quien quiere permanecer con Dios; no lo engañéis con cosas materiales. Dejadme entrar en la clara luz y la humanidad será mía. Dejadme imitar la pasión de mi Dios. Si alguien lo lleva en su seno, dejad que aprecie mi anhelo, y compadecedme, porque resisto» (*Epístola a los romanos* 6, 1-7.3; trad. *Richardson* 104-105).

15. *Scorpiace*, 13.
16. Véase «The Setter of the Churches of Lyones and Vienne», en H. Musurillo, *The Acts of the Christian Martyrs*. Oxford University Press, Oxford, 1972, págs. 62-85. A continuación citado como *Acts*.
17. Véase «The Martyrdom of Polycarp», en Musurillo, *Acts* 2-21; para un estudio de las fechas, véase la introducción, xiii.
18. *Contra las herejías* 3, 18, 5.
19. Es imposible recopilar el amplio abanico de significados que los cristianos atribuyeron a Jesús a lo largo de los siglos, y que aún continúan haciendo. Es interesante dejar constancia de que no todos los cristianos estaban de acuerdo en un mismo significado de la muerte de Jesús, ni siquiera en el período del Nuevo Testamento; la teología de la expiación (Jesús murió por nuestros pecados) es sólo un punto de vista, que también ha sido objeto de múltiples interpretaciones. Algunos tratamientos introductorios pueden consultarse en Jarislav Pelican, *Jesus trough the Centuries*; Fox, *Jesus in America*. A History; Moore, *Touchdown Jesus*.
20. Los historiadores se muestran de acuerdo en que los romanos fueron los verdugos, aunque los caudillos judíos de Jerusalén probablemente cooperaron en alguna medida. Sin embargo, los autores de los evangelios se muestran ansiosos por desviar la culpa de los romanos a los judíos, porque estos últimos eran un objetivo menos peligroso y por las crecientes tensiones con la sinagoga. Por lo demás, se ha discutido mucho qué aspectos del relato de la pasión son históricamente fidedignos; véase la controversia entre Raymond E. Brown (*The Death of the Messiah from Gethsemane to the Grave: A Commentary on the Passion Narratives in the Four Gospels*, Nueva York, Doubleday, 1994) y John Dominic Crossan (*Who Killed Jesus?*, op. cit.). Para un análisis de los cuatro relatos de la pasión en el Nuevo Testamento en un contexto histórico, véase Elaine Pagels, *The Origin of Satan*, Random House, Nueva York, 1995.
21. Cuando Tertuliano censura a quienes rehúsan ensalzar el martirio en ningún caso, éstas son las cuestiones que, en su opinión, plantean: véase *Scorpiace*, 4-8.
22. Para un estudio más amplio de la religión romana, véase Mary Beard, John North y Simon Price, *Religions of Rome, Vol. 1, A History* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998), esp. vol. 1, págs. 36-37, sobre el sacrificio: «El sacrificio de animales constituía el ritual central de muchos eventos religiosos; la evidencia literaria y arqueológica nos ha dotado de los conocimientos suficientes como para comprender sus fases principales. En su estructura, aunque no en sus detalles, el ritual se relacionaba estrechamente con los rituales griegos de sacrificio. La víctima era examinada y sometida a pruebas para comprobar su idoneidad; reglas exactas controlaban la elección del sexo, edad, color y tipo de víctima en relación con la deidad y la ocasión. Tras la procesión al altar y los ritos prepa-

ratorios, se pronunciaba una plegaria en la que se nombraba el divino recipiente; entonces la víctima era "consagrada" ungiéndola con vino y viandas y era en ese momento (según las creencias) cuando las señales (si las había) aparecían en las entrañas; de no ser así esto implicaría que los dioses rechazaban la ofrenda. La víctima debía ser abatida de un solo golpe; sus *exta* (entrañas) eran examinadas por los *haruspices* [sacerdotes expertos en la interpretación de prodigios]; si era aceptable, el animal era despedazado, cocinado y eventualmente consumido por los adoradores».

23. Comparémoslo con *Romanos* 5, 18-20, que no hace una mención explícita del sacrificio.
24. «The Acts of Justin and Companions», en Musurillo, *Acts*, págs. 42-85.
25. «The Setter of the Churches of Lyons and Vienne», en Musurillo, *Acts*, pág. 81.
26. *Apología* 50.
27. Para la condena de Ireno a aquellos a los que acusa de eludir el martirio, véase *Contra las herejías* 3, 18, 5; Tertuliano, véase *Scorpiace* 1.
28. *Contra las herejías*

3. *El sacrificio y la vida del Espíritu*

1. Durante el siglo II, los "padres de la Iglesia" muestran que los cristianos no estaban de acuerdo en el significado atribuido a la eucaristía. El obispo Ignacio, por ejemplo, declara que aquellos a los que llama herejes «no confiesan que la eucaristía es la carne de nuestro salvador, Jesucristo» (*Carta a los cristianos de Esmirna* 7.1); el propio Ignacio insiste en que la copa de vino ofrece «la unión con la sangre de Cristo, y el pan con su carne» (*Carta a los cristianos de Filadelfia* 4.1); así se convierte en la «medicina de la inmortalidad, el antídoto para que no debamos morir sino vivir para siempre» (*Carta a los efesios* 20.2). Ignacio vincula esta afirmación de la eucaristía con la resurrección de la carne y, en realidad, con los obispos, cuyo único concurso puede garantizar una adecuada veneración (*Esmirna* 7-8). El autor del *Evangelio según Felipe* se expresa como un cristiano que entiende simbólicamente los elementos de la eucaristía («Su carne es el *logos*, y su sangre, el espíritu santo»), y considera la resurrección un proceso espiritual, no físico (*Filadelfia* 57, 3-9). Ireneo, que escribió hacia finales del siglo II, también ridiculiza a los "herejes" que celebran la eucaristía y sin embargo no creen en la resurrección de la carne, pues considera que la primera constituye la oportuna preparación de la segunda: (véase *Contra las herejías* 4.17.5-18.5: «Así como el pan, producido por la tierra, deja de ser un pan común al recibir la invocación de Dios y se convierte en eucarístico [...], así nuestros cuerpos, al recibir la eucaristía, dejan de ser corruptibles y albergan la esperanza de resurrección y eternidad» (4.18.5).
2. Véase la discusión de Tertuliano en *Scorpiace* 1, donde enumera estas preguntas como ejemplos de "veneno herético" excretado por opositores que se plantean si Dios desea –u ordena– el martirio.

3. La historia de esta postura, generalmente conocida como "la doctrina de la expiación", ha variado notablemente tras ser interpretada y reinterpretada desde la Iglesia primitiva hasta el siglo XXI. Los cristianos pensaron que la muerte de Jesús era una redención para liberar a los pecadores humanos del cautiverio del pecado y la maldad (Gregorio de Niza y san Agustín); han explicado cómo el pecado humano ofende el honor de Dios, por lo que Cristo saldó la deuda infinita que se debía a Dios con su perfecta obediencia en la muerte (Anselmo); o que la vida y muerte de Jesús suponen un ejemplo edificante de amor y obediencia a Dios, destinada a incitar a la gente a arrepentirse de sus pecados y reformar sus vidas (Abelardo), y así sucesivamente. Aquí tratamos de centrarnos en las opiniones presentes en los siglos I y II, contra las que parece escribir el autor del *Evangelio de Judas*. También habría que señalar que los teólogos que han trabajado en la articulación de la teoría de la expiación a menudo se plantean las mismas preguntas: ¿cómo debemos pensar en Dios a la luz de la muerte de Jesús? Para un análisis en profundidad, véase Paul S. Fiddes, *Past and Present Salvation. The Christian Idea of Atonement*, Louisville, Kentucky, Westminster/John Knox Press, 1989.
4. Ésta era una acusación común de cristianos y judíos (véase el análisis en R. P. C. Hanson, «The Christian Attitude to Pagan Religions up to the Time of Constantine the Great», *Aufsteig und Niedergang der römischen Welt*, Ed. Wolfgang Haase. II. Principat 23/2, Berlín, Walter de Gruyter, 1980, págs. 910-973, esp. 925-27.
5. *Deuteronomio* 32, 17.
6. Por ejemplo, las denuncias de san Pablo que hemos visto anteriormente se parecen mucho a la del autor judío del *Libro de la sabiduría*, que afirma que la devoción a falsos dioses ha corrompido a los paganos: «Pues ya sacrificando a sus hijos, ya ofreciendo sacrificios entre tinieblas, o celebrando las frenéticas orgías de ritos extraños, ni respetan las vidas, ni la pureza de los matrimonios, sino que unos a otros se matan por celos, o con sus adulterios se contristan. Por todas partes se ve efusión de sangre, homicidios, hurtos y engaños, corrupción, infidelidad, alborotos, prejuicios, vejación de los buenos, olvido de los beneficios recibidos, contaminación de las almas, incertidumbre de los partos, desórdenes de adulterio y de lascivia: siendo el abominable culto de los ídolos el principio, causa y fin de todo mal» (*Sabiduría* 14, 22-27).
7. Véase también *Mateo* 9, 13-12, 7.
8. Véase el análisis de Harold W. Attridge, «The Philosophical Critique of Religión under the Early Empire», en *Aufsteig und Niedergang der römischen Welt*. II. *Principat* 16.1. Ed. Wolfgang Haase, Berlín, Walter de Gruyter, 1978, págs. 45-78; R. P. C. Hanson, «The Christian Attitude to Pagan Religions up to the Time of Constantine the Great», *Aufsteig und Niedergang der römischen Welt*. II. *Principat* 23/2. Ed. Wolfgang Haase, Berlín, Walter de Gruyter,1980, esp., págs. 910-918.
9. El satírico y crítico social Luciano describe lo que sería un sacrificio común en cualquier ciudad del Imperio romano: «Aunque [...] quien no se haya lavado las

manos no podrá acceder al agua sagrada, el sacerdote se yergue allí, cubierto de sangre, como el cíclope antiguo, degollando a la víctima, removiendo en sus entrañas, extrayendo el corazón, derramando la sangre en el altar y manifestando cuantos signos se deben a la piedad. Para coronarlo, enciende un fuego y deposita en él la cabra, con su piel y demás, y la oveja, con su lana y lo demás; y el humo, divino y sagrado, asciende y gradualmente se disipa en el cielo (Luciano, *Sobre los sacrificios* 13 [trad. de A. M. Harmon, Luciano, vol. III, Loeb Classical Library, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1921], pág. 169). ¿En verdad es esto lo que los dioses quieren?, se burla Luciano. Otros filósofos también se mofaron de ciertos aspectos del culto pagano: el filósofo Heráclito de Éfeso ridiculizó a quienes adoraban imágenes, sugiriendo que quien se prosterna y ora a las estatuas como si fueran dioses actúa como quien intenta entablar conversación con una casa (citado en Orígenes, *Contra Celso* 1.5 [trad. Henry Chadwick, Cambridge, Cambridge University Press, 1953], pág. 9). El maestro platónico Celso se queja de que aun cuando las imágenes son talladas por artesanos de moral disoluta, el pueblo las considera objetos dignos de culto (ibid).

10. Citado por Eusebio, *Praeparatio Evangelica* 4.14d (trad. Edwin Hamilton Gifford, Grand Rapids, MI, Baker Book House, 1981), 1ª parte, pág. 167. Aunque Porfirio escribió después de la redacción del *Evangelio de Judas*, el sentimiento que expresa estaba muy extendido en los siglos I y II (véase Attridge, op. cit.).
11. Véase *Historia natural* 30.12, citado por Mary Beard, John North y Simon Price, *Religions of Rome, Vol. 2. A Sourcebook*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998), págs. 156-160.
12. *Historia natural* 30, 12-13, citado en Beard, North y Pride, op. cit. Para otros ejemplos de romanos que ofrecían sacrificios humanos, véase Plutarco, *Roman Questions* 83, ibid; y el estudio de J. Rives, «Human Sacrifice among Pagans and Christians», *The Journal of Roman Studies* 85, 1995, págs. 65-85.
13. Estos hostiles a los cristianos los acusaban de asesinar y comer niños como "misterio" central de su culto. Uno de estos críticos afirma que los iniciados deben matar un niño, y a continuación: «Apenas puedo describirlo, pero ávidamente sorbían la sangre del niño, descuartizaban su cuerpo, realizaban un juramento sobre la víctima sacrificial y por complicidad en el crimen se conjuraban en el mutuo silencio. Estos ritos son más repugnantes que ninguna forma de sacrilegio» (Minucius Felix, *Octavius* 9.5, citado en Mary Beard, John North y Simon Price, *Religions of Rome, Vol. 2. A Sourcebook*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pág. 281). ¿Cómo empezó esa calumniosa acusación de asesinato ritual y canibalismo? Algunas personas ajenas al culto acaso lo infirieron al oír que los cristianos se comían "la carne y la sangre" (el pan y el vino) del hijo de Dios (véase Stephen Benko, *Pagan Rome and the Early Christians*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1984, esp. Pág. 62). Pero en cualquier caso sigue el patrón de condenar las prácticas religiosas de los demás como impías e inmorales (véase J. Rives, «Human Sacrifice among Pagans and Christians», en *The Journal of Roman Studies* 85, 1995, págs. 65-85).

14. Todas las referencias a este trabajo proceden de Birger Pearson y Soren Giversen, «The Testimony of Truth», 101-203, en *Nag Hammadi Codices IX and X*, Leiden. E. J. Brill, 1981.
15. Véase *Contra las herejías* V.2.3; traducción inglesa en *The Ante-Nicene Fathers*, por Cleveland Coxe, vol. I, pág. 528.

4. Los misterios del Reino

1. Véase *Contra las herejías* V.2.3.
2. Para un mayor análisis, véase Elaine Pagels, *The Gnostic Gospels*, Nueva York, Random House, 1979, págs. 3-27, que señala cómo esta doctrina ayudó a legitimar las estructuras de la autoridad eclesiástica que ciertos cristianos trataban de establecer.
3. «Pues en cada creación en que [los justos] se afanen y se aflijan, y sean probados por el sufrimiento, recibirán la recompensa a ese sufrimiento; y en la creación en que se burlen de ellos por su amor a Dios, volverán a vivir; y en la creación en que padezcan servidumbre, en ella reinarán. Porque Dios es rico en todas las cosas, y todas le pertenecen. Es pues apropiado que la propia creación, devuelta a su condición primordial, deba sin restricción someterse al dominio del justo» (*Contra las herejías* V.32.1; ANF 1, pág. 561). A continuación Ireneo cita como apoyo a san Pablo, *Romanos* 8, 19-21.
4. Robinson and Smith, *The Nag Hammadi Library in English*, traducido por James Brashier y Roger Bullard, Leiden, Brill Academia Publishers, 4ª rev. ed., 1997, pág. 377.
5. Ambos trabajos ya se conocían del hallazgo de 1945 cerca de Nag Hammadi, pero el Códice de Tchacos añade algunas variantes significativas (véase el texto copto publicado por Rudolphe Kasser y Gregor Wurst, traducción inglesa de Marvin Meyer y F. Gaudard, notas de Marvin Meyer y Gregor Wurst). Agradecemos a Marvin Meyer que generosamente nos permitiera mirar una copia previa de la edición crítica que se publicará en National Geographic Society, Washington, D.C.
6. *Primer Apocalipsis de Jacobo* NHC 31, 18-22 (traducido por Douglas Parrot, en Robinson y Smith, *The Nag Hammadi Library in English*, pág. 265).
7. *Primer Apocalipsis de Jacobo* TC 12, 3-4.
8. *Primer Apocalipsis de Jacobo* NHC 30, 1-6; TC 16, 15-21.
9. *Carta de Pedro a Felipe* NHC 137, 21-23; TC 8, 2-3.
10. Compárese, por ejemplo, con *Efesios* 6, 12: "Porque no es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos de las regiones de los aires».
11. Para más información sobre el *Libro secreto de Juan*, véase Karen L. King, *The Secret Revelation of John*, Cambridge, Harvard Univestity Press, 2005. Todas las citas proceden de la traducción inglesa recogida allí.

12. Hallado en *Hechos de san Juan* 94-96 (traducción inglesa en Edgar Hennecke y Wilheim Shneemelcher, *New Testament Apocrypha, Vol. II, Writings Relating to the Apostles, Apocalypses and Related Subjects*, Louisville, Kentucky: Westminster/John Knox Press, 1992, págs. 181-184.

Una nota final

13. Para un estudio acerca de cómo estos elementos se incluyeron en los evangelios del Nuevo Testamento, véase por ejemplo Elaine Pagels, *The Origin of Satan*, Nueva York, Random House, 1995.

Traducción del Evangelio de Judas

1, 8 Aunque el término copto traducido aquí como "niño" es una forma de otra palabra que no se conoce de otro modo (ⲚϨⲢⲞⲦ , véase Crum 631ª, Bohairic; Kasser et al., op. cit., pág. 20, nº 7), Antti Marjaneen ha sugerido que en este caso el término es una variante sahídica previamente desconocida del bohaírico (correspondencia *e-mail*). Sin embargo, los paralelismos ofrecidos por Kasser et al. apuntan a "niño" (ⲠϢⲎⲢⲈ ϢⲎⲘ) o "juventud" (ⲀⲖⲞⲨ). Véase también el *Evangelio del Salvador* 107, 57-60, y referencias que allí establecen Charles Hedrick and Paul Mirecki, pág. 41.103).

3, 11 «No pertenece este reino», siguiendo la restauración de Antti Marjanen e Ismo Dunderberg en 37, 9: ϨⲚ [ⲠⲈⲒ]ⲀⲒ[ⲞⲚ ⲀⲚ Ⲧ]Ⲉ.

4, 16 Siguiendo la reconstrucción de Iricinschi, Jenott y Townsend: ⲐⲨⲤ[ⲒⲀⲤⲦⲎⲢⲒⲞⲚ] , ahora también restaurada en la edición crítica de Kasser y Wurst.

5, 5 Léase [ⲠⲀⲢⲬⲰⲚ ⲘⲠⲈⲬⲀ]ⲞⲤ (mi restauración, tentativa). La edición crítica propone [ⲠⲀⲢⲬⲰⲚ Ⲙ̄ⲠⲒⲔⲞⲤ]ⲘⲞⲤ ("el gobernante del mundo"); la "eme" no es segura.

10, 10 Restauración siguiendo a Irincinschi, Jenott y Townsend: Ⲟ[ⲨⲀⲒⲰⲚ] ("un [reino]"). Rodolphe y Wurst, con la sugerencia de John Turner, como alternativa proponen el siguiente pasaje: ⲘⲀⲢⲈϤϢⲰⲠ[Ⲉ] Ⲛ̄ϬⲒ Ⲁ[ⲆⲀⲘⲀⲤ] ⲀⲨⲰ ⲀⲤϢⲰⲠⲈ [ⲚϬⲒ ⲦⲈⲠⲢⲞⲞⲆ]ⲞⲤ («Que [Adamas] comience a existir y surja [la emanaci]ón» Sugiero: ⲘⲀⲢⲈϤϢⲰⲠ[Ⲉ] Ⲛ̄ϬⲒ Ⲁ[ⲆⲀⲘⲀⲤ] ⲀⲨⲰ ⲀⲤϢⲰⲠⲈ [ⲚϬⲒ ⲞⲨⲚⲈⲪ]ⲞⲤ («Que [Adamas] advenga a su ser y surja [una nub]e»).

11, 4 Por ejemplo, "a imagen del ángel" (sg.) o "ángeles" (pl.); cualquier lectura se adecua al texto.

15, 12 La traducción "lugar" sigue la restauración de Iricinshi, Jenott y Townsend: Ⲧ[Ⲟ]ⲠⲞⲤ .

Comentarios a la traducción

1. Véanse los interesantes ejemplos ofrecidos por Bart D. Ehrman, *The Orthodox Corruption of Scripture*, Oxford, Oxford University Press, 1993.
2. Véase especialmente el trabajo de Denise Kimber Buell, *Why This New Race?: Ethnic Reasoning in Early Christianity*, Nueva York, Columbia University Press, 2005.
3. Véase Michael A. Williams, *The Immovable Race: A Gnostic Designation and the Theme of Stability in Late Antiquity*, Leiden, Brill Academia Publishers, 1985, especialmente págs. 14-18, 26-27.
4. En el *Evangelio según san Marcos*, Jesús intenta reiteradamente conservar en secreto su verdadera identidad, acallando no sólo a los demonios que lo conocen, sino incluso a sus propios discípulos.
5. Del mismo modo, Leví, en el *Evangelio de María*, acusa a Pedro de estar de parte de sus adversarios al impugnar la verdad de las enseñanzas de María Magdalena (véase *María* 10, 8).
6. La multitud tampoco comprendía que Jesús era hijo de Dios (*Juan* 7, 33-34; 40-52).
7. Para un análisis más profundo de esta figura y la perspectiva setiana del mundo divino, véase Karen L. King, *The Secret Revelation of John*, Cambridge, Harvard University Press, 2005, págs. 85-88.
8. *Primer Apocalipsis de Santiago* 40, 22-26; véase el análisis en Antti Marjanen, *The Woman Jesus Loved: Mary Magdalena in the Nag Hammadi Library and Related Documents*, Leiden, Brill, 1996, págs. 122-146.
9. *Primer Apocalipsis de Santiago* TC 27, 25-28, 5; 29, 1-6.
10. Para un excelente examen de las posturas sobre las relaciones homosexuales en la Antigüedad, véase Bernadette J. Brooten, *Love Between Women: Early Christian Responses to Female Homoeroticism*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
11. Véase *Fedón* 66-69; 83d-84b; 84e-85b; *Plato*, vol. 1, traducido por Harold North Fowler, *Plato*, vol. 1. Loeb Classial Library, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1914, pág. 291.
12. Platón, *Timeo* 90a-b; *Plato*, vol. IX, traducido por R. G. Bury, Loeb Classical Library, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1929, pág. 245, modificado.
13. Véase Jonathan Klawans, *Purity, Sacrifice, and the Temple: Symbolism and Supersessionism in the Study of Ancient Judaism*, Oxford, Oxford University Press, 2006, esp. págs. 111-174, un importante studio reciente sobre el Templo celestial y la práctica del sacrificio. El libro examina cómo la predisposición contemporánea contra el sacrificio ha distorsionado nuestra postura acerca del sentido del Templo, la ley de la pureza y el sacrificio entre judíos y cristianos en el mundo antiguo. En concreto, Klawans demuestra que la crítica al culto del Templo, el sacrificio y los "sacerdotes impuros" no implica necesariamente un completo rechazo de esas instituciones y prácticas como tales.

14. Véase George Jonson, «For the Anti-Evolutionists, Hope in High Places», *New York Times* «Week in Review», 2 de octubre de 2005, pág. 4; Kenneth L. Woodward, «Evolution as Zero-Sum Game», *New York Times*, 1 de octubre de 2005, pág. A29.
15. Citado en Johnson, op. cit.
16. Johnson, op. cit.
17. Muchos de los elementos de la teología y cosmología del *Evangelio de Judas* son semejantes a un conjunto de escritos recientemente descubiertos en Egipto y que los expertos atribuyen al "gnosticismo setiano" o sencillamente "setianismo". Uno de ellos es *La revelación secreta de Juan*, con quien muchos estudiosos han comparado el *Evangelio de Judas*, sobre todo Marvin Meyer («Judas and the Gnostic Connection», en *The Gospel of Judas*, Rodolphe Kasser, Marvin Meyer, y Gregor Wurst, editores, Washington D.C., National Geographic, 2006, págs. 137-169). No sólo hay importantes semejanzas, también surgen diferencias cruciales. Por ejemplo, en *La revelación secreta de Juan*, el Dios verdadero no es responsable de nombrar a los seres inferiores que conforman el mundo material; el mundo existe de la mano de un altanero e ignorante pretendiente a Dios, contra la voluntad de la auténtica divinidad. Un extenso episodio refiere cómo un ser divino, llamado Sophia (Sabiduría) actúa sin el permiso del Espíritu Invisible y su consorte masculino y pone en marcha la creación del mundo inferior y el sometimiento de la humanidad a sus perversos gobernantes. Para más información sobre estos temas, véase Karen L. King, *The Secret Revelation of John*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2006; para más acerca del setianismo, véase Karen L. King, *What is Gnosticism?*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2003, especialmente págs. 154-169.
18. Véase, por ejemplo, *La revelación secreta de Juan* 7, 1-25 (BG 29, 18-32; NHC II, 6, 10-11, 2).
19. Otros tempranos textos cristianos de los códices de Nag Hammadi o el Códice de Berlín, sobre todo *Eugnostos el Bendito* y su texto paralelo, la *Sabiduría de Jesucristo*, también remiten a números semejantes para describir el ordenamiento del universo como creación de Dios. Estos textos declaran explícitamente que el modelo para los números del zodíaco, las estaciones y los días se sitúa en el reino divino. De un modo semejante, el *Evangelio de los egipcios* 56, 22-58, 23 relata la creación de los ángeles que gobiernan el mundo inferior, incluyendo a Saklas, Nebruel y otros que conocía el autor del *Evangelio de Judas*.
20. Véase, por ejemplo, un tratado llamado *Epinomis* (que los antiguos erróneamente atribuían a Platón), que declaraba que la vida y la muerte están controlados por los números, y puesto que los cuerpos celestes instruyen a la humanidad con números, el estudio de la astronomía es fundamental para alcanzar la sabiduría y la piedad.
21. *Epinomis*, 978A, Loeb Classical Library edition. Como señala David Sedley refiriéndose a Platón (*Timeo*, 90c-d): «La astronomía es el camino privilegiado para la comprensión humana, ya que al descubrir las leyes matemáticas que

subyacen bajo las revoluciones del cielo, nuestra alma racional comparte los patrones de pensamiento del alma divina del mundo» («"Becoming like god", in the *Timaeus* and Aristotle», en *Interpreting the* Timaeus-Critias: *Proceedings of the IV Symposium Platonicum Selected Papers*. Ed. Tomás Calvo y Luc Brisson, editores, Sankt Agustin, Academia Verlag, 1997, pág. 332).

22. Plutarco, *Nicias* 23, citado a partir de Alan Scott, *Origen and the Life of the Stars: A History of an Idea*, Oxford, Clarendon Press, 1991, pág. 6.
23. Scott, *Origen and the Life of the Stars*, op. cit. pág. 16, refiriéndose a las *Leyes* 889b-c. Según Scott, Platón contestó a esta acusación argumentando que «el movimiento del cielo corresponde a la ley matemática» de los números, que ofrecen la prueba más poderosa de la existencia de Dios como la mente que controla los cielos a través del alma viviente. «El perfectamente ordenado movimiento de las estrellas demuestra la existencia del alma suprema que las dirige» (ibid).
24. Véase la estrella de los Reyes Magos (*Mateo* 2, 1-12); el eclipse a la muerte de Cristo (*Mateo* 27, 45; *Marcos* 25, 33; *Lucas* 23, 44); las señales celestes para anunciar el regreso de Cristo (*Mateo* 24, 29; *Marcos* 13, 24-25, *Lucas* 21, 25). Sin embargo, pese a las afirmaciones sobre la efectividad de la astrología, la práctica fue unánimemente condenada, y ésta es la postura común a la hora de describir las actitudes de los cristianos primitivos (véase Everett Ferguson, «Astrology», en *Encyclopedia of Early Christianity*, 2.ª ed., Nueva York, Garland Publishing, 1998, págs. 136-137). Tamsyn S. Barton argumenta que, una vez se estableció el poder de la Iglesia, ésta trabajó para combatir la astrología porque amenazaba su autoridad (véase una breve historia de las actitudes hacia la astrología en los cristianos del siglo I en Barton, *Power and Knowledge: Astrology, Physiognomics, and Medicine under the Roman Empire*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1994, págs. 62-69, y *Ancient Astrology*, Londres, Routledge, 1994, págs. 64-85).
25. Scott, *Origen and the Stars*, op. cit., pág. 145, remite a *Philocalia* 23.1, 2; en *Jeremias* fragmento 49.
26. Todas las traducciones y referencias a *1 Enoch* se han tomado de *The Old Testament Pseudoepigrapha: Apocalyptic Literatura and Testaments*, James H. Charlesworth, editor, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1983, págs. 5-89.
27. Véase Platón, *Timeo*, 27d-30b; 37d41c-42e, *Plato*, traducido por R. G. Bury, vol. IX, Loeb Classical Library, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1929.
28. Véase el extenso análisis de Bruce J. Malina, *On the Genre and Message of Revelation: Star Visions and Sky Journeys*, Peabody, Massachusetts, Hendrickson Publishers, 1995.
29. Esta lectura se basa en la excelente aportación de Stephen Emmel (a partir de un texto no publicado, «The Presuppositions and the Purpose of the *Gospel of Judas*», presentado en el «Colloque international, CNRS-Université Paris IV-Sorbonne», titulado «*L'Évangile du Judas. Le contexte historique et littéraire d'un nouvel apocryphe*», 27-28 de octubre, 2006, cuyas actas se publicarán bajo la

dirección de Madeleine Scopello). Expreso mi agradecimiento por haberme ofrecido el texto antes de su publicación.

30. Véase, por ejemplo, el excelente estudio de François Bovon, *The Last Days of Jesus*, Louisville, Kentucky, Westminster John Knox Press, 2006, una entretenida introducción a los estudios del Nuevo Testamento que abordan los últimos días de Jesús se sitúa a medio camino de la "historia recreada" y la "profecía historiada", aduciendo que ambas forman parte de los intentos cristianos por comprender el sentido teológico de la muerte de Jesús, y señalando en qué puntos el relato cristiano de esta historia se ve motivado por el sentimiento antisemita. Incluye una traducción del *Evangelio según Pedro*.

AGRADECIMIENTOS

El *Evangelio de Judas* es un esfuerzo colectivo, el resultado de deliciosas discusiones y trabajos compartidos. Éste es nuestro primer intento de entender esta obra tan difícil y excitante a la vez, y que sin dudarlo muchos eruditos y lectores intentarán esclarecer en el futuro.

Durante el proceso de escritura de este libro hemos recibido la ayuda de muchas personas. En particular nos gustaría agradecer a Antti Marjanen su experta conversación relacionada con los problemas relacionados con el *Coptic Text* de *The Gospel of Judas*. Nuestro especial agradecimiento también a Edwin Iricinschi, Lance Jenott y Philippa Townsend que generosamente compartieron con nosotros su maravillosa traducción inglesa. Marvin Meyer nos facilitó una copia avanzada de la edición crítica de *Tchacos Codex*, por el que estamos muy agradecidos. Stephen Emmel nos permitió leer y citar su excelente ensayo de conclusión en *The Gospel of Judas*, nuestro más sincero agradecimiento. También queremos dar las gracias a Sarah Coakley por facilitarnos bibliografía muy útil sobre teología de la expiación. Nuestro más caluroso agradecimiento para Hal Taussig por su prolongada amistad, apoyo y sabio consejo. Estamos especialmente agradecidas con nuestro amigo y colega James Cone por sus inestimables conversaciones y muestras de ánimo.

Esta obra colectiva debe mucho también a la gran producción del personal de Viking y en particular al excepcional tra-

bajo editorial de Clifford Corcoran; la cuidadosa corrección de manuscritos de Veronica Windholz con la ayuda de Noirin Lucas, Jane Cavolina y Gabriel De Vries; al precioso diseño de texto de Francesca Belanger y de imagen de Jasmine Lee de la cubierta; al trabajo en equipo de Grace Veras y Fabiana Van Arsdell; a los esfuerzos de marketing de Nancy Sheppard, Carolyn Coleburn y Ben Petrone, y muchas gracias a Tory Klose por dirigir toda la operación.

Nuestro más profundo agradecimiento para nuestro intrépido editor, Wendy Wolf, que nos animó en todo el proceso y cuya energía e intuición transformaron nuestras primeras primeras ideas en un trabajo completo. Su experiencia e indudable optimismo nos ayudaron mucho e hicieron el trabajo más agradable.

ELAINE PAGELS y KAREN L. KING

Estos agradecimientos no estarían completos sin expresar gratitud a Eric Wanner, presidente de Russell Sage Foundation, y a su maravilloso personal, por la oportunidad de completar este trabajo entre los miembros actuales de la Fundación. Y, finalmente, mi más profundo agradecimiento a Sarah y Dave Pagels por su constante amor y ánimo durante todo el proceso de escritura de este libro y a Kent Greenawalt y todos los miembros de la família Greenawlt por su continua amabilidad y muestras de apoyo.

ELAINE PAGELS

Me gustaría dedicar unas palabras especiales de agradecimiento a las maravillosas personas que forman la abierta co-

munidad de mi parroquia, la Iglesia de nuestro Salvador en Arlington, Masachusetts. Más de lo que creéis, vuestro compromiso con un viaje espiritual común, por alimentar la presencia de Dios en toda expresión de vida, por explorar la fe con una mentalidad abierta, creativa, con compasión y alegría han sido mi mayor apoyo durante la realización de este trabajo. Mi más profunda gratitud.

KAREN L. KING

ÍNDICE

Abel, 87
Adán, 87-88, 123, 156-57, 164-67
Adonaios, 123
adoración pagana, denuncia judía de la, 77-79
Aeons, 72, 105, 138, 149
ángeles,
  caídos, 73-74, 88-89, 96-97, 158, 163-64
  en el *Evangelio de Judas*, 72-75, 88-89, 121-24, 154-58, 161-69
animal, sacrificio, 57, 62, 75, 79
Apocalipsis de Pablo, 131-32
Apocalipsis de Pedro, 23
  crucifixión en el, 30, 143
  martirio en el, 81-82, 91-92
  como texto herético, 27
  vida eterna en el, 92
astronomía, antigua, 159-61
autogenerado, 121-22, 156, 158

Barbelo, 116, 138-39
bautismo,
  simbolismo del, 61, 93
  de la verdad, 170-71
buena nueva,
  en el *Evangelio de Judas*, 96-97, 102, 106
  de los evangelios, 23, 31

Caín, 87
Carta de Pedro a Felipe,
  sobre la crucifixión, 30
  sobre la vida eterna, 94-96
católico, uso del término, 27
ciencia versus religión, 149-51
Constantino,
  y credo de Nicea, 16-17
  y la tolerancia religiosa, 16-17, 18, 57
Contra las herejías (Ireneo), 8
Cosmos, 73, 122, 157-58, 160-61
creación,
  bien contra el mal en la, 72-75
  en el *Evangelio de Judas*, 73-74, 87, 121-24
  ver también Génesis;
cristiana, iglesia,

estructura primitiva de la, 15-16, 27-28, 107-08
evangelios y consolidación de la, 16, 26-27, 107-08
hechos de la, 14-16
obispos en la, 15-17, 26-29, 81
y textos gnósticos, 16-18, 23-28, 68, 98
cristianos primitivos,
conflictos entre los, 15-16, 54-55
gnósticos, 10-11, 138-39
lugares de reunión de los, 57, 65-66
mártires, *ver* martirio;
persecución romana de los, 56-61, 93-94
puntos de vista negativos de los, 29-31
Crossan, John Dominique, 43
crucifixión,
eucaristía como reconstrucción, 63-64
fundamento en los evangelios, *ver* evangelios específicos;
motivaciones romanas para la, 22-23
traición/arresto, *ver* Jesús, traición a;

Danza circular de la cruz, 100-02
Darbre, Florence, 7
Demiurgo, 165
discípulos en los evangelios, 28-29
descripción de Jesús, 53
disputas entre los discípulos, 50-56
Pedro como líder, 48-50
punto de vista de Judas *ver* *Evangelio de Judas;*
Domingo de Ramos,
en los evangelios, 43-44
profecía de Zacarías del, 32, 44

El, 122, 158
estrella(s),
en el *Evangelio de Judas*, 28, 86, 103, 120, 124-25, 164, 170, 172
eucaristía,
canibalismo implícito en la, 64, 79, 136
canto/danza de la, 100-02
elementos sacrificiales en la, 63-64, 79
en el *Evangelio de la verdad*, 98-99
en el *Evangelio de Judas*, 71, 76, 115-16, 132-33
Eva, 87-88, 123, 157-64
Evangelio(s),
"buena nueva" de los, 23, 31
correspondencia con profecías, 32, 34-37, 39, 43-46

y diferencias en la narración de los hechos, 31-32, 34-35, 36-46
"heréticos" *ver* gnósticos, textos;
judíos en los, *ver* judíos, opiniones antisemitas;
legítimos, 14, 24-29, 107-08
origen/cronología de los, 24
sobre la traición *ver* evangelios específicos;
ver también evangelios específicos;
Evangelio de Felipe,
sobre la crucifixión, 30
sobre la resurrección, 92-93
como texto gnóstico, 24
Evangelio de la infancia de Tomás, 131
Evangelio de la verdad,
sobre la eucaristía, 98-99
fundamento de la crucifixión, 30, 98-100
Evangelio de los egipcios, 23
Evangelio de María Magdalena,
como texto gnóstico, 106
sobre el conflicto de María/Pedro, 50-52
Evangelio de Tomás, 155
Pedro como líder, 49-50
como texto gnóstico, 23, 24, 106
Evangelio del salvador, 131
Evangelio de Judas,
afirmaciones antisemitas en el, 8, 105, 107, 118, 142-43, 173-74
ángeles en el, 72-75, 88-89, 121-24, 154-58, 161-69
autoría del, 9
"buena nueva" del, 96-97, 102, 106, 156-57, 164-66
burlas de Jesús en el, 115-16, 120, 124, 131, 132-33, 146, 170
conclusión del, 43, 97, 102-03, 173-74
creación del hombre en el, 86-88, 122-24, 156-57, 164-66
crítica a los discípulos en el, 28-29, 47, 56, 61-62, 71, 74-77, 78-79, 82, 134-36
datación del, 8, 9
descubrimiento del, 7
estirpes en el, 70, 85, 86-88, 115-25, 133-34, 140-41, 144-45, 148-51, 167-69, 172
estrella de Judas en el, 28, 86, 103, 120, 124-25, 164, 170, 172
sobre la eucaristía, 71, 76, 115-16, 132-33
fin de los tiempos en el, 73-74, 88, 124, 143, 169-71

fundamento de la crucifixión en el, 33, 88-89
ira de Judas en el, 8-9, 61-62, 105-07, 109
Jesús ensalza a Judas en el, 12, 28-29, 64, 72, 116, 119-20, 137-38, 170-72
Judas como primer mártir, 13, 96-97
lapidación de Judas en el, 13, 56, 71, 96-97, 102, 147, 149
líderes cristianos ante el, 8, 11-12, 16-18, 25-26, 107-08
sobre el martirio,12-13, 61-62, 67-68, 69-70, 74-75, 79-82, 93-94,152-53
reino celestial en el, 70-74, 87, 121-24, 149-67
sobre la resurrección, 43, 82, 89-91, 93-95, 117, 140-41
simbología de los números en el, 130, 139-40, 147, 157, 159-60, 167
sueño de Judas en el, 28, 85-86, 147-48
sueño de los discípulos en el, 47, 76-77, 86, 142-44
como texto gnóstico, 10-11
como texto transformador, 102, 105-08
traducción castellana, 115-25
sobre la traición, 28-29, 33, 42-43, 64, 83, 116, 125, 136, 173-74
sobre la vida eterna, 85-90, 96-97, 102-03, 119-20, 125, 167-74
Evangelio según san Juan,
sobre la comunión, 63-64
sobre la eucaristía, 63-64
fundamento de la crucifixión, 41, 46, 61, 63, 76
Pedro como líder, 48-50
sobre la resurrección, 49-50, 90-91
sobre la traición, 21-22, 41-43, 64, 134-36, 173-74
Evangelio según san Lucas,
correspondencia con la *Biblia* hebrea del, 37
fundamento de la crucifixión en el, 37-38, 46
opinión sobre los judíos en el, 61
Pedro como líder en el, 48-49
sobre la resurrección, 23, 90-91, 143-44
sobre la traición, 37-41
Evangelio según san Marcos,
conocimiento de Jesús

respecto a la muerte en el, 21
sobre el discipulado, 52-53, 152
evangelio más antiguo, 24
fin de los tiempos en el, 169
fundamento de la crucifixión en el, 31, 40, 45-46, 63
imitación en otros evangelios, 31-32
Pedro como líder, 48
los principales mandamientos, 78
y la profecía de Zacarías, 32, 44
sobre al resurrección, 31
sobre la traición, 31-34, 36-37, 38-40
Evangelio según san Mateo,
fundamento de la crucifixión, 36-37, 46, 63
Pedro como líder, 48-49
y la profecía de Zacarías, 35-37, 39, 44
sobre la resurrección, 90
sobre el suicidio de Judas, 35-36
sobre la traición, 34-37, 38-39
Evangelio, uso del término, 31
evolución, ciencia versus religión, 149-51

Falila, 123
Felipe, *ver Evangelio de Felipe*; *Carta de Pedro a Felipe;*

Génesis,
árbol del conocimiento en el, 98, 144, 165
creación en el, 72, 154-55, 160-61
creación de los hombres en el, 86-88, 136
jardín del paraíso en el, 144, 165
gnosticismo sethiano, 138
gnósticos, textos,
como amenaza, 17-18, 25-28
Evangelio de Judas como uno de los, 10-11
en la historia del cristianismo, 108-09
rechazo de los, 16, 23-26, 67-68, 98
títulos de los, 27, 30, 68, 79, 81, 134, 140, 155
guerra de los judíos, La (Josefo), 29-30

Harmathoth, 123
Hechos de Justino y sus compañeros, 66-67
Hechos de los apóstoles,
armonía y discípulos en, 55

ordenación en, 51
Pedro como líder en, 49
Hechos de san Juan, 100-02
Heracleón, sobre el martirio, 58
historia profetizada, concepto de, 43-46
hombres,
creación de los, 86-88, 122-24, 156-57, 164-66
duración de la vida, 123, 164-67
humano, sacrificio,
acusación de Judas a los líderes cristianos, 11-12, 69, 75-76, 79-82
condena del, 79-80

Ignacio, obispo de Antioquia, martirio de, 62-65
sobre el martirio, 91
Iobel, 123
Ireneo, obispo de Lyon,
congregación de los mártires, 59-60, 67
y evangelios empleados para consolidar la Iglesia, 15-16, 27-28, 107
sobre el *Evangelio de Judas*, 8, 11
sobre los evangelios heréticos, 16, 17, 23-26, 67, 98
sobre el martirio, 67-68, 82, 91

Jacobo,
como sucesor de Jesús, 50
ver también *Primer Apocalipsis de Jacobo*; *Libro secreto de Jacobo;*
Jesús, traición a,
y abandono de los discípulos, 38-39, 138
en los evangelios, *ver* evangelios específicos;
como invención de los discípulos, 44-46
profecía de Zacarías sobre la, 32, 35-37, 39
Josefo, gobernador de Galilea, 29-30
Juan Bautista, 37
Juan, san, *ver Hechos de Juan; Evangelio según san Juan; Revelación de Juan; Revelación secreta de Juan;*
Judas,
Evangelio de, ver *Evangelio de Judas*;
retratos artísticos de, 22
suicidio de, 35-36, 46
como traidor en los evangelios *ver* evangelios específicos;
judíos, opiniones antisemitas,
en el *Evangelio de Judas*, 8, 105, 107, 118, 142-43, 173-74

en los evangelios, 61, 105, 107
Justino mártir, 16, 66-67

Kasser, Rodolphe, 7, 113

Libellus, 57
Libro de la Revelación,
fin de los tiempos en el, 169-70
sobre la vida eterna, 141
Libro secreto de Jacobo,
sobre la crucifixión, 30
Lucas, san, *ver Evangelio según san Lucas;*

Marcos, san, *ver Evangelio según san Marcos;*
María Magdalena,
conflicto con Pedro, 50-52
testigo de la resurrección, 23, 50
ver también *Evangelio de María Magdalena;*
martirio, 65-68
alentado por líderes cristianos, 12-14, 58-60, 81-82, 91
conflictos acerca del, 61-62, 67-68
estrategias para eludirlo, 58-59
Evangelio de Judas
respecto al, 12-13, 61-62, 67-68, 69-70, 74-75, 79-83, 93-94
e imitación de la muerte de Jesús, 62-65
Judas como el primer mártir, 13, 96-97
punto de vista pagano respecto al, 66-67
como sacrificio humano, 11-12, 69, 75-76, 79-82
Testimonio de la verdad
respecto al, 68, 80-81, 93
Mateo, ver *Evangelio según san Mateo*;
Matías, 139
milagros, 40, 128-29
mujeres,
María Magdalena, 23, 50-52
nombres de discípulas, 140
y posiciones de autoridad, 52-53

Nag Hammadi (Egipto),
descubrimientos de, 10
textos de, 68, 80, 81, 134, 155, 158, 161
Nebro, 72, 123
Nicea, credo de, 17
niño, Jesús aparece como, 97, 115
números, simbolismo de los, 130, 139-40, 147, 157, 159-60, 167

obispos, 15-17, 26-29, 81
Oración del apóstol san Pablo, 155
ordenación, 51

Pablo,
maldice a Pedro, 53-54
sobre la resurrección, 93-94
ver también *Apocalipsis de Pablo*; *Oración del apóstol san Pablo;*
Poncio Pilatos, 29-30
Primer Apocalipsis de Jacobo, 140
mujeres discípulas en el, 140
sobre la vida eterna, 94-95
profecía,
evangelios, 44-46
e historia, 43-47
de Zacarías, 32, 35-37, 39, 44

reino celestial,
en el *Evangelio de Judas*, 72-75, 87, 121-23
resucitado, 93
resurrección,
de la carne versus el espíritu, 89-94
en el *Evangelio de Judas*, 43, 82, 89-91, 93-95, 117, 140-41
evangelios acerca de la, *ver* evangelios específicos;
María Magdalena como testigo, 23, 50
Revelación de Juan,
fin de los tiempos en la, 169-70
sobre la vida eterna, 97-98, 169-70
revelación, libros de,
sobre la vida eterna, 169-70
ver también Apocalipsis de Pedro; Libro de la revelación; Revelación de Juan; Revelación secreta de Juan;
Revelación secreta de Juan,
creación en la, 158
formas de Jesús, 131
sobre la vida eterna, 97-98
romanos,
persecución de los cristianos, 57-61, 93-94

Sabiduría de Jesucristo, 134
Sabiduría de Salomón, 79
sacrifico,
animal, 57, 62, 75-80
muerte de Jesús como, 62-65, 69-70
persecución/muerte como, *ver* humano, sacrificio; martirio;
Saklas, 72, 74, 88, 123-25, 159, 161, 164-67
Satanás,

como ángel caído, 73, 158
posesión de Judas, 21, 41, 46, 64
seglares, 27
Seth, 87-88, 138, 144, 156-57

Tácito, senador romano, 30
Tchacos, Códice de,
descubrimiento del, 7
Evangelio de Judas en el, 113
textos del, 94-95, 113, 140
Templo de Jerusalén, 77, 78, 85, 142, 174
Tertuliano, sobre el martirio, 13, 58, 59, 67
Testimonio de la verdad,
sobre el bautismo, 170-71
descubrimiento del, 10
sobre el martirio, 68, 80-81, 93
milagros en el, 129
Tiberio, 29-30
Tomás, santo, *ver Evangelio según santo Tomás*; *Evangelio de la infancia de Tomás;*
traición a Jesús, *ver* Jesús, traición a;
Tripartite Tractate, 155

Uriel, 163

Valentino, 16
vida eterna,
escrituras gnósticas sobre la, 92, 94-96, 97-98, 141, 169-70
Evangelio de Judas acerca de la, 85-90, 96-97, 102-03, 119-20, 125, 167-74

Wurst, Gregor, 7, 113

Zacarías,
profecía de la traición, 35-37, 39
profecía del Domingo de Ramos, 32, 44
Zodíaco, 160
Zoe, 87, 123

El descubrimiento del manuscrito del "Evangelio de Judas" ha suscitado una gran controversia no sólo entre los estudiosos de la Biblia sino también en todas las personas convencidas de que Judas fue el traidor por antonomasia. En la presente obra, dos expertas en los evangelios gnósticos abordan los interrogantes planteados por este importante hallazgo: ¿Cómo podría un cristiano imaginar que Judas –el traidor– fue el favorito de Jesús, tal como propone este evangelio? Si él fue un fiel devoto, ¿por qué entregaría a su maestro? ¿Por qué el autor de este evangelio está lleno de rabia hacia los otros discípulos? ¿Qué visión de Dios ofrece el autor? Las respuestas a todas estas preguntas llevan directamente al centro de las discusiones que dieron forma definitiva al cristianismo.

A partir de la nueva traducción de Karen King del incompleto manuscrito copto, Elaine Pagels y King aportan los elementos necesarios para comprender el significado profundo del evangelio. Escrito en un clima de persecución, cuando los mártires cristianos eran considerados héroes de la fe, su autor condena a los líderes de la Iglesia que animaban a los creyentes a dar su vida como sacrificio ofrecido a Dios. ¿Qué clase de Dios es éste –se pregunta el autor– que desea la sangre de su hijo y de sus seguidores?

El *Evangelio de Judas* nos introduce en los vibrantes y tumultuosos inicios de la cristiandad y aborda temas tan polémicos como la naturaleza de Dios, el significado de la muerte de Jesús y el sufrimiento de los mártires, cuestiones de un enorme interés tanto hoy como diecinueve siglos atrás.

Elaine Pagels es profesora de Religión en la Universidad de Princeton y autora de seis libros, entre los que destacan *Más allá de la fe*, best-seller del *New York Times*, y *Los Evangelios gnósticos*.

Karen L. King es profesora de Historia Eclesiástica en la Escuela de Divinidad en Harvard y autora de cuatro libros, entre ellos, *The Gospel of Mary Magdala*.

Cubierta: Piero della Frances
Políptico de la Mise

ISBN 84-7245-664-3
9 788472 456648

Clásicos